

TRILOGÍA *DITTON* (I)

TRES VECES

TÚ

Erina Alcalá

EA



TRES VECES TÚ

(Trilogía Los Ditton. Volumen 1)

ERINA ALCALÁ

***DEDICADO A LAS PERSONAS QUE CREEN
EN LAS SEGUNDAS OPORTUNIDADES,
Y EN LAS TERCERAS.***

CAPÍTULO UNO

Gaby había llegado al límite. No podía más. Tenía treinta años, y el día anterior se había despedido del trabajo.

Había avisado con quince días de antelación como indicaba su contrato. Así que le quedaban dos semanas de trabajo aún por delante.

Iba a dar un giro a su vida. Lo había pensado muy bien. Había sopesado los pros y los contras y se había decidido. No fue una decisión impulsiva, sino bien meditada.

Fue pensada a conciencia, con tiempo, y sabía que necesitaba un descanso del estrés que este trabajo le iba minando día a día.

Llevaba unos meses que no podía dormir bien por las noches. Sólo unas cuatro horas y estaba a punto de visitar un terapeuta para que le mandara algo para dormir.

Tenía sensaciones de ahogo, algunas crisis de ansiedad y hasta un ataque de pánico había padecido una noche mientras veía un programa de televisión. Así, sin más le surgía, cuando menos lo esperaba.

Necesitaba descanso y paz, aire puro y sobre todo un cambio de aires, donde fuese, salir del agobio de la gran ciudad que lo minaba día a día.

Además, no necesitaba dinero y podía permitirse no trabajar unos años. Bastantes. O nunca, si se administraba bien.

Tenía más dinero del que podía gastar en dos vidas. Si se le acababa, ya pensaría volver de nuevo. En eso no creía tener ningún problema. Siempre había resuelto su vida económica bastante bien. Sabía cómo.

Cuando salió de la Universidad con veintidós años, era un chico ambicioso. Quería un trabajo y lo consiguió, en una empresa, como bróker en la bolsa de Nueva York, mientras hacía un Master a distancia por las noches, de un año.

Era uno de los mejores. Y lo sabía. Había nacido para eso. Su inteligencia y su visión de los negocios, hizo ganar mucho dinero a los clientes de su empresa y a él mismo. Era un trabajo estresante, lo sabía. Pero llevaba siete años sin parar.

Que recordara, sólo una vez se había ido de vacaciones y algún fin de semana y un par de días adicionales que pedía, iba a ver a sus padres a San Francisco, donde vivían y de dónde él era.

Eso lo hacía al menos dos veces al año, aunque todas las semanas los llamaba, ya que estaban ya mayores.

Le había dedicado al trabajo siete años intensivos, día a día y había ganado suficiente para vivir bien, casi el resto de su vida.

Tenía inversiones en empresas de informática e inmobiliarias y había ganado millones invirtiendo en bolsa, además de hacer ganar a sus clientes y a su empresa.

Por lo que estaba muy bien considerado y respetado para lo joven que era.

Era un hombre que vestía impecablemente, con ropa y zapatos de diseño que costaban más de lo que ganaba un obrero de la construcción en dos meses.

Un rolex de oro en la muñeca. Abrigos y trajes de chaqueta que le quedaban como un guante, de

corte italiano estrechos y zapatos de piel a juego con el cinturón de los pantalones.

Tenía un armario con un vestidor, con más de cincuenta camisas, trajes, zapatos y ropa de diseño como para regalar. Era el único capricho que se permitía.

Era un enamorado de la ropa de diseño. Y no sólo de la ropa, de los zapatos, la ropa interior y la colonia cara, de los relojes de oro, no en vano tenía cinco de diversas marcas punteras.

Tenía un apartamento en Manhattan, que costaba al menos cinco millones de dólares, de tres dormitorios, con jacuzzi en el dormitorio, en una de las mejores zonas, con portero y un coche deportivo que costaba unos cuantos miles de dólares.

Era un niño rico y pijo. Las mujeres se lo rifaban como en una feria, mujeres que sólo lo querían por su dinero, y pasarlo bien, como él mismo. No tenía más pretensiones.

Iba a locales de moda de Manhattan los fines de semana y a restaurantes caros. Iba o sólo o con su amigo Patrick que era bróker también y trabajaba en su empresa.

Salían los fines de semana, eran los dos jóvenes y guapos y vestían de lujo. Iban a cenar y encontrar una chica de largas piernas y sexo sin complicaciones, pero con protección.

Gaby medía un metro ochenta y seis e iba al gimnasio todas las mañanas antes de ir al trabajo, sobre todo para rebajar el estrés que este le producía y mantenerse en forma, nadaba, algunos abdominales, pesas y corría en la máquina.

Tenía el pelo corto y castaño, barba de un par de días, era guapo, un cuerpo de escándalo y unos ojos grises preciosos.

Eso era lo que más llamaba la atención. Cuando miraba traspasaba todas las barreras y parecía que sabía qué pensabas.

Su amigo Patrick, no era menos, era tan alto como él, iban juntos al gimnasio, vivían en el mismo edificio y llevaban una vida similar.

Patrick, tenía los ojos marrones claros y el cabello oscuro y era tan atractivo como Gaby. Por esa razón ligaban ambos por igual. Era lo que se llamaban dos tipazos.

Ellos lo sabían y le sacaban partido a su cuerpo con el gimnasio y con la ropa elegante y cara.

Además, eran atractivos, altos, ricos, y las chicas caían rendidas a sus pies cuando entraban en algún lugar.

Llevaban en la misma empresa como brókers, los mismos años, de hecho, se conocieron el día de la entrevista tras terminar sus estudios y fueron contratados los dos el mismo día.

Era una empresa que estaba despegando y contrataba chicos recién salidos de la Universidad con notas altas.

Llevaban una vida paralela y se llevaban estupendamente y ambos hacían inversiones similares o en algunos casos las mismas y eran ricos y elitistas.

No en vano llevaban siete años juntos y eran como hermanos. Se compraban la ropa en el mismo sitio, invertían por igual y vestían en la misma tienda de diseño.

Tenían los dos un coche deportivo. Un apartamento en el mismo edificio...

Y les gustaba el mismo tipo de mujer alta y delgada tipo modelo, de largas piernas. Lo único en que se diferenciaban era en el color.

A Gaby, le gustaba vestir de gris, en distintos tonos y a Patrick, le encantaban los azules. Pero tenían trajes para regalar.

Pero una mañana, Gaby, se levantó, se miró al espejo y no se reconoció. No sabía qué estaba haciendo con su vida, ni lo que le pasaba, pero lo que era seguro, es que no iba a seguir haciendo lo que estaba haciendo hasta ahora.

Había salido de un orfanato de San Francisco con ocho años. No sabía quiénes eran sus padres.

Ni los recordaba, no tenía ni un recuerdo. Estuvo seis años viviendo allí, así que no podía recordar nada, aunque quisiera.

Lo adoptó un matrimonio de San Francisco, a los que consideró sus verdaderos padres, aunque cuando lo adoptaron, sus padres ya tenían cuarenta años y le dieron una buena educación y amor, que le sobraba. Esa era su verdadera familia.

Nunca había tenido la necesidad de buscar a sus verdaderos padres, ni falta que hacía. Sus padres eran los que eran y estaban en San Francisco.

Él se vino a Nueva York, porque en su trabajo, era importante estar en la gran manzana, cerca de la bolsa.

Quizá tenía a sus padres adoptivos un poco abandonados, pero los quería. Eran mayores y estaban en un centro de mayores de lujo.

Casitas independientes, pero dentro de un complejo que tenía de todo. Médico, trabajador social, enfermeras, auxiliares...

Sus padres, decidieron irse a vivir a una residencia de San Francisco, donde habían vivido toda la vida y vender su casa porque no tenían más hijos. Con ese dinero tendrían para la residencia.

No querían que su hijo se gastase dinero en ellos, aun así, él insistía y si alguna vez les hiciera falta, no lo dudaría en darles, de hecho aportaba.

Estaba en pleno contacto con los gerentes de la residencia. Le habían asignado una casita para mayores y él colaboraba económicamente todos los meses, sin que ellos lo supieran, para que tuvieran todo lo mejor.

Allí estaban felices, porque eran independientes, pero estaban cuidados. Él quería pagarles la residencia entera, pero ellos tenían suficiente y se negaban una y otra vez. Recordó lo que hicieron por él y se sintió mal.

Debía ir a verlos más a menudo y sobre todo llamarlos al menos dos veces a la semana. Había estado tan ocupado con su vida ganando dinero, que sentía que debía estar más al tanto de ellos.

Y allí estaba, con dos semanas de trabajo por delante y sin saber qué hacer. Pero sabía algo. Iba a vender el coche, no así el apartamento. El apartamento le gustaba, ahí tenía toda su vida dentro.

Lo había comprado y remodelado a su gusto. Tenía allí sus trajes, su vida y todos sus caprichos. Era un apartamento de lujo y refinado, y si volvía alguna vez a Nueva York, tendría dónde quedarse o volver a ver a sus amigos. Quizá se fuera temporalmente.

Iba a cambiar el coche por un todoterreno, eso lo tenía claro.

Haría una maleta. Se compraría ropa informal y camisetas. Dejaría su reloj de oro en la caja fuerte y algo de dinero por si acaso volvía.

Abrió el pc y miró sitios del norte del país. Le gustaba el frío. Abrió un mapa en la pantalla y moviendo el dedo, cerró los ojos. Dio varias vueltas y puso el dedo en Ditton, un pueblo al norte de Montana.

Bien, pues allí buscaría algo que alquilar, porque no sabía si con el tiempo le gustaría o qué habría en ese pueblo pequeño, rodeado de ranchos.

Pero lo que sí vio por internet, eran parajes y paisajes maravillosos. Mejor iba a la aventura.

Y si descansaba y se cansaba del pequeño pueblo, volvería a Manhattan. Pero por ahora necesitaba unas largas vacaciones y un cambio radical de vida.

Su amigo Patrick, le dijo que estaba loco, pero que si lo necesitaba que se fuera por un tiempo. Lo echaría de menos, sus juergas y sus charlas.

Su jefe, por el contrario, no admitió su renuncia. Le dijo que se tomara el tiempo que

necesitara, incluso aunque fuera un año sabático, que cuando volviera allí tenía su trabajo esperando.

Era uno de los mejores y no estaba dispuesto a perderlo y entendía que se tomara esas vacaciones. Ese trabajando podía resultar estresante.

Lo primero que hizo, fue vender su deportivo. Luego sacar un pasaje para San Francisco y pasar allí una semana con sus padres.

Así que a los quince días vendió su deportivo, sacó un vuelo a San Francisco y reservó un hotel de cinco estrellas por una semana.

Llamó a sus padres y les dijo que iba a verlos, que se había cogido una semana en el trabajo y que iba a estar con ellos esos días.

Estos se alegraron tanto, que hasta él se emocionó. Se quedó allí con ellos y se compró un todoterreno nuevo.

Los sacó a ver lugares cercanos y a comer con ellos todos los días..., de compras. Les compró ropa a los dos y se sintió feliz. Una de las veces que fue feliz y disfrutaba sin estrés y con calma de la vida.

Y ese viaje fue fantástico tanto para él, como para sus padres. Claro que no les dijo que había dejado temporalmente el trabajo.

Creyeron que sólo estaba de visita. Se había quedado en un hotel cercano a la residencia.

Habló con los Directores y les dejó su número de móvil por lo que pudiera pasar y por si necesitaban dinero para cualquier cosa, no dudaran en ponerse en contacto con él.

El tiempo pasó volando y fue relajante y satisfactorio tanto para Gaby como para sus padres que estaban emocionados y que ya pasaban de los setenta.

Y decidió ir dónde el mapa lo llevara. Iba a ir viajando en el todoterreno. Sin prisas, quedándose donde le apeteciera. Ya llegaría a Ditton. El pueblo elegido.

Se despidió de ellos no sin cierta emoción por parte de sus padres, pero les prometió visitarlos más a menudo y llamarlos todas las semanas al menos una vez.

Llenó el todoterreno negro que se había comprado, de gasolina. Metió la maleta, con ropa y ya se compraría la necesaria cuando llegara a Ditton, según el tiempo que hiciese.

Tenía que atravesar los estados de Nevada, Idaho, hasta llegar a Montana, así que sin prisas. Iría viendo los paisajes.

Era primavera, la temperatura era buena. Iba a ir en coche y pararía donde le apeteciese por la noche para dormir.

No importaba el tiempo que tardara en llegar. Disfrutaría de conducir, sentiría el aire libre en su cara y pararía en Moteles de carretera o en alguna ciudad que le interesase hasta llegar a su destino.

Era libre y se sintió feliz, otro tipo de felicidad distinta a la que disfrutaba en Nueva York, donde vivía.

Tardó en llegar a Ditton una semana, admirando el paisaje conduciendo todo el día, parando en sitios que le gustaban. A veces, se quedaba un día en algún sitio. Como si estuviese de vacaciones. Y en realidad, lo estaba.

Antes de entrar al pueblo, como a dos kilómetros del mismo, había un motel y allí paró. Le dijo al dueño que no sabía los días que iba a quedarse. Iba a buscar casa. Así que se quedó en una habitación, se duchó y se fue al pueblo.

Era mediodía y tenía un hambre mortal. En la entrada del pueblo preguntó dónde había una

cafetería. Y le indicaron una en el centro.

El pueblo era pequeño, pero precioso. Debía reconocerlo. Rodeado de árboles con un río pequeño, que pasaba cerca. Había visto ranchos de ganado antes de llegar y seguro que había también a la salida. Y al fondo se veían montañas verdes maravillosas.

Entró en la que parecía la única cafetería del pueblo, que le pareció muy pequeño y se sentó en uno de los asientos. Parecía una cafetería algo antigua, sin embargo, estaba muy limpia.

Había unos cuantos vaqueros con sus sombreros y algunas familias. Estaba aquello animado.

Una chica de unos veinte algunos años, se le acercó con unas mallas negras, una camiseta de igual color y un delantal negro también.

Era rubia y de ojos azules. No llegaba al metro sesenta, tenía pecas en la cara. Era delgada, no demasiado y llevaba una coleta, por lo que parecía que su melena lisa le llegaba a media espalda. Se veía eficiente, segura y rápida por lo que pudo observar.

Gaby, se fijaba mucho en el aspecto de las mujeres, en cada detalle. Era muy observador y ella era muy guapa.

-¡Buenos días! -le dijo con una sonrisa preciosa que le encantó -¿es usted de por aquí?

-No, soy de Nueva York.

-¿De Nueva York? Y, ¿qué hace usted tan lejos? Por aquí no solemos recibir a gente de tan lejos, ni tan finos.

-Gracias. Primero comer y luego buscar un sitio donde vivir. Nada del otro mundo. Quiero pasar unos días o meses, de vacaciones. Ya veré, el tiempo que me quedo. Todo depende.

-Aquí si quiere tranquilidad, la tendrá. Tenemos un pueblo pequeño rodeado de ranchos. Las casas del pueblo son pequeñas. Yo vivo a las afueras y le podría alquilar la parte de arriba de mi casa que es de las más grandes. Es un apartamento que tengo para alquilar. Es independiente. Y si quiere, puede incluir, limpieza y comida. O el apartamento solo. Como quiera. Es un apartamento de un solo dormitorio. Se lo digo por si le interesa. No va a encontrar nada más para alquilar aquí. La gente tiene sus propias casas y el pueblo es pequeño.

-Me vendría bien verlo. Me interesa. Y si no hay nada más... Lo prefiero a quedarme en un motel.

-Salgo a las cuatro. Si quiere nos vemos aquí a esa hora. Aún me quedan tres horas de trabajo.

-No te preocupes, estoy alojado en el motel que hay a la entrada.

-A propósito, me llamo Gina.

-Gaby, encantado.

-¿Bueno y qué quiere comer?

-Un buen desayuno o comida. Te lo dejo a tu elección. Estoy muerto de hambre.

-Vale. Yo le traeré lo mejor de esta cafetería.

Por lo que él veía, en la cafetería había un señor mayor metido en la cocina, Gina y un chico joven en la barra.

Parecía que casi tenía casa, pero podía tener un inconveniente. Iba a estar cerca de una chica guapa y no quería problemas. A lo mejor tenía novio o estaba casada.

Si tenía niños, seguro que no se quedaba en esa casa. Venía a descansar, no a oír niños chillando por los alrededores. Los niños no eran santo de su devoción.

Quería silencio, dar paseos, ir a ver ese río, correr un poco por las mañanas y leer. Además, su tipo de mujeres eran más altas.

Pero esa rubia pequeña, no estaba nada mal. Claro que él no había ido allí a eso, sino a descansar de todo y de todo significaba también de mujeres.

La verdad es que comió estupendamente. No podía más. Pagó la cuenta y quedó con Gina a las

cuatro para ver el apartamento. Se dio una vuelta por el pueblo.

Los comercios se reducían a un supermercado grande tipo almacén, de comida, una pequeña comisaría, un banco, una farmacia, una veterinaria, un almacén de ropa, que tendría que visitar y una clínica médica pequeña.

La cafetería de Gina y un bar de copas tipo granero en las afueras dónde uno iba a divertirse por la noche.

El pueblo podría tener unos mil habitantes, no más, pero le gustó. Era tranquilo y la gente a la que preguntaba, todos lo saludaban. Era un pueblo acogedor. Justo lo que andaba buscando.

Se fue al motel y se echó un rato en la cama. Puso la alarma del móvil por si se dormía.

A las cuatro en punto, estaba en la puerta de la cafetería con su todoterreno.

-¿Traes coche? -le dijo Gina.

-Sí, claro. ¿Tú no?

-Está cerca.

-Pero vengo del motel. Bueno, pues sube si quieres.

Gina, subió al coche de Gaby y le fue indicando. Estaba relativamente cerca, ella iba andando a todas partes, no tenía coche.

La casa estaba situada en la parte de la izquierda de la carretera, la parte que daba al río, fenomenal, estupendo, algo positivo.

Era una casa grande y moderna y tenía unas escaleras independientes a la izquierda, para subir al apartamento que estaba encima de la casa. Aparcó cerca de las escaleras.

-Espera que cojo la llave y te la enseño.

Entró en su casa y salió en unos minutos. La casa estaba rodeada de macetas de geranios de diversos colores y tenía un porche de madera con una mesa y dos mecedoras.

Subieron las escaleras de madera con barandas de hierro fuerte, pintadas en negro.

Le encantó lo que vio. Tenía una grandísima terraza de madera con vistas a tres partes del pueblo. A la parte del río, que se veía perfectamente y las montañas a lo lejos, a la carretera y a un lateral.

Tenía como cincuenta metros cuadrados. En el otro lateral, a la derecha estaba el apartamento, que ocupaba la mitad de la casa por encima, y que tenía una gran fachada, una puerta en el centro y dos ventanales a la terraza y otros tres a la parte de atrás.

El apartamento, era muy bonito, alargado y pequeño. Disponía de una chimenea para el invierno, eléctrico, un salón mediano con un gran sofá y dos sillones, estanterías blancas a los lados de la chimenea.

Una mesita auxiliar al entrar con una lámpara. Una mesa con cuatro sillas y una cocina pequeña con una barra y dos taburetes que separaban la cocina del salón comedor.

Los dos ventanales delanteros a la terraza, pertenecían al salón. Al otro lado del salón había dos puertas, una a un dormitorio con una gran cama y un vestidor mediano, un sillón y una mesita de noche.

Y la otra puerta daba a un baño con ducha, un gran estante para toallas y al otro lado una lavadora, una secadora y un cubo de mimbre para la ropa sucia. Los tres ventanales traseros pertenecían, al dormitorio, al baño y a la cocina.

Era un apartamento todo exterior, muy luminoso, pero lo que más le gustó fue la gran terraza.

Compraría una mesa y unos buenos sillones o una hamaca para estar cómodo y quizá una sombrilla por si hacía demasiado calor. Porque no tenía.

También algunas pesas para hacer ejercicio. Y ya vería si necesitaba algo más. Una mesa de despacho quizá... Y sobre todo comida.

Pero no importaba, la cocina estaba equipada de todo y el apartamento también, de ropa.

-Me lo quedo.

-Aún no te he dicho el precio, a lo mejor te parece caro.

-Es verdad, -dijo sonriendo -bueno, dime, quizá me he adelantado -dijo irónicamente.

Cuando le dijo el precio, le pareció más que barato, en comparación con lo que pagaba en Nueva York. Era lo que buscaba.

-Me lo quedo.

-Tengo que limpiarlo. Puedo hacerlo entre hoy y mañana y pasado mañana puedes entrar. Tienes que darme una fianza y un mes por adelantado.

-No hay problemas. Solo podría haber una cuestión...

-Dime.

-¿Tienes hijos?

-¿No te gustan los niños?

-Me gustan mucho los niños, pero en este momento, no. Quiero silencio y tranquilidad.

-Puedes estar tranquilo. Vivo sola, no tengo hijos. Ni hijos ni nadie que pueda molestarte.

-Bien, entonces, prepara el contrato y pasado mañana estoy aquí con el dinero a la hora que me digas.

-¿A las cuatro y media?

-Perfecto.

-Gaby...

-Sí.

-Si quieres limpieza, eso es aparte.

-¿Cuánto cobras?

-Y, ¿cuánto crees que necesito? -la miró no sin cierta ironía y mirada retadora. Le hacía gracia esa rubia menuda -Si recoges las cosas a diario, con tres horas semanales, te puedo limpiar el apartamento entero y hacerte la colada. Diez dólares la hora.

-Pues que sea con limpieza. Hasta pasado mañana -Por ese precio no iba a hacerse la colada ni limpiar el apartamento y ella parecía necesitarlo o esa sensación le pareció a él.

-Adiós. Hasta pasado mañana.

Y Gina, se puso manos a la obra limpiando de arriba abajo todo el apartamento. Una parte y al día siguiente otro.

Gina, trabajaba mucho. Se levantaba a las cinco de la mañana y estaba en el café hasta las cuatro de la tarde.

Trabajaba once horas diarias. Necesitaba el dinero y por fin, había tenido suerte. Por fin iba a tener un respiro económico.

Gaby, era el hombre más guapo que había visto en su vida. Tenía unos ojos grises que mataban y un aire de ciudad elegante.

Tenía un acento y una voz preciosa y era sexy, y viril. Cualquiera mujer mataría por él, cualquiera, menos ella, que ya estaba inmunizada de hombres y sólo había tenido uno. Pero con ese había sido suficiente para unos cuantos años.

Además, un hombre como ese, nunca se fijaría en una mujer como ella en la vida.

¿Por qué habría cambiado Nueva York por ese lugar perdido de la mano de Dios? Daba igual, a ella no le importaba, mientras le pagara... Pero no pensaba liarse con ningún hombre más.

Había aprendido la lección con Mark. Le había hecho comprar esa casa y la había dejado en la estacada, llevándose todo su dinero de la cuenta conjunta que habían abierto y la dejó con una hipoteca por pagar.

Él, vino a un pueblo a cincuenta millas de Ditton, como un vaquero guapo, pero en realidad, nunca buscó trabajo y vivía de ella, que vivía en ese pueblo.

Y se había llevado los ahorros que sus padres le habían dejado. Hizo que vendiera su casa, vieja, pero suya, que se cambiaran de pueblo y ahí estaba, en Ditton, sin dinero y llegando a final de mes como podía, pagando una hipoteca al banco y más sola que la una.

Había sido una tonta que no había visto venir a ese malnacido.

Ahora con este nuevo inquilino, al menos podía respirar unos meses, si se quedaba. Pero necesitaba hacer algo más para poder ahorrar.

Aunque terminaba tan muerta del café, y que las propinas no eran muy altas..., pero ahora con el alquiler, podía respirar un poco e ir menos agobiada.

Podía pagar la hipoteca y comer. Ahorraría la parte del apartamento y la de la limpieza, la utilizaría para comprarse un poco de ropa, porque desde que Mark se fue hace un año y medio no había podido comprarse nada, salvo ropa interior barata.

Y ahorraba un poco, porque desayunaba y comía en la cafetería. Sólo se hacía algo de cena en casa. Y eso también le suponía un ahorro, menos mal.

No tenía coche, ni teléfono fijo, sólo un móvil, para ahorrar también. No salía a divertirse. No podía permitírselo.

No podía permitirse ningún lujo. Absolutamente ninguno.

Pero no le importaba. Allí no había lujos, salvo salir los fines de semana y ella trabajaba siete días a la semana si quería pagar la hipoteca.

Además, divertirse allí suponía salir los fines de semana al “*Granero*” a bailar y tomar una copa y aguantar a los vaqueros o acostarse con ellos, pero eso no pensaba hacerlo ella.

Sus relaciones con Mark, no habían sido muy satisfactorias que digamos y fue el primero y único, así que con ese tenía bastante. Si el sexo era eso, prefería no tocar ese tema nunca más en la vida.

CAPÍTULO DOS

Al día siguiente, Gaby fue a la cafetería dos veces, una temprano para desayunar y otra antes de cenar.

Lo atendió Gina, amablemente. Luego fue al banco a sacar dinero, pues suponía que no le podía pagar el alquiler con tarjeta.

Allí tendría que sacar dinero para pagarle a ella. En el banco conoció a un tipo grueso, bajo y muy amigable que le preguntó, si era nuevo en el pueblo y él le dijo que sí que iba a instalarse en casa de Gina y como ocurre en los pueblos pequeños, le contó que su novio, le había robado hacía un año y medio dejando la cuenta conjunta que tenían a cero, dejándola con una hipoteca por pagar y tenía tan mala suerte que no había alquilado el apartamento a nadie, porque por el pueblo pasaba poca gente.

Era muy querida. Todo el mundo sabía que trabajaba muchas horas todos los días de la semana para pagar la hipoteca, y que no salía ni podía permitirse lujos.

Era una buena chica, pero la habían estafado. ¡Malnacido!

Ya sabía algo más de Gina. En secreto el señor le dijo que debía casi cien mil dólares de la hipoteca. Se ve que en el pueblo no funcionaba la Ley de Protección de Datos.

Le habían ofrecido comprarle el apartamento y la casa, pero como siempre había gente aprovechada y querían darle menos de lo que costaba esa casa con el apartamento.

El día anterior, se le había olvidado preguntarle si el apartamento tenía internet. Seguro que no, pero de eso se ocuparía él.

No quería causarle gastos, además, el apartamento era independiente y él necesitaba conectarse a la red para seguir sus inversiones.

Quizá le echase una mano con el tiempo a Gina también. Eso sí, con mucho tacto.

Cuando dos días después se instaló en el apartamento, estaba impoluto.

Deshizo su equipaje y se fue a hacer compras. Comida, un periódico y ropa. Y conectarse a internet. Preguntaría por el pueblo.

Se compró un sombrero vaquero, dos vaqueros azules, dos negros, dos pares de botas y camisetas, de manga corta y larga,

Por las noches refrescaba. También se compró algunas camisas de cuadros. Y alguna sudadera con cremallera.

Toda la ropa que tenía era o de deporte o fina para salir, pero algo intermedio, nunca le había hecho falta, porque en su vida de ciudad, o salía a hacer deporte por la mañana o iba vestido al trabajo y luego para salir también iba con camisas de seda.

Así que allí, en ese sitio tan tranquilo que le había gustado, tendría que ir como la mayoría de la gente, aunque ya se había comprado algo en Nueva York, quería ropa de allí también. Era un vicio que podía permitirse.

Hizo las gestiones para poner internet, que le tardó un par de días y se compró un par de sillas balancín de madera, un par de hamacas y una mesa de terraza con sillas, con una sombrilla por si apretaba el sol.

La gran terraza iba a utilizarla bastante. Le encantaba. Era lo que más le gustaba de la casa.

Desde el lado de la terraza que daba a la carretera podía ver el jardín y el patio de Gina. Por la otra parte estaba el río. Y las montañas a lo lejos.

Su casa, la de Gina, era más grande ya que ocupaba por debajo la parte de la terraza. No entendía bien, por qué se compró esa casa tan grande para ella sola. Incluso para dos personas.

No era demasiado grande, pero sí para una sola persona. Incluso era grande para dos personas.

Intentó seguir una rutina diaria, para no aburrirse demasiado. Una cosa era descansar y lo haría y otra estar todo el día sin hacer nada. Así que se levantaba temprano, recogía un poco la casa y hacía la cama.

Se iba a correr por los alrededores como una hora. Así iba conociendo parajes hermosos que tenía el pueblo.

Con el tiempo hasta se llegaba por algún rancho y saludaba. Pronto llegaron a conocerlo como el hombre de ciudad.

Cuando terminaba de correr, hacía algunos ejercicios en la terraza, abdominales y pesas que se había comprado en uno de los almacenes.

Se duchaba y se iba a desayunar a la cafetería donde trabajaba Gina, compraba lo que necesitaba y se iba a casa.

Luego tomaba el ordenador y se dedicaba dos horas, a mirar inversiones y demás noticias o lo que él veía. Comía algo y tomaba un café.

Y se echaba una siesta o viendo la tele en el sofá o en la terraza en una hamaca.

A las cuatro y media solía llegar Gina con alguna bolsa de compra y la oía. En cuanto llegaba se oía el agua de la ducha, y se la imaginaba duchándose y lavándose el pelo.

Le parecía una imagen sexy, o hacía tiempo que no estaba con una mujer. Gina, no era su tipo. Era muy bajita y a él le gustaban las mujeres más exóticas, más altas.

Y ella, tenía un aire frágil, que daban ganas de protegerla. Aunque te atendía con una sonrisa, él sabía por lo que se había enterado que era una mujer triste.

Cuando se dejaba de oír la ducha, debía acostarse un rato del cansancio de tantas horas de trabajo, porque todo quedaba en silencio.

Trabajaba catorce horas en la cafetería, de cinco de la mañana a cuatro de la tarde, siete días a la semana.

Y los fines de semana a veces salía más tarde, porque había mucha más clientela, pero en cambio entraba más tarde también, sobre todo los domingos.

Cuando se levantaba de la siesta, la oía trastear en la casa y en el jardín y salía a dar un paseo.

Él, la veía irse para el río y sentarse a lo lejos en una piedra, que debía ser su lugar favorito, y allí se quedaba hasta la puesta de sol, en que volvía.

Los jueves, cuando volvía del trabajo, se iba a su casa a limpiarle, Gaby, se salía a la terraza y cuando salía a limpiar la terraza, se daba un paseo. A la vuelta, le pagaba y volvía al apartamento.

Esa fue la rutina que escogió y a la que se acostumbró y que lo hacía de momento feliz. Descansaba todo cuanto quería, hacía ejercicio al aire libre y había conseguido desconectar tantas horas del trabajo que era de lo que se trataba con el viaje.

Se sentía a gusto en ese pequeño pueblo. Iba conociendo a toda la gente, que lo saludaba al pasar o se paraba a veces a charlar con la gente y ya estaba prácticamente enterado de todos los cotilleos del pueblo, aunque a algunas personas ni las conocía.

Sí que dedicaba un par de horas a trabajar. Pero ya no era comparable con todas las horas y horas que le dedicaba en Nueva York y que a veces terminaba con la cabeza como un bombo y a punto de darle un infarto.

Ditton era un pueblo agradable, saludable y capaz de quitarle el estrés y la depresión al más pintado. Y se quedaría el tiempo que fuera suficiente.

Llevaba ya dos meses allí y se sentía muy relajado y bien. Era una rutina distinta, tranquila, lenta.

La gente lo conocía y lo saludaba. Se paraban a hablar con él como si fuera uno más de la comunidad.

Le hablaban de cualquier cosa y Gaby también. No había prisas para nada. Si comías a las tres bien, si a las dos, también.

El tiempo pasaba lento y no había que ir a ningún lado. Algunas mujeres jóvenes, de las pocas que había en el pueblo, se le acercaban, pero él no estaba por la labor.

Los fines de semana, iba a tomarse una copa al local de copas, al que llamaban *Granero*, que era un granero convertido a tal fin, y se quedaba un rato allí, donde los vaqueros y las chicas se lo pasaban bien, bebían y bailaban. A veces iba una orquesta.

Una noche de sábado, al bajar las escaleras para ir a tomar una copa, se encontró a Gina, sentada en la puerta.

-¡Hola Gina! ¿No sales nunca? -aunque él sabía que no salía y el motivo.

-No, estoy muy cansada.

-¡Vamos, te invito a una copa mujer!, no todo va a ser trabajo.

-Te lo agradezco, pero no estoy ni vestida ni nada.

-Te espero. No hay prisa. Así estás bien, yo voy en vaqueros. Venga mujer, vamos a tomar algo. Sin pretensiones. Como amigos.

-Bueno, espera un poco. Quizá hoy necesite salir un rato.

Gina, sabía, que él la iba a invitar, no dejaría que ella pagara. No tenía mucho, pero por un día no pasaría nada. Ya ahorraría más con las propinas.

Cuando salió llevaba el pelo suelto a mitad de la espalda. Se había pintado un poco, no mucho y llevaba unos vaqueros más nuevos y una camisa rosa muy bonita y llevaba una colonia fresca de baño.

-¡Estás muy guapa!

-Gracias Gaby.

-Venga, vamos andando y damos un paseo. Si bebo un par de cervezas no podré conducir.

-Claro, si estamos al lado. Todo está muy cerca aquí. No necesitamos coche dentro del pueblo.

-Bueno, dime, ¿por qué no sales? ¿No tienes amigas? -quiso indagar por si quería contarle algo.

-No, no es eso. Es que no me apetece, trabajo mucho y estoy cansada. Y estoy escarmentada de hombres. Y los fines de semana vienen los vaqueros de los ranchos y a veces me resultan pesados, aunque son buenas personas.

-Lo de los hombres, me lo tienes que explicar algún día. Todos no son iguales, mujer. Si has tenido alguna mala experiencia, ¿quién no?

-Sí, eso es verdad. Todos hemos tenido malas experiencias, pero esta me va a costar superarla.

-¿Lo querías mucho? -le preguntó mientras iban caminando al local.

-No, no va el tema por ahí.

-Bueno, un día me lo contarás. Esta noche es para divertirnos. Dejemos los malos recuerdos atrás.

Y llegaron al bar salón. Estaba lleno de gente. Todo el mundo los saludaba. A ella la conocían

todos y se alegraba de que estuviese allí, porque nunca iba. Se acercó al oído de Gaby, se alzó y le dijo:

-Van a pensar que salimos juntos. Nunca salgo ni sola ni acompañada. Habrá cotilleo mañana en el pueblo.

-Bueno, que piensen lo que quieran. A mí no me importa. Si a ti tampoco... ¿Tomamos un chupito o cerveza?

-Chupito, que no tomo desde hace años.

-Pues chupito para la chica más guapa del bar.

Se rio y fue la primera vez que la vio reír con alegría y le gustó. Siempre le pareció una chica triste e introvertida.

Todo el mundo quiso invitarlos. Y al final se tomaron más chupitos de la cuenta. Bailaron.

Ella se reía porque él no sabía llevar esos pasos, pero tenía ritmo y aprendía bien. La invitó a bailar lentas.

A pesar de ser pequeña, la llevaba muy bien. Olía a colonia fresca en comparación con su perfume caro de hombre.

Y su pelo era tan suave que por una vez desde que vino al pueblo, se sintió excitado por ella.

No la había visto de esa manera nunca. Pero tenerla en sus brazos, encajando perfectamente en ellos, tan frágil y tan fuerte a la vez, la sintió como la mujer preciosa que era.

Era valiente y era atractiva y tenía sus pechos sobre el suyo y él la apretó más, contra él para que sintiera su excitación.

No sabía por qué lo hacía, quizá hubiesen bebido más chupitos de la cuenta y eso contara.

Ella se dio cuenta de que estaba excitado y levantó la cabeza y él aprovechó para besarla en los labios.

Ella no se retiró y él profundizó el beso y exploró su boca enredando la lengua con la suya. Sabía tan bien... la necesitaba en su cama.

Hacía mucho tiempo que no tenía relaciones sexuales y él no era ese tipo de hombre. Era sexual y ardiente.

Gina, se sorprendió de estar en esa situación con su casero. Era tan guapo.... Le había gustado desde el principio, desde la primera vez que lo vio entrar en la cafetería con su ropa cara y su perfume más caro aún.

Ese tipo de hombre tan fino, no se veía por esos lugares, pero estaba cerrada a tener relaciones. Pero esa noche, había bebido más de la cuenta. Hacía que no bebía y se dejaba llevar.

De todas formas, Gaby, era un hombre educado y bueno, y tremendamente excitable y sexy. Y la atraía como un imán.

Ella sabía que no era su tipo. Debían gustarle las mujeres sofisticadas, pero ella era la que estaba ahora en sus brazos y necesitaba sexo, como todo el mundo.

-¿Nos vamos? -le dijo Gaby

-Sí. Ya es tarde y mañana tengo que trabajar.

Al salir del bar, él le cogió la mano y ella se la dio y fueron caminando en silencio hasta la casa.

Allí, él le tiró de la mano para que subiera a su apartamento y ella mirándolo, aceptó subir. Ya sabía qué iba a pasar.

Cuando abrió la puerta, la besó más apasionadamente. Y ella le respondía llevada por la necesidad. La desvistió despacio y Gina, se quedó en ropa interior.

Era una ropa sencilla, pero tenía un cuerpo bonito y unos pechos altos y hermosos, los pezones grandes y duros.

Sin dejar de acariciarla, se desvistió Gaby y cuando se quedó en slips, le cogió la mano a ella y la llevó a su sexo para que lo tocara, mientras él daba pequeños mordisquitos a sus pezones.

Él tenía un sexo grande y duro y ella se sintió húmeda con lo que le hacía. Era un buen amante y ella sólo había tenido uno y no tenía comparación, con lo que Gaby le hacía y estaba sintiendo. Era generoso con ella y quería darle placer y se quedaron desnudos.

Se echaron en la cama y él tomó un preservativo de la mesita de noche y sin dejar de besarla y tocando su sexo entró en ella.

La mano de él entre los dos sexos, la excitó como nada y entró en ella, despacio y ella gritó y gimió y él animado por ella que cerró las piernas sobre su cuerpo, sintió de debía apremiar el ritmo, porque no podía aguantar más y sabía que ella tampoco.

Cuando sintió que ella iba a tener un orgasmo, él también lo tuvo gimiendo sobre su boca.

Fue al baño y al volver, la echó sobre su cuerpo duro y ella le tocó el pecho acariciándose.

-¡Eres muy guapo!

-Eso no se le dice a un hombre guapo -bromeo.

-Vale –riendo -Bien. No se lo diré. Me ha encantado. No me arrepiento. Hace más de un año y medio que no tengo relaciones sexuales y hacerlo contigo, ha sido muy especial.

-Gracias, lo mismo digo. Bueno, lo mismo no, hace cuatro meses que yo no me acuesto con una chica.

-Sé que las chicas con las que te acuestas son sofisticadas, no como yo -dijo ella con total sinceridad.

-Desnudos, no hay sofisticación que valga Gina. Somos todos iguales.

-Sí que la hay. Yo soy una chica sencilla.

-Y ¿qué?

-Que no creo que debamos repetir esto. Hemos bebido más de la cuenta. Y mi vida, ya está suficientemente enredada como para meterme en más problemas.

-Te aseguro que, si soy algo, no soy un problema.

-Lo digo por mí, Gaby. Me conozco y cuando te vayas, no quiero sufrir otra pérdida. No soy una chica que tiene relaciones sexuales largas y luego me quedo tan pancha.

-Pero Gina, nadie te va a prometer un anillo por el hecho de que te acuestes con él. La vida es más sencilla que eso. Para pasarlo bien y ser amigos, acostarse juntos o hacer actividades, para ello, no hacen falta compromisos.

-¿Eso quiere decir que quieres acostarte más veces conmigo?

-Tú, ¿no?

-Sinceramente me gustaría. Eres el hombre más sexual que conozco y tengo una contradicción de... por un lado me gustaría y por otro algo me dice que no debo.

-¿Por qué esa lucha? Trabajas once horas siete días a la semana y no sales y ¿no vas a disfrutar de un chico de ciudad guapo y atractivo y que sabe hacer muy bien el amor?

-¡Anda!, -y Gina, no paraba de reírse.

-Es broma, pero me gustaría que fuésemos amigos y tengamos sexo.

-Pues ya estás tardando que mañana tengo que madrugar y me gustaría dormir un poco. Aunque el domingo entro a las ocho.

-¡No me lo puedo creer!... Sabía que no te ibas a resistir a este hombre de ciudad.

Y sí, la encendió, le gustaba la forma en que gemía, sus pechos, y su forma de hacer el amor.

No se dejaba hacer, era participativa y activa, y su sexo la llenaba por completo. Le respondía a todo y lo tenía en constante excitación y aguantando.

Se quedaron dormidos y cuando él se despertó ella se había ido. Olió la almohada donde había dormido Gina y se levantó como todos los días.

Cuando fue a desayunar, ella se puso colorada en cuanto él entró por la puerta, tan guapo.

-¡Hola preciosa! -le dijo despacito para que nadie lo oyera

-¡Hola vaquero! -Gaby sonrió

-Ponme lo de siempre.

-Vale.

Una vez que desayunó hizo su rutina diaria. Era domingo y no iba a abrir el ordenador ese día. Iba a tomar el sol en la terraza y a leer un rato. Y eso hizo.

Al cabo de una hora, dejó el libro en la mesa y se quedó dormido bajo la sombrilla casi hasta la hora de comer.

Se hizo un bocadillo y se tomó una cerveza, mientras veía la tele. Y sobre las cuatro y algo, oyó cómo llegaba ella y se duchaba.

Cuando cerró el grifo, llamó a su puerta. Sabía que no le había dado tiempo de vestirse, pero le apetecía verla desnuda y hacer el amor con ella.

Salió a abrir la puerta con una toalla y aún estaba mojada.

-¡Hola nena! ¿Necesitas a alguien que te seque la espalda?

Lo cogió por el chándal y lo metió dentro de un empujón.

-¡Eh! ¡Eh! Que vengo en son de paz.

Él le quitó la toalla y la tiró desnuda al sofá y sin mediar más palabra, se puso un preservativo y se bajó el pantalón y la poseyó como un loco. El tiempo se detenía cuando estaba dentro de ella.

-¿Sabes que estás loco?

-Sí, un poco, por eso estoy aquí, para quitarme la locura, pero me he encontrado a una pequeña camarera y va a ser difícil superar esta difícil enfermedad.

-Cuéntame quien eres, tienes familia, dónde vivías, no trabajas, mujeres, familia, todo.

-¿Eso no es mucho para un día?

-Bueno, yo te contaré también algo.

Mientras descansaban en el sofá, desnudos, ella le contó.

-Tengo veintisiete años y desde los dieciocho soy independiente. Mis padres murieron en un accidente de tráfico cuando tenía esa edad. Fue el verano en que me había graduado en el Instituto. No tengo hermanos y mis padres no tenían seguro de vida, sólo un poco de dinero en el banco y una casa que necesitaba muchas reparaciones, pero al menos estaba pagada. Vivía en un pueblo a cincuenta millas de aquí.

-¿Y cómo llegaste aquí?

-En mi pueblo trabajé de camarera durante cinco años. Tenía que subsistir. Y en la cafetería donde trabajaba, conocí a Mark. Vino al pueblo buscando trabajo, pero ninguno le venía bien. Se quedaba en el motel cercano y venía a diario a la cafetería a comer. Era atractivo y tenía un don de palabra difícil de resistir. Me contó que había trabajado en sitios remotos, que había sido marine, en fin, todo mentira cuando me enteré. Era un desgraciado. Pero consiguió enamorarme o no creo que fuese eso, creo más bien que fue una especie de dependencia-adicción. Entré en una tela de araña y hacía cuanto él me decía. Yo había tenido algunos novios, pero no me había acostado con ninguno. Él fue el primero. Y aunque no era generoso en las relaciones, yo hacía lo que él decía, lo que creía que era por mi bien. Me convenció para vender la casa de mis padres. Vendríamos aquí y compraríamos una casa entre los dos y él trabajaría en un rancho y yo en la cafetería,

siempre necesitaban gente. Y así lo hicimos, abrimos una cuenta conjunta, con mi dinero. Nunca supe lo que él tenía. Por una razón u otra, nunca lo veía. Compramos esta casa tan grande para los dos solos, con el apartamento arriba, porque decía que con parte del alquiler del apartamento y dando el dinero de la casa de mis padres y el suyo, casi teníamos pagada la hipoteca. Y nuestros sueldos para vivir. Ni encontró trabajo ni nada. Se quedaba durmiendo hasta mediodía. Decía que había ido a tal o cual sitio y era mentira. También era mentira que adelantó el dinero de la casa de mis padres para comprar esta. Y un día, cuando vine de la cafetería, de trabajar, se había ido, con su ropa y con todo el dinero. Cuando fui al banco, debía la hipoteca entera y no tenía alquilado el apartamento y era difícil alquilarlo en este pueblo. Todo el mundo tiene su casa. Así que, de pasar a trabajar cinco días a la semana, pasé a ahorrar y trabajar once horas, siete días a la semana, menos el domingo que trabajo diez. El sueldo me permite, pagar a duras penas la hipoteca, los gastos y cenar, porque el resto lo hago en la cafetería. Y manejarme con las propinas.

-¡Vaya historia! -aunque él ya sabía gran parte de ella.

-Sí, esa es mi vida. No he estudiado nada, ni tengo para hacerlo, ni tiempo. Creo que seré camarera toda mi vida.

-¿Y si vendes la casa?

-Llevo un año y medio pagándola, no sería rentable. Sólo he pagado intereses y dónde iba a ir.

-Eso es cierto, pero podrías irte a otro sitio y pagar un alquiler más barato que lo que te cuesta la hipoteca.

-Me gusta este sitio, me da paz. He aprendido a no necesitar nada material. Trabajo, me gusta estar con la gente y luego, cuando llego a casa, tengo mi paz. Esta casa es preciosa y estoy muy bien.

Volvieron a hacer el amor y decidieron dar un paseo por el río. Se sentaron en silencio oyendo el murmullo del agua. Gina, tenía razón. Era un lugar especial y tranquilo.

-Y tú, ¿qué? ¿Qué me cuentas de ti?

-Mi vida es compleja también. Tengo treinta años. Vengo de un orfanato. Mis padres, ya con más de cuarenta años, me adoptaron cuando yo tenía ocho. Ahora están en una residencia bastante buena y cara. Debería ir a verlos más a menudo y sobre todo llamarlos más. He ido a verlos antes de venir aquí. Viven en San Francisco. De allí soy. Que yo sepa. Estudié finanzas y he sido bróker en Nueva York. Era bueno. Tenía mucho trabajo, mucho estrés. He trabajado en la bolsa durante siete intensivos años sin parar. Tengo un apartamento en Manhattan, muy caro, un gran vestidor lleno de trajes de seda y más de sesenta pares de zapatos. Todo de marca. Si no tenías eso, no eras nadie. Había que ir así para los clientes. Me levantaba temprano e iba al gimnasio y al trabajo y trabajo y chicas y chicas y trabajo.

-Sabía que tus chicas eran sofisticada y de piernas largas.

-Sí, lo reconozco. El físico era importante.

-¿Y qué haces aquí?

-Descansar de esa vida. Me levanté una mañana y me dije que quería paz. Puse el mapa de lugares del Norte en el pc, cerré los ojos y toqué con el dedo, y me salió este pueblo y aquí estoy.

-Entonces, algún día te irás.

-Probablemente. Quiero encontrar otro tipo de trabajo o volver al mismo si estoy preparado. Pero de momento voy a descansar unos meses. Cuando me canse, buscaré. Puedo trabajar por internet, también.

-¿Puede hacerse eso?

-Puede hacerse, claro. Quizá monte una empresa de asesoramiento financiero.

-Qué quiere decir...

-Que la gente invierte su dinero para ganar más dinero. Pero no me mires así, no soy Mark y tú ya no tienes dinero.

-Es cierto. Volvamos. Se está haciendo tarde. Yo creo que descansarás aquí del estrés. Esto recupera. Te puedes bañar en el río.

-Lo hice ayer y esta mañana. El agua está fría, pero cuando venga de correr, nadaré y haré mi tabla de ejercicios.

-Estás muy bien. No te hace falta tanto ejercicio.

-Gracias. Pero sirve para liberar el estrés.

-Y para que las chicas de la cafetería, babeen por tus huesos.

-¡Qué boba! Me doy cuenta. Pero no quiero una relación ahora. Sin saber dónde quedarme. Además, tú eres ahora mi prioridad. -Y la besó -mientras subían hacia la casa.

Se habían sincerado el uno con el otro. Lo que le preocupaba a Gina, era enamorarse de Gaby y que este se fuera.

Le rompería el corazón que era peor que lo que le había hecho Mark. Porque eran hombres muy diferentes. Gaby era un hombre que tenía muchas cualidades.

Era guapísimo, tenía un cuerpo espectacular, era inteligente, y divertido, apasionado en la cama, pero no era para ella.

Ella, como mucho aspiraría a un trabajador de un rancho, que fuese un buen hombre. Nada más, pero él, no estaba a su alcance. Como mucho podían tener una relación, pero nada más.

Tuvo claro que no todos los hombres eran Mark, así que decidió vivir el momento que le tocara vivir con Gaby.

Los días pasaban con la rutina que al él le parecía maravillosa y le daba una paz tremenda. Le gustaba levantarse temprano, no tanto como Gina, pero realizaba sus ejercicios y corría, iba a desayunar, hablaba con la gente del pueblo. Miraba sus inversiones.

Había invertido y ganado mucho dinero desde que estaba allí. Lo cierto es que era bueno en su trabajo y por eso era millonario con treinta años.

Quería hacer algo por Gina, pero ella no se lo consentiría. No aceptaría dinero de él. Y le dolía verla trabajar tantas horas sin tener un día de descanso.

Paseaban, hacían el amor, o se tiraban algunas tardes enteras en la cama o en el sofá abrazándose después de hacer el amor.

Algunos sábados salían, pero él sabía que ella no quería salir para no gastar ni para que él pagara y Gaby se sentía impotente.

Pero sí que una tarde le propuso que hiciera un curso de contabilidad avanzada. Había terminado el instituto y podía hacerlo a distancia.

Tardaría un tiempo, pero podía dedicarle dos o tres horas por la tarde. Y ella se animó.

Y le regaló un ordenador para que lo hiciese y le pagó el curso.

A ella le dijo que el curso era gratis y lo creyó. Pero se enfadó porque le había regalado un pc.

Él le dijo que lo había encontrado a buen precio. Que, si no lo quería, se lo prestaba y con esos términos se quedó con él y empezó su curso de contabilidad.

Se subía al apartamento de Gaby por las tardes y en poco tiempo aprendió a manejar el ordenador y a realizar su curso a distancia.

Gaby, le decía que con ese curso podía llevar la contabilidad en algunos ranchos o empresas pequeñas.

Si lo terminaba en unos meses, podía hacer otro de fiscalidad y nóminas para complementar y llevar todo lo que una empresa necesita.

Y así se apuntó al otro curso y llevaba dos a la vez. Decía que iba a volverse loca, entre los dos cursos, el trabajo, y hacer el amor con Gaby, iba a terminar como él, estresada, pero Gaby, le ayudaba por las tardes y le explicaba infinidad de cosas que ella iba aprendiendo y asimilando y en seis meses terminó uno de los cursos y en ocho el otro.

Le mandaron por correo sus diplomas y estaba súper contenta. Intentaría buscar otro tipo de trabajo que no fuese la cafetería.

Gaby, le enseñó a hacer un buen Currículum, y le hizo una foto para insertarla en él. Luego realizaron una lista de ranchos y empresas donde mandarlos. Pero antes necesitaba sacarse el carnet de conducir.

Si tenía que ir a trabajar a los ranchos, necesitaba un vehículo. No tenía apenas dinero, pero Gaby, le dijo que era un préstamo y le prestó el dinero para sacarse el carnet. Lo hizo en dos meses.

Llevaba ya más de un año y medio allí y había conseguido que Gina, se sacase el carnet y que tuviese dos títulos.

Y llegó de nuevo otro invierno frío y helador. Tuvo que comprarse ropa adecuada. Salían juntos desde hacía un año y cuatro meses y había sido la relación más larga que Gaby había tenido. No se cansaba de ella.

Era preciosa y generosa, luchadora y valiente y no habían tenido discusiones, porque el poco tiempo que tenían lo aprovechaban para estar juntos.

Gaby se compró un libro de cocina y aprendió a cocinar y tenía la cena preparada para cuando ella viniera del trabajo.

A veces se enfadaba porque hacía la comida todos los días y no quería que él gastase dinero en ella.

También se enfadó cuando cumplió veintiocho años y él le regaló una camioneta de segunda mano.

Pero él la convenció también con una tarta de chocolate. Le decía que, si no le regalaba a nadie nada por su cumpleaños, no era un cumpleaños.

Que él tenía esa costumbre. Además, la camioneta le serviría para el trabajo. Ya estaba lista y podría enviar los Currículums que tenían en la lista.

Tuvo mucha suerte, pues dos o tres almacenes le pidieron que llevara la contabilidad, así como tres ranchos de la zona y otro más lejano.

Al principio tenía miedo, porque ese trabajo no lo había hecho nunca, pero Gaby le ayudó y la animó.

Dejó la cafetería porque con la contabilidad ganaba mucho más y tenía más libertad. Trabajaba mucho también, pero era un trabajo distinto, le encantaba e iba con su camioneta a los ranchos y a los almacenes y allí se distribuía el trabajo muy bien.

Le agradecía a Gaby todos los días que la hubiese ayudado y la gente estaba muy contenta con su trabajo.

Era ordenada y eficiente y en poco tiempo tenía quince clientes. A veces tenía que llevarse trabajo a casa.

Él, también había montado una empresa por internet de asesoramiento financiero y en un par de meses la tenía lista.

Se puso en contacto con algunos clientes antiguos y tuvo una buena cartera de ellos. La empresa iba funcionando muy bien cuando llegó el invierno. Y sus inversiones eran muy rentables.

Habían avanzado mucho los dos. Sus relaciones sexuales también. Se llevaban muy bien y eran

muy trabajadores.

No les quedaba tiempo libre. Había hecho de Gina, otra mujer. Le encantaba hacer el amor con ella y ahora tenían más tiempo. No tenía que estar once horas sirviendo mesas y eso le agradaba.

Por otro lado, quería ir a ver a sus padres por el día de Acción de Gracias porque ya hacía casi dos años que no iba a verlos. Desde que se vino a Ditton.

Había una gran distancia. Pero como no tenía nada que hacer decidió ir a San Francisco de nuevo y estar allí al menos una semana o dos.

Total, llevaba su empresa en el ordenador. Así que empezó a comprar regalos para sus padres.

Les haría mucha ilusión verlo. Tomaría un avión. Si pudiera se iría en su coche, pero eran muchos kilómetros y no iba a llegar a tiempo. Quizá se quedara hasta después de Navidad. Echaba de menos a sus padres.

Ya estaban mayores y debía aprovechar el tiempo con ellos. Les debía mucho. Todo lo que era y todo en lo que se había convertido.

Por otro lado, estaba Gina. Quería invitarla. Y lo hizo, pero ella le dijo que no podía dejar el trabajo, llevaba muy poco tiempo con los clientes y no podía dejarlos, que en otra ocasión sería. Él lo entendió. Y ella también entendió que quisiera verlos.

Le dejó pagado el mes de diciembre y enero, por si volvía más tarde. Ella no quiso aceptar dinero, ni siquiera el de la limpieza, porque no iba a estar y porque le había hecho muchos préstamos para todo, pero él no dio su brazo a torcer, salvo en el tema de la limpieza. Además, ella ocupaba allí un espacio con la empresa. Tenía el despacho con él allí.

-Te voy a echar de menos, vaquero.

-Yo también a ti, pequeña, pero te llamaré todas las noches y hablamos. Tengo ganas de ver también a mis padres. Hace ya más de año y medio que no los veo.

-Me parece muy bien. Es normal. Estaré esperándote pequeño.

-No me seas infiel, nena.

-Y me lo dices tú, que te vas a la ciudad y yo me quedo en este pueblo pequeño.

Y él la desvistió despacio y se la llevó al dormitorio. Le encantaban sus pechos. Los lamía y mordisqueaba sus pezones, y eso a ella, le encantaba.

Se sentía excitada al máximo y a ella, le encantaba su pecho duro y su sexo grande y erguido, siempre dispuesto, porque en ese tiempo, ella aprendió a tomar también la iniciativa y a él le encantaba.

Tocaba su sexo húmedo y abría sus pliegues para poseerla y ella le urgía a que entrara en su cuerpo dispuesto para el único hombre que la hacía feliz y deseable.

La amó él a ella y ella a él con sus bocas y no parecía terminar la noche en que se despedían.

-Mañana voy a estar zombi en el trabajo.

-Puedes dormir por la tarde hasta el día siguiente.

-Eso sí -sonriendo.

-Tengo que aprovecharme de ti. Voy a estar casi un mes y medio sin sexo, así que cuando venga, tengo que matarse a base de sexo.

-¡Qué exagerado eres!

Era la primera vez que iban a separarse y lo iba a echar mucho de menos. Con Gaby, compartía el mejor sexo que había conocido, porque con su primer novio, no habían saltado esas chispas.

Supo comparando que había sido un tipo egoísta, aparte de ladrón y dejarla en la estacada, pero Gaby, era diferente, era bueno sexualmente y generoso en todos los sentidos y lo que había

hecho por ella, lo había hecho desinteresadamente y le había enseñado tanto...

Lo iba a echar mucho de menos, y más en esas fiestas tan familiares en las que ella no tenía familia, pero no podía reprocharle nada. Iba a ver a sus padres que lo adoptaron de pequeño y habían estado ahí siempre para él y se preocupaba por ellos.

Además, eran ya mayores y necesitaban verlo de vez en cuando, y Gaby, se preocupaba por ellos y le aportaba económicamente a la residencia donde estaban viviendo sin que ellos lo supieran. Para que tuvieran todo lo mejor.

Y ahora se quedaba sola en la casa, que le parecería vacía sin él, a pesar de haber vivido sola antes, pero desde que vino a su casa y le alquiló el apartamento, llenó su casa y vida de un poco de felicidad que tanto le había faltado.

Y ahora le costaba vivir sin él, menos mal que serían un par de meses y tenía el suficiente trabajo para adaptarse, trabajar intensamente y dejar que los días pasaran rápidos y que volviera a ella de nuevo.

Ahora tenía trabajo en los ranchos y en las empresas que llevaba. Debía hacer la contabilidad anual. Se refugiaría en el trabajo, que gracias a él había conseguido y que le encantaba y en nada tenía que ver con el de camarera de doce horas diarias. Ahora tenía tiempo para descansar, leer libros tanto de literatura como de contabilidad, porque quería aprender lo máximo y encargaba libros todos los meses a la librería del pueblo para ampliar sus conocimientos.

CAPÍTULO TRES

Por la mañana ella se había ido. Él dejó la casa más o menos ordenada. Y tomó la maleta y el todoterreno y salió a la capital a tomar el vuelo.

Dejó el todoterreno en el parking del aeropuerto y salió para san Francisco a ver de nuevo a sus padres que hacía ya tiempo que no los veía.

Mientras iba en el avión pensaba en ella. Se había acostumbrado a estar en ese pueblo de paz y tranquilidad, a ella, a la gente saludándose.

A pararse a hablar con este o el otro. Lo habían invitado los rancheros a visitar sus ranchos, a algunas barbacoas.

Incluso alguno había invertido asesorado por él de forma gratuita. En los meses que llevaba allí, era una persona estimada y conocida.

No como en Nueva York, que era uno más andando por la calle entre miles de personas. Allí tenía espacio para andar, el que quisieras, sin que nadie te rozara el hombro.

Luego estaba Gina. Nunca le había pedido nada, ni exigido nada.

Al contrario, él había querido que dejase de trabajar un día y que le ayudaría económicamente y su respuesta fue un NO rotundo.

Salían menos de lo que a él le gustaría, pero cuando dejó la cafetería, trabajaba por las mañanas.

Se levantaba muy temprano y a las dos estaba en casa, y podía viajar un poco por los alrededores con ella. Además, tenía el fin de semana libre y aprovechaban ese tiempo para descansar y pasear.

Ella necesitaba descansar. Ahora tenía más dinero y se la veía más relajada. Salían los fines de semana a tomar algo y a bailar.

Se vestía mejor y hasta se compraba ropa interior sexy que a él lo ponía a cien.

Cuando la conoció era más seria, pero con el tiempo, fue volviéndose divertida e irónica con él y con el sexo que compartían.

Le encantaba su pelo, su olor, sus pechos y la forma en que sus cuerpos encajaban. Lo tenía excitado y a pesar de haber pasado ya muchos meses juntos, su libido no había disminuido nada. No se cansaba de ella. Y eso era raro en él.

Estaba deseando siempre que llegara el mediodía para recibirla. Era la relación más larga que había tenido nunca.

Quería ver a su familia. ¡Ojalá ella hubiese podido ir con él!

Y presentarla a sus padres. A su madre le encantaría. Era pequeña y le llegaba por los hombros, pero a sus padres les había pasado igual, su padre era un hombre alto, y su madre pequeña. Gina encantaría a todos. Y su madre estaría pensando en boda.

Quería nietos. Cada vez que hablaba con ella, le decía que iba a cumplir pronto treinta y un años y como no se diera prisa iba a ser un padre viejo después.

Su madre era un caso. Y él por el momento no estaba dispuesto a darle nietos.

Lo cierto es que nunca había pensado en casarse. Estaba bien como estaba. Nunca se había enamorado.

Cierto que Gina era lo más próximo a enamorarse que había estado y ese tiempo lejos de ella, le vendría bien para poner en orden sus sentimientos por ella.

Cerró los ojos con la imagen de Gina y se quedó dormido durante el vuelo.

Gina, ya lo estaba echando mucho de menos y ni siquiera habían pasado unas horas. Estaría ya en pleno vuelo y ella estaba llegando a casa de un día estupendo en el trabajo. Cuando llegó y miró la casa vacía subió al apartamento de Gaby y se acostó en su cama. Quería tener por unos días el olor de él en su piel y hasta que quitara las sábanas, dormiría allí para tenerlo más cerca.

Ella no había conocido un hombre más bueno y generoso y sexual que Gaby. No le había hecho ninguna proposición, ni habían puesto nombre a su relación, pero ella estaba totalmente enamorada de él. Nunca se lo había dicho.

Tenía dos opciones, seguir con él hasta que se fuera definitivamente de su vida y la otra, dejar la relación para no sufrir.

Pero iba a sufrir de cualquier modo. Así que estaba segura de que no podría dejarlo jamás. Sería él el que la dejara cualquier día y ya lloraría después.

No tendría por qué sufrir ni antes ni durante. Quizá se quedara eternamente allí con ella. Eso sería pensar con demasiado optimismo.

Pero lo quería tanto... y había cambiado tanto su vida que se sentía tremendamente agradecida.

Sabía que ella no sería capaz de dejarlo. Sería tonta si no vivía con ese hombre que la vida le había puesto en su camino.

También podría pensar con claridad al tenerlo lejos. Aunque sería triste pasar sola el Día de Acción de Gracias y el de Navidad. Pondría su árbol y no lo quitaría hasta que Gaby volviera. Le dejaría su regalo en él.

Tendría que pensar qué regalo le haría ilusión. Sabía que tenía algo de dinero para pasar unos meses sin trabajar y que tenía una empresa por internet. Se lo había dicho, pero suponía que eso no le daría mucho dinero.

Ella jamás hubiese pensado que Gaby fuera tan rico. Nunca hacía alarde de tener dinero, sino de ser un hombre sencillo.

Si lo supiese, quizá se sentiría como una idiota subestimada.

Como él la conocía tan bien con respecto al dinero nunca le había dicho que era millonario.

Él tenía dinero para pagar la casa de ella y que no trabajara más en su vida. Pero para eso tenía que casarse con ella.

Y aún era pronto para pensar en casarse, ni con ella ni con nadie. Pero quizá ella sí quisiera casarse y tener hijos.

Tenía ya 31 años. Esto le creaba a él cierto malestar. Pensar que un día pudiese tener hijos Gina con otro, no se lo imaginaba.

Una mañana, a los cinco días de haberse ido Gaby, ella se levantó vomitando y mareada.

Y mareada fue al baño, agarrándose a la pared.

Estaba malísima. Quizá había comido algo por la noche que le había sentado mal.

Llamó a los clientes que tenía que visitar ese día, les dijeron que no importaba un día u otro, que cuando estuviese bien, fuera, que se tomara el tiempo que necesitara y que llamara al médico. Y eso hizo.

Les dijo que en cuanto se le pasara el virus que seguro había cogido, les adelantaría el trabajo.

Cuando vino el médico a verla, ella apenas se podía mover. Le abrió y se sentó en el sofá.

Él médico, estuvo tomándole la tensión, la temperatura, y no había nada. No tenía síntomas de

ninguna enfermedad.

Y le preguntó si le había venido la regla. Entonces cayó en la cuenta de que llevaba dos meses sin tenerla, pero no había prestado atención hasta ahora.

-Pero doctor Logan, tomo pastillas anticonceptivas, que me mandó al cabo de unos meses de tener relaciones con Gaby. Llevo ocho meses tomándolas. Antes usábamos preservativos, y ahora tomo pastillas. No se me ha olvidado ninguna.

-Bueno, aún no sabemos si estás embarazada, que será lo más probable. Tengo que hacerte una prueba. Si no has desayunado, te saco sangre y luego te llamo y te lo confirmo.

-Doctor Logan, quiero que esto quede entre nosotros.

-No tienes que decírmelo. La relación paciente -doctor, es secreta.

-Puede ser otra cosa. Un virus que haya cogido o la comida de anoche que me haya sentado mal.

-Hace un par de meses, te mandé un antibiótico para el resfriado que tuviste. Eso rebaja la reacción de las pastillas y hace que no tengan tanto efecto. De todas formas, si estás de dos meses, probablemente tengas un mes más de vómitos o no, cada mujer es diferente. Si llevas dos meses y no has tenido hasta ahora, probablemente no tengas más o sí. Dejemos hacer los análisis. Sobre el cuarto mes, se van pasando, si es que tienes más mareos o vómitos al levantarte. Te voy a dejar esta receta para los mareos y otra para los vómitos. La voy a dejar en la farmacia y que te la acerquen. Y quiero que descanses una semana hasta que estés bien.

El mundo se le vino encima, ¿Qué iba a hacer ahora si estaba embarazada? Ahora que tenía sus clientes... en cuanto se encontrara mejor, adelantaría trabajo trayéndoselo a casa.

Eso no iba a influir mucho en su trabajo y el dinero ahora no era problema, pero un niño, era un gasto extra que tendría que soportar y que no esperaba. Ahora que empezaba a recuperarse...

Trabajaría hasta el final, hasta el parto porque el trabajo era muy bueno, lo hacía sentada y le encantaba este trabajo, en el que cada día aprendía más.

Tenía libros de consultas. Y en cuanto se recuperara, también trabajaría.

Y se echó a llorar desconsoladamente. Su vida iba a mejor y ahora daba otra vuelta de tuerca. Pero cuando se le pasó la llantina, fue a la cocina como pudo y se hizo un té.

Se sintió mejor, pero pasó todo el día en el sofá, al lado del teléfono para cuando el doctor la llamara. Llamó de nuevo a sus clientes y les dijo que en una semana se reincorporaría al trabajo.

Le llevaron las recetas de la farmacia, las pagó y les agradeció que se las hubiesen llevado.

Pronto corrió la voz de que estaba enferma, porque no había ido al trabajo y los vecinos le llevaron caldito y comida. Y ella lloraba porque se sentía vulnerable.

Por la tarde estaba adormilada, cuando el doctor llamó y le confirmó que estaba embarazada, que dejara las pastillas y que cuando se encontrara mejor pasara para hacerle una ecografía. Por lo demás el análisis estaba perfectamente.

Y entonces pensó en Gaby. Estaba de dos meses o más y no pensaba decírselo hasta que viniera.

Los tres siguientes días, estuvo fatal. Y no comía apenas. No le entraba nada en el estómago.

Gaby la llamaba por las noches y hablaban. Por la noche, ella se encontraba mejor y podía disimular. Le daban ganas de llorar cuando él llamaba y Gaby notó que estaba más triste.

-No estés triste, vaquera. Ya mismo estaremos juntos.

-Sí, te echo de menos mucho. Pero estoy muy bien. Ahora duermo más.

-Pero no mejor. Podemos hacer sexo telefónico.

-Calla, calla. ¡Estás un poco loco!

-La gente lo hace.

-Pero yo, soy una chica de Montana, de pueblo y muy normal.

-Te aseguro que no eres normal. Eres excitante y sexy.

-Y tú también. El más sexy que he conocido, teniendo en cuenta que he conocido a dos incluyéndote a ti.

-Toda una experta.

-Te voy a dar, ¿eh?

Y le preguntaba cómo estaban sus padres, para cambiar de tema, y si trabajaba en la empresa.

Y él le decía que sí, que todos los días, como allí lo hacía. Tenía más clientes cada vez y funcionaba muy bien.

Hacía algo que le gustaba y no tenía el ajeteo que no quería tener en la ciudad. Tenía plena libertad para trabajar.

A los cinco días ya se encontraba mejor de los mareos y los vómitos. La medicación le estaba haciendo efecto, así que se duchó y desayunó.

Al menos ese día le entraba el desayuno y fue a la pequeña clínica que había en el pueblo.

El doctor Logan, la pasó a que le hicieran una ecografía. Estaba de once semanas más o menos y además oyó el latido de un corazón que le encogió el suyo y vio un ser que crecía dentro de ella tan pequeñito, que tuvo que echar algunas lágrimas.

Se enteraría hacia el cuarto mes del sexo del bebé, o sea para después de Navidad. Antes de que Gaby volviera.

Salió muy animada de la consulta, y además a ella le dio la impresión de que el vientre se iba hinchando por momentos.

Hablaría con Gaby en cuanto volviera. Descansaría un par de días más y volvería al trabajo. Al menos eso le quitaría un montón de horas de no pensar en lo que se le avecinaba.

Pasó Acción de Gracias y no estuvo sola, eran dos comiendo. Y con los días se iba animando, pensó que todo no podría salir mal, si Gaby le ayudaba con algo para mantener al niño, ella podía arreglárselas.

Cuando llegó Navidad, sí que se le notaba ya el vientre. Estaba de casi cuatro meses y tuvo que comprarse mallas elásticas que eran más cómodas y jerséis de lana largos. Sujetadores más grandes, pues sus pechos habían crecido. Era terrible, no quería que Gaby la viera en ese estado.

Sin embargo, la gente le decía que estaba guapísima, que el embarazo le sentaba muy bien, que estaba estupenda, que cuándo volvía Gaby.

Y ella se iba animando porque había puesto un pequeño árbol de Navidad y tenía dos regalos, uno para él y otro para el bebé.

Un trajecito para cuando naciera. Y para Gaby un libro nuevo del autor que le gustaba.

Cuando pasó Navidad y fue de nuevo a hacerse una ecografía, le dijeron que era un niño. Que nacería en mayo.

Gaby, estaba pasando unas vacaciones tranquilas con sus padres, se había quedado en un hotel, cerca de la residencia, pero salía todos los días con ellos, los llevaba a cenas o a comer. Alquiló un coche y daban algunos viajes cortos.

Sus padres estaban encantados. Nunca habían pasado tanto tiempo con su hijo. Le contó todo, incluso lo de Gina, su nueva empresa, que Gina, no quería ayuda y no sabía cómo ayudarla, pero nunca le dijo que había dejado su trabajo en Nueva York, no quería que se preocuparan de eso.

Iba a pensar que estaba enfermo y él no quería darle preocupaciones. Así que suponían que Gina era una chica de Nueva York.

-¿Estás enamorado de ella, hijo?

-No lo sé mamá, solo sé que la echo mucho de menos, que me gusta todo de ella y que resultaría muy difícil dejarla.

-Entonces la amas. Eso es amar. Lo que pasa es que a ti no te ha pasado nunca.

-Tú sabes mucho. Pero es que lo tuyo con papá es especial. De eso no queda ya.

-Sí que queda hijo. El amor también es respeto. Es mirarse como el primer día.

-Tú, sí que sabes mamá.

-Estoy muy contenta de que estés con nosotros y de que hayas hecho un hueco en el trabajo para venir a vernos. Pasar estas vacaciones con nosotros es lo mejor que nos podía pasar.

-¿Mamá necesitáis dinero?

-No hijo. Con la venta de la casa y el dinero que teníamos ahorrado tenemos suficiente. Guarda tu dinero. La vida es muy larga.

-Pero ahora con la empresa gano lo suficiente para no tocar las inversiones que tengo ni el dinero. De todas formas, estaré al tanto.

-Eres muy generoso hijo, pero algún día tendrás una familia y lo necesitarás.

-Tengo suficiente para tres familias y dos vidas, si no me excedo y si sigo saliendo con Gina, ahorraré más que en toda mi vida. Es tremenda. Y terca.

-Es una mujer que te conviene. Una mujer que no quiere tu dinero. No la dejes.

-No sabe lo que tengo, cree que tengo, pero no se acerca ni de lejos.

-Mejor. Si te quiere así...

-Nunca nos hemos dicho que nos queremos. Pero la echo tanto de menos...

-¡Ay Dios mío y mi hijo!

-No te preocupes. Somos muy felices así. No necesitamos más por ahora.

-Bueno, pórtate bien con ella. Eso te hemos enseñado.

-Me porto muy bien, en todos los sentidos -dándole un sentido a la frase.

-No quiero oír eso de mi hijo -dijo la madre sonriendo -¿Cuándo piensas irte?

-Ya he sacado el billete. El día tres de enero tengo el vuelo.

-Bueno aún nos quedan las Navidades. Serán preciosas. Las pasaremos en esta casita todos juntos.

Y lo fueron. Abrió los regalos como cuando era pequeño y sus padres se miraban y se reían. Hubo ropa, y hasta una bufanda y guantes nuevos para Gaby.

Su madre le escribió un libro de cocina con sus recetas, para que hiciera buenas cenas. Fue un regalo muy especial que emocionó a Gaby.

-Ya que no tengo hijas...

El padre le regaló un reloj de bolsillo, precioso y él les regaló una televisión más grande para que su padre viera los partidos y su madre las telenovelas. La que tenían era un poco pequeña.

El fin de año, fue con sus padres a ver los fuegos y luego, los llevó a la residencia. Al día siguiente, se dispuso a hacer el equipaje y despedirse de ellos.

Y se fue de San Francisco camino de Montana. Con el vuelo llegaría a Ditton por la noche ya.

Su madre lo abrazó fuerte y se emocionó. Pero sabía que su hijo debía estar donde estaba.

Cada uno tomaba su camino en la vida, pero no podía quejarse. La llamaba casi dos veces a la semana. Si hubiese sido propio no lo hubiese querido más.

El viaje se le hizo largo. Durmió un poco en el avión y cuando llegó a Helena, la capital, tomó su todoterreno que había en el aparcamiento. Lo pasó por una máquina de lavado, llenó el depósito de gasolina y puso rumbo a Ditton.

A Gina, le llevaba un jersey de cachemira largo y calentito a juego con una rebeca larga. A ella le gustaba ese tipo de ropa. De color azul como sus ojos.

Lo había pensado mucho y también le compró una cadena de oro con una llavecita también de oro. Y un anillo de compromiso.

Quería tener una relación con ella. No era para casarse pronto, pero sí que quería que el mundo supiera que era suya. Cuando vieran el momento, podrían casarse.

Ya casi llevaban un año de relación y no veía su mundo de otra manera y sin Gina. Y quería estar en ese pueblo tan tranquilo y familiar.

Lo tuvo muy claro. Paró para comer algo y echar gasolina. Se tomó un café y siguió su camino.

Cuando llegó a Ditton eran las nueve de la noche. La casa de Gina, estaba iluminada y en cuanto oyó el coche de Gaby, se echó a temblar, pues estaba esperándolo, pero incluso con las mallas y con el jersey que tenía puesto, diecisiete semanas y un bebé... Se le notaba bastante el embarazo y no sabía cómo iba a reaccionar Gaby.

No tuvo más remedio que abrir la puerta y lo primero que vio Gaby, fue una mujer preciosa con un vientre abultado. Y eso no significa más que... ESTABA EMBARAZADA.

-¡Dios mío nena!, ¿me he perdido algo? -mientras la abrazaba y la besaba con pasión.

Ella, se echó a llorar desconsoladamente.

-Lo siento Gaby, lo siento mucho. Yo no quería quedarme embarazada. Tomaba pastillas y todo.

-La miró y la abrazó de nuevo.

-¡Ey! Pequeña. Para, para ahí. Primero deja de llorar y después me cuentas. Vamos a sentarnos. Y ella le contó todo lo ocurrido en su ausencia. Y no paraba de llorar.

-No puedo dejarte sola, ¿eh? Me voy y mira cómo te encuentro- y ella sonrió por la broma - bueno, tendremos que tomar decisiones.

-Es un niño

-¿Es un niño?

-Sí. Un vaquero de Montana.

-¡Madre mía -y se reía.

-¡No te rías, tonto! Lo he pasado muy mal. Tengo que pensar muchas cosas.

-No tienes que pensar. Tenemos que pensar. Primero, tengo que saber de cuánto estás.

-De cuatro meses. ¿Y de qué vamos a vivir? Yo tengo un trabajo bueno, pero tengo hipoteca y el niño se me pasará de gastos.

-De tu hombre. Y de su padre. Tengo una empresa. Podemos vivir de ella. Me da lo suficiente para mantenernos. Si quieres, puedes ayudarme, para no sentirte inútil. Pero creo que tenemos una prioridad. Y es pagar la casa. Mañana iré y pagaré la casa. Se acabaron las hipotecas.

-No puedes hacer eso.

-Puedo y lo haré.

-Si lo haces, la pones a tu nombre. Yo te la vendo.

-Tengo una idea mejor. La ponemos a nombre de los dos, si tan mal te sientes.

-Está bien. Pero yo tengo mi dinero. No voy a vivir de ti.

-Sí que vas a hacerlo. Nos vamos a casar. Esperaremos a que nazca el bebé y después nos casamos. Haré una transferencia a tu tarjeta y meteremos ahí dinero y tendrás una tarjeta para comprar lo que necesitemos. Serás una mamá estupenda y una empresaria. Y hay que ir comprando cosas para el niño y no quiero cosas baratas. Elegirás lo mejor para él

-Pero Gaby, ¡estás loco!, acabas de llegar y ya estás poniendo mi vida patas arriba.

-¡Mira quién habló!...

-Vamos a subir la ropa al apartamento. Contrataré un pintor para pintar la casa y dejaremos una

habitación para el niño. Como aumente la familia, vamos a tener que hacerle a la casa una ampliación.

-Ay, Gaby, por Dios.

-¡Te quiero! Te he echado mucho de menos. Si hubiera sabido eso, no me hubiese ido o hubiera venido antes. Pero no me has dicho nada.

-Quería que pasaras tiempo con tu familia.

-Ven, tengo un regalo de Navidad.

Y le dio el jersey y la rebeca. A ella le encantó. Y luego, se puso de rodillas y sacó la cajita y se la dio. Ella la abrió y de nuevo lloró. Y el anillo y se lo puso a Gina en el dedo.

-¿Te vas a casar conmigo?

-Sí, claro que sí.

-Pues no llores más. Yo estoy muy feliz y no voy a dejar de ocuparme de mi familia.

También le puso la cadenita en el cuello y le encantó.

-Es la llave de mi corazón. No la pierdas y no te la quites nunca.

-Nunca. No pensé que fueras tan romántico.

Ella le dio también su regalo. No era como los que él le había regalado, ni tan caros, pero para él era el mejor regalo del mundo.

Le dijo que podían hacer el amor y se desnudaron e hicieron el amor de una forma diferente y distinta. La amaba. Eso lo sabía de sobra. Ahora era la madre de su hijo.

Le habían crecido los pechos y el vientre y estaba muy guapa, pero seguía excitándolo como nadie.

Tenía que protegerla. Cuando sus padres se enteraran y sobre todo su madre, no quería pensarlo.

Con las ganas que tenía su madre de tener nietos... Por un momento, se sintió feliz.

Seguían haciendo el amor a diario. Él la trataba como si fuese de algodón. Iban al ginecólogo y todo estaba perfectamente.

Vio a su hijo por primera vez en la siguiente ecografía y no pudo sentir más orgullo y emoción.

Ella siguió trabajando, pues se encontraba perfectamente y él seguía haciendo sus ejercicios y le dedicaba tiempo a su empresa y comían al mediodía en casa juntos.

-¿Y si alquilamos el apartamento?

-Me gustaría conservarlo para la empresa. No quiero tener a nadie encima, salvo a ti, preciosa.

-¡Loco!

Fue al banco y canceló la hipoteca. Y le ingresó en su tarjeta de crédito dos millones y medio de dólares más el dinero que ella tenía.

Él tenía otra con su dinero que no quería que ella supiese que lo tenía, porque lo mataría.

Ella aceptó la tarjeta a regañadientes, pero le dijo que no le cobraría el alquiler más. Ella aún no sabía cuánto dinero tenía la tarjeta. Ni se lo imaginaba.

Se mudaron al apartamento de arriba y les pintaron toda la casa, incluso el exterior. Y se fueron a la ciudad más cercana a por muebles nuevos para toda la casa.

Ella le decía que estaba loco y él, que había ganado mucho en Navidad con la empresa, y era cierto y pagó todos los gastos

La casa quedó preciosa, totalmente amueblada y nueva, pero ella no se conformó y vendió los muebles de la casa, decía que con eso podría comprar ropa para el bebé. Y eso hizo.

Cuando se bajaron a la casa, renovaron el apartamento. En el salón pusieron una mesa grande de despacho para los dos en uno de los rincones, y un sofá cama, enorme en el salón, por si

recibían visitas.

Ella decía que estaba loco que de pasar a pintar había hecho una gran reforma, pero él no quería decirle lo que había gastado. Todo lo había pagado él.

Un día, cuando ya la casa estaba totalmente lista, fueron a Helena, la capital y se quedaron un fin de semana, ya que ella no trabajaba los sábados ni los domingos.

Ella no había viajado, y ahora era feliz, estaba relajada y le encantó hacer cosas con él, pasear, viajar.

Dejó de preocuparse por el dinero, pero siempre ahorra y gastaba lo mínimo, menos en comida.

El resto, lo pagaba él para que ella no supiera nada. Aún seguía siendo terca.

En Helena fueron de compras y él le dijo que se comprara ropa, así, que compraron ropa premamá y quedaron en volver cuando recuperara la figura, porque él quería comprarle vestidos y de todo.

Pero lo que sí hicieron fue comprar mucha ropita para el niño y juguetes, porque los muebles, y la cuna, ya lo tenían preparado en una habitación azul que ella había decorado, cuando remodelaron la casa.

Estuvieron comiendo en restaurantes caros en la capital. Ella no estaba acostumbrada, y cuando miraba los precios, él se reía y ella, se enfadaba, pero luego estaba todo buenísimo para ella.

Cuando volvieron del viaje era casi primeros de marzo. Y ya quedaba poco para que el niño naciera.

Así, la vida era tranquila. Por las tardes iban a dar un paseo y a veces, los fines de semana, iban a desayunar a la cafetería donde trabajó Gina.

-Vaquero. ¿Estrenamos ese sofá cama tan grande?

-No creo que se queje el pequeño.

Y él abrió el sofá y la desvistió despacio, lamiendo esos pezones que se habían vuelto grandes. Una mujer embarazada, le parecía tan sexy... ella gemía y él le quitó las mallas y le levantó el jersey hasta dejarla desnuda.

Se desnudó él también y tocó su sexo húmedo que siempre le había respondido y entró en ella despacio y gimiendo.

-¡Oh nena! No puedo aguantarme. ¡Estás tan húmeda! ¡Te amo cielo!

Siempre era tan delicado y tan pasional a la vez... Le decía palabras hermosas y palabras que la animaban a llegar al orgasmo enseguida y ella no se podía contener a esa explosión de amor y sexo a la vez.

Lo quería tanto. La excitaba tanto... y el embarazo ya avanzado no había disminuido un ápice sus ganas ni lo sexy que encontraba a su hombre.

Si pensaba en la boda, habría que esperar un poco a que recuperara la figura. Estaban a final de marzo y al niño le quedaba poco para nacer.

Le quedaban apenas un mes y medio o dos, porque el ginecólogo le dijo que podía retrasarse un poco.

Ya se encontraba muy pesada, pero seguiría trabajando porque este nuevo trabajo le encantaba, aprendía mucho e incluso había encargado libros por internet sobre el tema fiscal y contable y de nóminas más complejo y se los leía.

Nunca pensó que el tema le interesara tanto, pero se convirtió en una lectora empedernida en temas relativos a su trabajo.

Ya tenía preparado casi todas las cosas del bebé, incluso el bolso que llevaría al hospital más

cercano, así que estaba ya tranquila esperando el momento.

A mediados de abril, Gaby tenía que ir a la capital de Montana, Helena. Allí tenía que ver a un cliente en persona, acerca de su empresa para asesorarle acerca de una inversión. Estaría una noche y volvería al día siguiente.

Así que preparó un pequeño bolso, sus documentos, ropa fina, de la que tenía para los negocios y se despidió de Gina muy temprano.

-Cuídate pequeña, mañana estaré de vuelta. Ya he reservado un hotel para una noche. Este cliente es muy exigente y quiere todo en persona. ¿Estarás bien?

-Pues claro cielo, solo es una noche. Ten cuidado.

-Me voy muy temprano, aún no ha amanecido. Tengo cita esta tarde con él y no sé el tiempo que tardaré. Si termino hoy, estaré aquí para mañana a mediodía, cuando tú vuelvas del trabajo y comemos juntos.

-Bueno, no te preocupes, tarda lo que tengas que tardar. Yo estoy bien, cielo.

-Dame un beso...

Eran las cinco de la madrugada, pero tenía unas cuantas horas de camino. Desayunaría en el trayecto y dejaría la maleta en el hotel, comería y repasaría el tema del cliente y a las cuatro de la tarde habían quedado en la oficina de éste.

Le dio un beso. Gina estaba aún acostada y le tocó el vientre abultado besando a su niño también.

-Adiós mi amor, descansa. Es muy temprano aún.

-¡Ten cuidado cielo, no corras!

-Lo tendré.

Llevaba ya cuatro horas y media de viaje. Ya había tomado la autopista. Le quedaba más o menos media hora para llegar a Helena, cuando le adelantó un coche y lo echó de la autopista. Maniobró como pudo, pero el todoterreno dio una vuelta de campana quedando tirado en la misma pista.

Cuando despertó, estaba en el hospital... Había una enfermera poniéndole suero.

-¿Dónde estoy?

-En el Hospital St. PETERS Health de Helena, Montana.

-¿Montana? ¿Y qué hago en Montana? ¿Yo vivo en Nueva York? Trabajo allí.

-Ha tenido un accidente en la autopista. Su todoterreno ha quedado siniestro total. Ha tenido mucha suerte. No tiene nada roto, solo golpes y moratones y un buen golpe en la cabeza que lo ha tenido unos días sin conocimiento. Lleva aquí tres días.

-¿Tres días? ¿Pero cómo he llegado yo a Montana?

-Estaría de vacaciones.

-No tengo un todoterreno. Nunca lo he tenido.

-El neurólogo lo visitará en media hora y hablará con él. Los golpes en la cabeza a veces hacen perder la memoria por unos días.

-¿El neurólogo?

-Sí, se ha dado un golpe en la cabeza. Siempre que hay golpe en la cabeza y tantos días sin conocimiento, se hace cargo el neurólogo, no se preocupe.

Él se encontraba perfectamente, quería irse de allí, a su trabajo. A su vida. No recordaba el accidente, nada, pero sí que sentía el dolor de los golpes en su cuerpo, como si le hubieran dado

una paliza.

Estaba molido. No comprendía nada. Tenía que mirar en el armario de la habitación entre sus cosas. Su móvil.

Se levantó con dificultad, pero podía andar bien y miró. No había nada, ni móvil. Su cartera con sus documentos, su maletín con documentos de clientes y un pc, unas llaves que no conocía ni le eran familiares, y su ropa, nada más.

Media hora después lo visitó el neurólogo. Él le contó que no recordaba ningún accidente, ningún todoterreno, ni sabía qué hacía en Montana.

Le preguntó el año que en que estaba y se quedó de piedra, pues iba con casi dos años de retraso.

-¿Cómo? ¿Y qué ha sido de mi vida en esos casi dos años?

-No lo sabemos, la policía lleva tres días investigando. En el armario tiene una bolsa, con todos sus documentos, su pc, llaves, ropa y demás. El móvil ha desaparecido. No lo hemos encontrado. Iba de viaje a algún sitio. ¿Tiene seguro de coche? Tendrá que pasar a que lo indemnicen, pues no fue su culpa y su seguro ya ha responsabilizado al otro conductor. Cuando le dé el alta, pasará por allí. Me han dejado esta dirección. Ayer estuvieron aquí los del seguro.

-¿Y ahora qué hago?

-Es normal que después de un golpe, se pierda parte del tiempo de la memoria. En su caso, ha tenido mucha suerte, sólo han sido dos años. Pero no se preocupe, irá recordando con el tiempo. O quizá no la recuerde nunca, pero no podemos hacer más por usted. Mañana le daremos el alta. No tiene nada roto, sólo algunos moratones y recuerda más de lo que pensábamos. Puede que tenga flases y que recuerde algo, pero eso lo dirá el tiempo. No hay forma de saber cuándo. Quizá en un mes, dos, o nunca. Tiene que seguir con su vida. Habrá perdido un par de años, pero no podemos hacer más. Sí le aconsejo un buen psicólogo cuando llegue a su lugar de residencia. Vuelva al lugar donde recuerde. Y a partir de ahí empiece de cero. Irá recordando. Eso es todo. Suerte.

-¿Nadie ha preguntado por mí?

-No señor, nadie. Y en su cartera sólo encontramos una dirección de Nueva York. Quizá estuviese de vacaciones.

No entendía nada. Un día estaba trabajando en la bolsa de Nueva York y al otro había tenido un accidente en Montana. Además, con un todoterreno propio. No comprendía nada. Pero lo primero era irse de allí. Tenía que volver a su casa y a su vida lo antes posible.

Al día siguiente pagó el hospital y se dirigió a la dirección de la agencia de seguros que le habían dado en el hospital y que habían dejado para él.

Le pagaron un buen dinero por el todoterreno, pues no tenía ni dos años de antigüedad y era de los más caros. Debió comprarlo en ese tiempo. Era horrible no poder recordar.

Posteriormente se dirigió al aeropuerto y sacó un billete para Nueva York.

Estaba deseando estar en casa. Llegó de noche y tomó un taxi hasta su apartamento. El portero, le dio sus llaves, pues las que tenía no eran de su apartamento, eso sí que lo recordaba.

Tendría que volver a hacer copia de nuevo. Además, este le dijo que cómo le había ido, había estado mucho tiempo fuera. Y le dio la bienvenida de nuevo.

Lo abrió y lo notó un poco raro. Como si hubiese estado cerrado. Era cierto que había estado fuera tiempo, pero eso lo solucionaría con su amigo Patrick al día siguiente, sábado.

Abrió las ventanas y lo ventiló. Parecía que había un poco de polvo. Tendría que contratar a una agencia de limpieza al día siguiente.

Su ropa estaba donde debía estar. Abrió su caja fuerte y allí se encontró dinero que había

dejado y su reloj de oro.

¿Por qué lo había dejado en la caja fuerte?, él nunca se lo quitaba, salvo por la noche para dormir. Tenía que despejar muchas incógnitas. De momento estaba derrotado y se fue a dormir.

Al día siguiente, llamó para que le limpiaran el apartamento. No tenía tampoco nada de comer ni de beber. ¿Y si había pasado cerca de dos años fuera?... No podía ser, le gustaba mucho su trabajo, su apartamento, su vida, las chicas. Comprobó su ordenador.

Tenía más dinero en la cuenta que el año anterior, y que el anterior. Revisó las inversiones que había hecho y habían sido muy rentables.

Sin embargo, había una transferencia de dos millones y medio a una tal Gina. Debería ser una de sus clientes, porque encontró una empresa que se ve que le iba muy bien, de asesoramiento financiero que había creado un año atrás y tenía transferencias a sus clientes.

Tendría que ponerse en contacto con todos sus clientes. Les mandaría emails por la tarde.

Ahora iba a desayunar y a pasar por casa de Patrick y el lunes, por la empresa en la que trabajaba o había trabajado, si es que aún la tenía.

Así que mientras le limpiaban el apartamento, bajó a desayunar y luego fue a ver a Patrick, bajaría de nuevo a hacer una compra y descansaría.

Pondría sus pensamientos en orden y el lunes, pasaría por la empresa, pero de momento iba a ver si su amigo, le podía aclarar algunas cosas.

Tendría que poner su vida en orden antes de volver a empezar.

CAPÍTULO CUATRO

Cuando llamó a casa de Patrick, este le dio un gran abrazo y lo hizo pasar a su apartamento.

-¡Pero amigo!, ya era hora, hace tiempo que no me has llamado, ¿qué tal? ¿Ya has vuelto de Montana?, ¿te has cansado? Lo sabía, sabía que algún día volverías. Tú, eres de Nueva York.

-Pues la verdad no sé, he tenido un accidente y no recuerdo qué hacía en Montana.

-¿Qué me cuentas!... ¿Qué tipo de accidente?

-Estaba en Montana, ¿te lo crees? Se ve que tenía un todoterreno y tuve un accidente en la autopista. Ni sé dónde iba ni lo que hacía allí. Estuve tres días inconsciente en el hospital.

-Joder Gaby. Hace por lo menos tres meses que no me has llamado.

-¿Por qué estaba en Montana y por qué no tengo recuerdos de más de un año? Lo último que recuerdo es trabajar en nuestra empresa.

-Vamos a ver Gaby. Hace casi dos años, decidiste dejar la empresa.

-¿Estás loco, cómo voy a dejar yo el trabajo de mi vida? No pude hacer eso.

-Lo hiciste, estabas muy estresado y dijiste que te ibas a algún lugar tranquilo un tiempo. Estabas en una crisis, a punto de que te diera un infarto o eso me dijiste. Que tenías ataques de ansiedad y de pánico nocturnos y que tenías que descansar. No sabías por cuanto tiempo y dejaste la empresa, pero el jefe, te dijo que cuando volvieras, tendrías tu lugar, que te tomaras el tiempo necesario, así que ve el lunes a verlo si quieres volver, seguro que te contrata de nuevo. Y te fuiste a ver a tus padres a San Francisco, ¿recuerdas eso?

-Sí, recuerdo a mis padres, eso lo tengo presente, pero no que fuese a verlos. Eso no lo recuerdo.

-Menos mal. Bueno, algo es algo, al menos, recuerdas a tus padres. Después vendiste tu deportivo. Bueno antes de irte, lo vendiste.

-¿Mi deportivo lo vendí?

-Sí. Lo vendiste antes de irte. También querías vender el apartamento, pero al final decidiste que no, por si volvías.

-Menos mal. Esto es una locura Patrick. Ahora no tengo coche. Y he perdido más de un año y pico de mi vida.

-Bueno, te compras uno si tienes dinero. Y no te lo has gastado todo. Vete tú a saber qué has hecho.

-Sí, sí por el dinero no hay problema, tengo dinero, al contrario, se ve que cree una empresa de asesoramiento y tengo más que antes con diferencia.

-Eres un crack de las inversiones, tío.

-¿Y qué más me puedes contar que no sepa?

-Estabas en Montana, allí te fuiste a las montañas a despejarte y descansar, en un pueblo pequeño. Por lo visto estabas encantado.

-Joder, yo en un pequeño pueblo y con un todo terreno. ¿Imaginas? ¿Recuerdas el pueblo? No lo recuerdo.

-No, nunca me lo dijiste, pero sí que estabas integrado ya y que era pequeño y que te encantaba.

-¡Dios!, no puedo recordar nada.

-Bueno, no te preocupes, quizá con el tiempo recuerdes. No te veo alianza, así que no te has casado, gracias a Dios, podemos volver a salir como siempre.

-Estoy deseando recuperar mi vida. Y tengo otra empresa. Esto es una locura. Bueno cuéntame qué tal por aquí...

-Lo mismo de siempre amigo. Yo, igual, inversiones y chicas. Pero claro no es lo mismo salir contigo que solo. Te he echado de menos, pero sabía que algún día volverías. ¿Cómo has encontrado tu apartamento?

-He tenido que pedirle las llaves al portero. Ahora voy a hacer una copia y a comprar algo de comida y un coche. Me están limpiando el apartamento, lo he dejado ventilándolo, olía a cerrado. La chica me terminará a las cuatro, más o menos. Así que comeré fuera y haré esas gestiones.

-Tienes algunos moratones, tío.

-Sí, de los golpes del accidente. Al final hasta tuve suerte. En la cara apenas se me notan.

-¿Salimos esta noche?

-Claro que salimos, tienes que ponerme al día, si han abierto algunos bares de copas.

-Un par de ellos nuevos, y dos restaurantes.

-Pues me voy a hacer las compras y nos vemos a las nueve, ¿te parece?

-Te doy un toque. ¿Tienes el mismo móvil?

-No, lo perdí en el accidente. Eso es otra cosa que voy a comprarme. Te mando un mensaje con el nuevo número que tendré que mandarlo a mis clientes y conocidos.

-Pues dame un toque y nos vemos abajo.

-Estupendo. Voy a comprarme un coche. Eso es imprescindible. Gracias amigo.

-Hasta luego Gaby y no te preocupes. Lo que necesites. Y si recuerdo algo, te lo digo esta noche. Pero es que las pocas veces que hablamos por teléfono era de lo bien que estabas, y de la empresa y las novedades. Nada más.

Y se abrazaron de nuevo.

Gaby, fue a hacer una copia de las llaves de su casa, para dejarle una al portero, luego fue a comprarse un deportivo último modelo, gris, como le gustaba, como siempre se compraba las cosas. Y un móvil nuevo.

No pudo recuperar su número, así que le mandó en principio el nuevo número a Patrick. Y el domingo iría buscando los números de sus clientes en su empresa y mandarles el nuevo.

Y el coche, como todo, lo compró al contado, como también lo compraba todo. Se lo llevó a su plaza de parking de su edificio y le dio la copia de las llaves de su apartamento al portero.

Pasó por casa y a la chica de la limpieza, aún le quedaba como una hora y media, con lo cual, se fue a comer y a hacer una compra.

Cuando volvió, ya estaba acabando la limpieza. Pagó y se quedó esperando la compra del supermercado. Llamó también a la agencia para contratar una chica para limpieza un par de veces a la semana.

Cuando se la subieron, la colocó y se hizo un café y se tumbó en su sofá. La casa ya olía bien y había contratado en la agencia a una mujer como siempre, un par de veces a la semana para limpiarla.

De la comida, ya se preocupaba él. Solía desayunar y comer fuera, y le gustaba hacerse la cena. Cualquier cosa, fruta o yogurt.

Se echó una buena siesta. Estaba cansado de tanto ajeteo y sobre todo de pensar e intentar recordar. Pero afortunadamente todo en casa estaba en orden.

Sólo le faltaba pasar el lunes por el trabajo. Esperaba que el jefe lo admitiera de nuevo. Ya

estaba en forma y dispuesto para el trabajo de nuevo. Tenía ganas.

Por la noche, se duchó y se afeitó, se colocó uno de sus mejores trajes. Recibió un mensaje de Patrick y quedaron en el portal.

Y fue una de las mejores noches que pasó fuera con su amigo, desde hacía tiempo. Restaurante y copas, un par de chicas rubias, altas y de piernas largas y una buena noche de sexo que necesitaba, ya que, al no recordar, llevaba año y medio de retraso, sin una chica en sus brazos.

El domingo salieron los dos al mediodía a comer fuera y hablaron de la noche anterior y de que estaban contentos de ser los de siempre, la vida volvía a ser su vida, la había recuperado y estaba feliz.

Si recordaba bien, si no, ni falta que le hacía. Donde quiera que hubiese estado, había ganado más dinero si cabe que cuando se fue. Tenía otra empresa y ahí estaba de nuevo, en su sitio, en la gran manzana.

Si lo dejó por estrés, ahora volvía con fuerzas renovadas y estaba dispuesto de nuevo a hacer dinero para su empresa, para sus clientes y para él mismo.

Cuando llegó a la empresa el lunes, todo el mundo lo reconocía y lo saludó. Llegó cuando la bolsa ya estaba cerrada, para no entorpecer el trabajo de los compañeros.

Pidió a la secretaria hablar con el director y este le recibió con los brazos abiertos.

-¡Qué alegría verte de nuevo Gaby! ¿Cómo te encuentras muchacho?

Y Gaby le preguntó por qué se había ido del trabajo. El director le dijo que se había despedido, porque estaba muy estresado, pero que él había dicho que se tomara un año sabático, que siempre tendría las puertas abiertas de su empresa. Era su mejor bróker.

Así que, si quería volver, al día siguiente lo esperaba con un nuevo contrato.

Y Gaby dijo que por supuesto.

Al día siguiente, le dio una gran carpeta con clientes y le hizo un nuevo contrato con las condiciones de los demás.

Había recuperado su casa, que ya estaba limpia, su puesto de trabajo, había comprado comida y bebida.

Tenía sus ropas de marca. Y un deportivo nuevo. Era el mismo de siempre. El que le gustaba ser. El pasado quedaba atrás.

Quizá fuese mejor no recordarlo. A lo mejor no le gustaba o había algo a lo que no quería volver.

El sábado siguiente, cuando ya se pudo a rodar de nuevo en el trabajo, se fue de nuevo de compras a su tienda favorita para ver las últimas novedades.

Lo reconocieron y le preguntaron dónde había estado. Él les dijo que en Montana, lo que se le ocurrió, y no era mentira. De allí venía.

Se compró una gran cantidad de ropa nueva que le recomendaron y que era la última moda que había llegado a la tienda. Y la colocó en su vestidor admirándola. Dejó las camisas para que la chica las planchara.

Se puso también en contacto con los clientes de su empresa, la que abrió apenas un año antes en Montana, y que iba a mantenerla porque tenía una gran cartera y no pensaba dejarla. Era una buena inversión tenerla. Y además podía ampliarla ahora en Nueva York.

¿Por qué se habría ido de Nueva York, si allí era tan feliz? Le quedaba recordar más un año de

su vida.

Pero no pensaba recurrir a un psicólogo como el neurólogo de Montana le recomendó antes de volver a casa.

Su vida estaba igual que antes, ¿qué más daba dónde había estado?... Lo importante es que había recuperado su vida, que había vuelto.

Volvió el viernes y el sábado a salir con su amigo Patrick. Y el siguiente fin de semana y el siguiente...

Así que empezó de nuevo la vida que llevaba, trabajo, mucho trabajo durante la semana, y chicas y chicas, sexo y sexo, los fines de semana.

Llevaba ya casi un año en Nueva York y su vida era perfecta. Estaban en primavera, como cuando llegó. En abril.

Llamaba a sus padres y había ido a verlos un par de veces ese año y estos le preguntaron por su novia y él les decía que no tenía novia ya.

Su madre se disgustó mucho, le decía que para una mujer que había encontrado y que era buena chica... él le seguía el juego y le decía que ya tenía treinta y dos años. Que pronto buscaría una, que aún era joven.

Y Gaby, siempre creyó que les había dicho a sus padres lo de la novia para que estuviesen tranquilos.

Su madre tenía muchas ganas de verlo casado y con hijos. Más bien tenía ganas ella y su padre de ser abuelos. Pero él estaba ahora maravillosamente bien sin nadie.

Por su parte, un año antes, Gina, había despedido a Gaby porque iba a Helena a ver a un cliente.

Pero no la llamó cuando llegó y no la llamó al día siguiente y el móvil estaba desconectado.

Estaba muy preocupada. Llamó al hotel y allí se había registrado, pero no había llegado. Estaba muy angustiada, pensando que podía haberle pasado algo.

Pasaron dos días y llamó a los hospitales, a la policía y no obtuvo respuesta certera de nada y en los hospitales a los que llamó no había estado en ninguno.

Llamó uno por uno buscándolos en internet, como él, le había enseñado a buscar. Todos los hospitales hasta Helena.

Aun le quedaban dos o tres por llamar y por fin, en el St. PETERS Health le dijeron que había estado allí, que había tenido un accidente y que no recordaba nada, que había perdido la memoria y había estado tres días inconsciente.

Ella se empezó a poner muy nerviosa y alterada pensando que podía haberle pasado algo grave. La pasaron con el neurólogo que lo atendió.

Habló con el neurólogo y le contó toda la situación. Por lo que sabían, se había ido a Nueva York. Había perdido la memoria y no recordaba nada.

Y si no recordaba nada, tampoco la recordaba a ella.

Se angustió tanto que se puso de parto. El parto fue complicado y estuvo una semana en el hospital. El niño, afortunadamente nació bien y nació a finales de marzo.

Se le había adelantado el parto debido a la situación de estrés y ansiedad que había pasado.

Cuando volvió a casa con el niño, sólo sabía llorar y llorar. Gaby también la había dejado. Sin querer, estaba segura, pero la había dejado, al fin y al cabo. Ese era su sino.

Los hombres la dejaban, pero el problema era que Gaby no recordaba nada según le había dicho el neurólogo y había vuelto a su vida y ella no formaba ya parte de ella, salvo un año de

vacaciones que él no recordaba. Si la hubiese recordado hubiese vuelto a por ella y a por su hijo.

Dejó pasar unos meses por si volvía o la llamaba. Y sobre todo para recuperarse, porque entre la dificultad del parto, el niño que era muy pequeñito y aunque estaba bien, había nacido prematuro y que siempre esperó que Gaby volviera a por ella...

Soñaba con que él, volvía, lo necesitaba tanto... Estaba tan sola sin su ayuda. Gracias a Gaby, había aprendido todo lo que sabía.

Pero no volvió. Y ella contrató a una chica media jornada, para seguir con su trabajo de contable y no abandonar a sus clientes.

Un día pasó por el banco a comprobar lo que tenía en la cuenta y casi se desmaya. Tenía más de dos millones y medio de dólares. Y la casa pagada a nombre de los dos. O Gaby era millonario o estaba loco o no lo conocía de nada.

Era una locura todo eso, pero conforme pasaban los meses y no tenía noticias suyas, se fue envalentonando y una noche pensó que podía ir en su busca.

¿Quién era ese hombre que había pagado su hipoteca y le había ingresado dos millones y medio de dólares?

Debía ser un millonario y no había querido decirle nada. ¿Y si estaba casado o tenía hijos?

Si la montaña no va a Mahoma, Mahoma irá a la montaña o algo así. Cuando el bebé, al que puso de nombre como su padre, cumplió un año, decidió mirar trabajo en Nueva York, como Gaby le había enseñado.

Tendría que descubrir quién era Gaby y por qué no había vuelto y sobre todo por qué le había dado ese dinero, porque si era una forma de pagarle sus favores o dejarla en la estacada con un hijo... O era de verdad que no la recordaba.

Así que conforme fueron pasando los días ella fue tramando un plan. Irse a Nueva York.

Hizo una lista de empresas de contabilidad en Manhattan, porque sabía que él vivía allí.

No sabía la dirección de su casa, pero sí la empresa en la que podía estar trabajando. La misma en la que estuvo.

Y si no, ya preguntaría o llamaría para ver si seguía trabajando en la misma o había alguien que lo conociera.

Eso tenía que confirmarlo y lo confirmó un día que llamó por teléfono haciéndose pasar por la Directora de la residencia de sus padres. Allí trabajaba. Buscó la dirección y ya tenía al menos algo.

Ahora no tenía duda de que algo le había pasado. Él no dejaría a su hijo sobre todo. El Gaby que ella conocía era especial.

Simplemente no los recordaba. Pero ella estaba dispuesta a que los recordase. Iba a luchar por su amor.

Tenía su anillo de pedida, la llave de su corazón y a su hijo y le faltaba su boda y por Dios que iba a casarse con Gaby, costase lo que costase.

Podía irse a Manhattan, pero prefería irse con un trabajo. Tenía dos millones y pico de dólares.

Hizo una lista de empresas de contabilidad y mandó Currículums. Y esperó. Y deseo que la llamaran.

Si no la llamaban de alguna empresa en tres meses, se iría. Se dio ese plazo. Tenía el dinero de Gaby y lo utilizaría sin pensarlo.

Dejaría la casa por si tenía que regresar con las manos vacías. Tuvo que ir dejando a sus clientes conforme les dejó el trabajo hecho, con dolor de su corazón, porque estaba muy contenta. Le habían dado una oportunidad cuando más la necesitó y les costó dejarlos.

A finales de marzo, su hijo cumplió un año y dos días después recibió una oferta de trabajo.

Tendría una entrevista cinco días después en una empresa de contabilidad de Manhattan. Suficiente.

Se puso manos a la obra.

Sacó dos billetes a Nueva York, reservó un hotel en Manhattan, y ya alquilaría algo después.

Preparó sus maletas y al día siguiente por la tarde, después de varias horas de conducir su camioneta, estaban en el aeropuerto camino de Nueva York. Estaba nerviosa, impaciente.

Dejó su camioneta aparcada fuera de la ciudad y tomó un taxi al aeropuerto. No le importaba la camioneta.

Le dio mucha pena, dejar Montana también, pero tenía que hacer su vida y encontrar al padre de su hijo.

Quizá si la cogieran en el trabajo, podría quedarse allí, vender la casa y comprarse un apartamento pequeño.

Eso siempre y cuando le gustase la ciudad. Pensó en su hijo, allí tendría más oportunidades de estudiar y ella también de crecer como persona y si encontraba a Gaby y no la recordaba o no quería hacerse cargo de su hijo, ella saldría adelante o volvería al pueblo.

Cuando llegó a Nueva York, estaba muy cansada. Nunca había salido de Montana, y menos de los pueblos donde estuvo.

El niño, se cansó de tantas horas de vuelo. Así que tomó un taxi y cuando llegó al hotel, pidió comida para los dos y mientras se la traían, deshizo las maletas, comieron y se quedaron dormidos.

Al día siguiente, lo primero que hizo, fue buscar una guardería para el pequeño. Hizo una inscripción en una muy cercana al hotel y lo dejó hasta las cinco de la tarde, así le daría tiempo a hacer muchas gestiones.

La primera buscar la empresa donde tenía que hacer la entrevista. No estaba lejos de la guardería, podía ir andando. Estaba a unas cuantas manzanas. Ya la tenía localizada.

Lo segundo buscar la empresa dónde había confirmado que trabajaba Gaby. Estaba al otro lado de la guardería y para ello debía tomar un taxi, porque estaba un poco lejos. Lo cogió, supo dónde trabajaba y luego cogió otro taxi de vuelta.

Comió en un restaurante de comida rápida. Ya tenía todo a mano. Lo siguiente era ver un apartamento cerca de la guardería, porque si le daban el trabajo, todo le quedaba cerca. Entró en una inmobiliaria y le dijo lo que buscaba, un apartamento con dos dormitorios. Y quedó para el día siguiente ver algunos.

Quería verlos lo más rápido posible porque en cuanto le dijeran algo, cerrar el trato del apartamento.

Quedarse en un hotel en Manhattan, era muy caro, aunque los apartamentos también. Esperaba que le pagaran un buen sueldo, si se quedaba.

Al día siguiente, estuvo mirando apartamentos por la zona que le gustaba. Eran nuevos y caros, pero no quería irse a otro sitio. Todo lo tenía al lado.

Se gastaría en transporte lo que pagaría de más. Le gustó en especial uno amueblado, cerca de la guardería y de la empresa de contabilidad, que era justo lo que buscaba.

Quedó en decirles algo al día siguiente. Justo estaba a una manzana de la guardería. Así que tenía que tener en cuenta el pago del apartamento, comida, gastos y pago de la guardería.

Ella tenía más de dos millones y medio, pero no quería tocarlos.

Ese día, antes de ir a recoger al peque a la guardería, entró en una tienda y se compró un traje de chaqueta y falda, una camisa, bolso, zapatos de tacón y unos accesorios.

Nadie vestía como ella, por lo que si la contrataban era otra de las cosas que debía hacer, comprarse ropa.

El niño, se portaba bien en la guardería. Le gustaba estar con niños de su edad y jugar con ellos.

Para él, era un mundo nuevo, pues sólo había estado con su madre. Menos mal, así se quedaba tranquila.

Los profesores eran especiales y muy eficientes con los pequeños. Y comía allí.

Al día siguiente, tenía la entrevista y estaba nerviosa y alterada con tanto ajeteo de tantas cosas que fluían en su cabeza.

El trabajo era un medio para conseguir un fin, pero también podía ser un fin y un medio de vida, si las cosas no salían bien.

El día de la entrevista, estaba esperando que la llamaran. Se había maquillado y se había puesto el traje que se había comprado.

Estaba como un flan. Nunca había tenido una entrevista como aquella en un edificio como ese tan lujoso. Pensó que era una empresa pequeña, pero cuando entró se quedó anonadada.

Menos mal que se había comprado la ropa, pues había más personas para hacerla y vestían muy elegantes.

La entrevista, le pareció que iba muy bien, le preguntaron en qué empresas había trabajado, miraron su Currículum y ella le dijo que había sido autónoma, pues había trabajado para más o menos quince clientes, que era de Montana, y había llevado la contabilidad de ranchos y alguna empresa.

Fue muy sincera. Quedaron en decirle algo al día siguiente jueves.

El jueves, se lo tomó de relax. No se separaba del móvil. Llevó el niño a la guardería y se fue dando un paseo, viendo tiendas.

Desayunó fuera. Había varios locales de moda y restaurantes.

Seguro que Gaby iba a esos restaurantes y locales caros. Si se quedaba, juró ser una chica de ciudad elegante y vestida con zapatos altos y uñas largas.

Ningún Gaby la iba a reconocer. Dejaría de ser la paleta de Montana que muchos creían que era. Y si para eso tenía que utilizar el dinero de Gaby, lo haría. Ya que no recibía dinero de manutención de su hijo, se lo iba a cobrar a ese señorito neoyorquino.

Sobre la una de la tarde, se disponía a entrar en un restaurante de los más normales que vio, cuando sonó el teléfono. La habían cogido para el trabajo. Estupendo.

Le pedían incorporarse el lunes a las ocho de la mañana. Su horario sería de ocho de la mañana a cuatro de la tarde. Con media hora para comer.

El sueldo era espectacular. Tendría su propio despacho y llevaría la contabilidad de varias empresas que le asignarían el lunes.

Estaba muy contenta, pues con el sueldo, que eran 5.500 dólares mensuales podía pagar el apartamento, la guardería con comida para el peque y aún le sobraba una cantidad decente, unos 3.000 dólares para vivir, si se administraba bien.

Les dio las gracias y mientras pedía de comer, llamó a la agencia inmobiliaria, para que le reservara el apartamento. Iría después de comer a hacer el contrato.

Antes de recoger al pequeño en la guardería, pasó por la inmobiliaria, pagó con su tarjeta de crédito, un mes por adelantado y su fianza.

Hizo el contrato y le dieron las llaves. Se lo iban a limpiar por la tarde porque ella quería entrar al día siguiente. Estupendo. Llevaba una semana estresante, pero aún le quedaba.

El viernes, llevó el niño a la guardería y habló con la directora. Quería cambiar el horario.

Dejaría al niño a las siete y media y lo recogería a la misma hora, a las cinco, así le daría tiempo de salir del trabajo y el niño merendado.

Si algún día no podría tenía que llamar por teléfono. Quería que le dieran de desayunar, la comida y la merienda.

Así que le dieron otro precio, mil dólares, pero se quedaba tranquila. Sólo tenía ella que darle de cenar, bañarlo y acostarlo.

También preguntó si conocía a alguna empresa de canguros fiables, por si salía alguna noche. Y le dieron un número de teléfono. Estaba muy agradecida.

Volvió al hotel, pagó la cuenta y trasladó todas las cosas que eran más bien pocas al apartamento ya limpio.

Salió de nuevo a hacer una compra. Necesitaba comida para el niño y para ella, productos para el baño y limpieza, y pañales para el peque.

Lo colocó todo y después salió a comer por ahí. Eran las dos de la tarde. Aún tenía tres horas que dedicó a irse de compras.

Había una boutique, que le encantó y allí se gastó un dineral. Desde ropa para el trabajo, hasta cinco vestidos para salir, ropa interior, camiones sexys, abalorios que combinaban con la ropa que llevaba y cinco pares de zapatos, camisetas, vaqueros y hasta dos chándal de diseño de verano y unas zapatillas deportivas brillantes. Nunca se había gastado tanto en su vida, pero lo necesitaba. Y algunos juguetes en una juguetería para el peque y cuentos.

Dejó todo en las bolsas para colocarlo el sábado y fue a por su hijo a la guardería.

Lo bañó en la bañera de su apartamento por fin, cenaron y le leyó un cuento. Se quedaron abrazados en el sofá y le prometió que buscaría a su padre, costara lo que costara.

El sábado, se levantó temprano y colocó toda la ropa. Había comprado también ropa para el pequeño y una sillita para llevarlo.

Cuando su hijo Gaby se levantó desayunaron juntos y se fue a una peluquería para darle color y volumen a su pelo.

Se hizo la manicura y la pedicura y se compró artículos de maquillaje, para el pelo que le recomendaron y perfume.

El niño ya estaba inquieto y se lo llevó andando al parque.

Comieron un perrito y un batido y cuando se cansó de jugar, se quedó dormido. Lo acostó en la sillita que llevaba y se fue dando un paseo a casa.

Por fin estaba en Nueva York, y por fin estaba de nuevo todo en orden, se sentía feliz. Le gustaba el lugar y quizá ahí su hijo tendría oportunidades de ser un buen chico, con una carrera y nuevas oportunidades.

Y pensó que trabajaría como una loca por su hijo, para permanecer allí. Cuando tuvieran vacaciones volverían a su casa de Montana a relajarse hasta que su hijo fuese grande, que diera Gaby su dinero por perdido porque ese dinero iba a ser de Gaby, pero de su pequeño Gaby, los estudios, un buen seguro de salud que haría el lunes y la Universidad.

Y ella tenía un buen sueldo y con todos los gastos, le sobraría para vestir bien y ser una chica guapa y refinada.

Y si trabajaba más de un año, compraría el apartamento u otro para los dos con la mitad del dinero y aún tendría otro millón y medio más lo que ella ahorrara y no tendrían que pagar ese alquiler tan caro.

Pero eso sería cuando estuviese asentada en su trabajo con la suficiente experiencia y reconocimiento en el trabajo. Y eso lo iba a conseguir como que se llamaba Gina.

-Aquí haremos nuestra vida, mi pequeño -le dijo a su hijo -si tu padre no quiere formar parte

de tu vida, tendrás a tu madre aquí trabajando por ti, siempre. Vamos a ver quién es en realidad ese padre tuyo.

Pasó con su hijo el domingo, de paseo por la mañana y volvieron a comer a casa. Por la tarde jugaron y le puso dibujitos en la tele. Echó su siesta y se quedaron relajados en casa. Al día siguiente tendría que trabajar. Iba a ser su primer día y estaba nervios.

CAPÍTULO CINCO

Pero fue estupendo entrar en su nuevo trabajo. Estrenó uno de sus trajes y sus zapatos altos y no desentonó con las compañeras que había allí.

Todo el mundo iba muy elegante. Y aunque su ropa no era de diseño exclusivo, era de una boutique medio cara y le sentaba como un guante.

Tenía un cuerpo precioso y pequeño y era muy atractiva. Además de generosa y trabajadora.

Se hizo al trabajo en pocos días. Le dieron un despacho amplio, precioso. Ella se llevó un día un par de plantas y una foto enmarcada de ella con su hijo. Y marcos con sus títulos que colgó en la pared.

El primer día le llevó la secretaría un grupo de carpetas. Los que en principio iban a ser sus clientes y que aumentarían, dependiendo del volumen de trabajo que podría sobrellevar.

Pero eso era lo mínimo y tendría que hacerlo sí o sí, y se puso manos a la obra.

Se organizó el trabajo como lo hacía en Montana, y llamó a sus clientes, presentándose, dándoles su teléfono y ofreciéndose a lo que necesitaran.

Antes de acabar el día, le pasaron su contrato para firmarlo.

Cuando llevaba un mes trabajando, había cobrado su primer sueldo y estaba encantada. Se había hecho al trabajo, tenía su propio despacho, llevaba la contabilidad financiera y nóminas de quince grandes empresas. Y todas estaban contentas de momento.

Había sacado un seguro de salud para ella y para el chico, porque eso era importante para ella.

Trabajaba muchas horas, pero le encantaba. Se llevaba a media mañana un sándwich y sacaba un café de la máquina de la sala que tenían para comer y descansaba su media hora.

Tenía una amiga, compañera de trabajo que era un encanto. Se llamaba Abril. Solían comer juntas en la sala y comentar el trabajo.

Era soltera como ella, sin hijos y de más o menos de su edad. Vivía cerca de ella y comentaron que algún día saldrían por la noche. Es más, que debían salir todos los fines de semana.

A veces echaba de menos su casa y el río de Ditton, cuando se sentaba en su piedra a pensar.

Pero recordaba ser infeliz y allí no lo era, sólo tenía un propósito que cumplir y ya era hora de empezar.

Ya se había hecho al trabajo y ahora era hora de buscar al padre de su hijo. Sabía dónde trabajaba, pero no sabía ni dónde iba, ni dónde vivía.

Una tarde, cuando recogió al pequeño, llamó a un detective privado. Y quedó la tarde siguiente con él en una cafetería cercana.

Le dejó una foto de Gaby, la empresa y el nombre con los apellidos. No sabía nada más. Ella le había puesto a su hijo el apellido y el nombre de su padre: Gaby Landon.

El detective quedó en llamarla en un mes, porque ella quiso adivinar dónde vivía y qué hacía los fines de semana y eso le iba a llevar unos cuantos fines de semana y dos mil dólares. Pero serían bien gastados.

Se acostumbró a vestir bien a diario, a maquillarse y peinarse. Tenía muy buenos compañeros.

Su hijo se había acostumbrado a la guardería muy bien y ella cada día se llevaba mejor con Abril.

Se habían vuelto inseparables, algunas tardes al salir del trabajo, se tomaban un café mientras ella hacía tiempo para recoger al peque de la guardería.

Al mes siguiente, el detective la llamó. Era bueno, le dio la dirección de él, que vivía cuatro edificios más arriba de ella. Había sido una casualidad no haberse encontrado ya que eran casi vecinos.

Cuando fue a ver su edificio, lo entendió, era un edificio de lujo con portero. Sí que tenía dinero, ya lo había imaginado y además lo tenía cerca, en su misma acera a diez minutos.

El detective también le dio los locales donde iba a cenar el viernes y sábado con un compañero de trabajo, Patrick de su misma edad y luego iba a tomar una copa cerca. Era la zona de copas más punteras y estaba en su avenida, unas cuantas manzanas más abajo. Le pagó y le dio las gracias.

-¿Cuál es el local que está más de moda, el más caro de todos? Le preguntó una mañana a Abril.

-El Manhattan 13.

Vaya uno de los que le había dicho el detective. Había otro también. Si no estaba en ese, irían al otro a tomarse otra copa. Ya llevaba más de dos meses trabajando y necesitaba salir o se asfixiaría.

-Pues iremos a ese este sábado. ¿Te parece?

-Nos costará una pasta Gina.

-No te preocupes. Yo te invito. Buscaré una canguro para Gaby y quedamos. Cenamos cerca y luego vamos a tomar una copa y bailamos. Ya es hora de que nos divirtamos un poco.

Esperaba que yendo al local más caro encontraría allí a Gaby. Era de los que se movían por lo más selecto. Y además sabía dónde cenaban él y su amigo y a qué hora más o menos. Ya se lo contaría todo a Abril llegada la hora.

Se llevaba muy bien con Abril, ella sabía que era de Montana, pero no le había contado su historia.

Necesitaba una amiga con la que desahogarse. Estaba sola en una gran ciudad y sola en la vida, con un hijo a su cargo y dispuesta a conquistar de nuevo a su amor.

Si no la reconocía, tendría que empezar de nuevo y competir en Nueva York con las mujeres que había...

El sábado consiguió una canguro del teléfono que le mandaron. Era una chica joven pero bastante eficiente.

Dejó al niño comido y durmiendo, así que sólo si despertaba tenía que cuidarlo. Vendría tarde. Con un par de instrucciones más, se fue.

Tomó un taxi en la puerta y se fue directa a la puerta del local donde había quedado con Abril.

Fueron primero a cenar a un restaurante cercano. Donde ella sabía que cenaba los sábados con su amigo.

Las pusieron en una mesa, al lado de dos hombres más o menos de su edad. Ambos eran guapos, altos y elegantes y eran ellos. Gina, se puso nerviosa, los miró...

Parecía que el camarero lo había hecho a propósito. No pudo tener más suerte. Allí, en medio del restaurante, estaba Gaby con otro hombre.

Los nervios que cogió la hicieron temblar, y se le cayó la copa de agua que el camarero le había puesto.

Se había vestido para la ocasión, un vestido a media pierna, negro con tirantes y que no necesitaba sujetador porque tenía copas que realzaban su busto y enseñaban parte de ellos, unos tacones sexys muy altos, un bolso con lo necesario.

Se dejó el pelo suelto que le había crecido y lo tenía largo, maquillada perfectamente y un perfume de más de doscientos dólares para las ocasiones como esa. Su amiga se quedó de piedra.

Aunque iba también muy guapa, llevaba otro vestido entallado, pero no tan sexy como el de ella. Iban matadoras la verdad.

Abril, era más alta y era muy guapa, morena y exótica, de ojos verdes preciosos y cuando entraron al restaurante, los hombres se quedaron mirándolas con ojos de buitres.

-¿Qué te pasa Gina? -cuando la vio alterada derramando la copa.

-Ya te contaré la historia. De momento te digo que el del pelo castaño con barba y ojos grises es mío. De esos dos que están al lado de la ventana, a nuestra izquierda.

-¿Cómo, estás loca? -pensó que su amiga se había vuelto loca.

-Que si ligamos, me dejes ese.

-¿Por qué? ¿Lo conoces?

-Es el padre de mi hijo.

-Pero, pero...

-No me reconoce. Tuvo un accidente y perdió la memoria. Te contaré toda la historia, pero no ahora. Ve mirando la carta, que ahora vengo. Vamos a cenar con estos hombres.

Abril, no la entendía y le pilló por sorpresa. Se quedó con la boca abierta porque no reconocía a su amiga. Nunca pensó que fuese capaz de hacer algo así, tan atrevido.

Y ni corta ni perezosa, Gina, se levantó, Llevaba el anillo de compromiso que no se había quitado nunca y la llave con la cadena de oro. Se acercó a ellos que estaban cenando...

-¿Hola Gaby, qué tal te va la vida? ¡Hola! -dirigiéndose a su acompañante- y se levantaron de la mesa cuando ella extendió la mano a Gaby y este no tuvo más remedio que estrechársela. Ella apretó más de la cuenta y Gaby la miró directamente a los ojos, pero ella no le quitó la mirada ni un segundo.

-¡Hola...!

-Gina. De Montana.

Gina, le sonaba ese nombre de algo. ¿De Montana? Era una mujer pequeña, pero estaba estupenda, con pelo rubio largo y unos preciosos ojos azules, y un acento que no era de Nueva York.

-¿Nos conocemos?

-Nos conocimos hace más de dos años, quizá no te acuerdes.

-No lo recuerdo, la verdad.

-¿No os importa que mi amiga y yo cenemos con vosotros o tenéis algún plan?

Lo pilló desprevenido. Era una descarada, además llevaba una alianza de prometida. Quizá debió ser una conquista o alguna mujer con la que se había acostado y no la recordaba. Si no la recordaba, no había sido un asunto especial.

El amigo, se levantó y las invitó. Gaby lo miró interrogante, pero no pudo hacer más.

-Me llamo Patrick, ¡encantado Gina!

-Gracias Patrick, lo mismo digo.

Y Patrick le dijo al camarero que uniera las mesas de ellas. Estaba encantado cuando le echó el ojo a Abril, no así Gaby, que no se le veía muy contento, como si le hubiesen estropeado la noche.

-Si molestamos, no queremos estropearos la noche.

-¡Qué va!, vamos a cenar y luego a tomar una copa. Os invitamos -dijo Patrick

-¡Qué amable!, gracias. Igual que nosotras. Os presento a mi amiga Abril.

-Ella se sentó al lado de Gaby, dejando al lado de Patrick a su amiga que empezaron a hablar. Mientras, ellos, permanecían callados. Pidieron de comer, aunque ellos ya habían empezado.

-¿De qué nos conocemos Gina?

-De Montana. Tenemos un hijo. ¿Ves esta alianza? Me la regalaste. Me debes una boda. Y esta es la llave de tu corazón, que me la diste y me dijiste que no me la quitara nunca, y no lo he hecho. Él empezó a reír con ganas. Se le pasó el enfado. Como broma había estado buena.

-¡Esa broma ha sido buena!

-Sí, ha estado bien ¿verdad?

-¿En qué trabajas?

-Soy contable financiera en una empresa de aquí, de Manhattan. ¿Y tú?

-Soy bróker en una empresa también de aquí. ¿Vives cerca?

-Sí, vivo cerca y ¿tú?

Cuando le dijo dónde vivía, ella le dijo que prácticamente eran vecinos. Aunque eso, ya ella lo sabía, no en vano le había costado dos mil dólares averiguarlo. Ella le dijo que vivía unos cuantos edificios cerca del suyo.

-¡Qué casualidad! No hemos coincidido nunca. -Dijo con ironía, porque no se fiaba de esa rubia de pechos deseables. A él le gustaban rubias, pero más altas. Y esa era pequeña. Claro que no era rubia de bote, su pelo era natural y precioso.

-Llevo sólo un par de meses aquí. Es difícil coincidir con tan poco tiempo. Parece que no te ha hecho gracia que me acercara. Estás molesto.

-La verdad, para serte sincero, no. No me gusta que me acosen. Ni que me pillen desprevenido.

-No te he acosado. Te he saludado educadamente porque te conocía.

-Bien. Vamos a ver Gina. Sé sincera. ¿De qué me conoces?

-Te conozco íntimamente. Sé qué te gusta sexualmente -se lo decía al oído para que los demás no lo oyeran -y hemos hecho el amor durante un año. Tenemos un hijo de un año y tres meses. Se llama Gaby. Tus padres viven en una residencia en San Francisco, de donde eres.

Él no iba a caer en la trampa de aquella mentirosa. Esos datos los podía saber cualquiera.

-¿Y qué me gusta sexualmente?

-Te gusta la lencería sexy, lástima que en esa época yo no tenía.

-¿Y ahora sí?

-Solo la parte de arriba. Pero forma parte del vestido. No me gusta llevar nada debajo cuando salgo.

Él se sintió excitado pensando en que no estaba nada mal. A él le gustaban más altas, pero probar una pequeñita, no estaría mal.

-Sigues sin decirme qué me gusta sexualmente.

-Te gustan las mujeres recién salidas de la ducha, que aún no se han secado y hacerles el amor contra la pared. Te gusta que te hagan el amor con la boca.

-Eso le gusta a cualquier hombre.

-Te gusta hacer el amor, mucho, todos los días, varias veces. Y estás muy bien dotado.

-Bueno, cambiemos de tema -se puso nervioso y ninguna mujer lo había puesto nervioso hasta ahora.

-¿Te he puesto caliente? -no se reconocía, ella era una chica decente de Montana, pero llevaba el control y lo había desubicado y le encantaba jugar a ser una mujer sexy.

-Sí, me has puesto. Debo admitirlo.

Ella metió la mano bajo el mantel de la mesa y tocó su sexo erguido justo cuando el camarero les puso a ellas los platos. Él la miró. Miró su descaro, pero no dejó de estar excitado. Si quería sexo esa pequeña, lo iba a tener.

Los otros hablaban. Parecía que habían congeniado muy bien.

-Disculparme, voy al baño -dijo Gina

Al minuto, él se levantó también.

-¡Ahora vengo!

-Parece que nos han dejado solos Abril. ¿Te gusta la comida?

-Está deliciosa.

Ella fue al baño, pero sabía que él iría detrás. No había nadie y ella estaba retocándose los labios cuando lo vio a través del espejo.

-¿Estás jugando conmigo, pequeña?

-Yo, nunca juego con las cosas de comer.-él se rio del comentario.

La cogió por detrás de la cintura, la levantó a pulso y la metió en uno de los aseos. La puso contra la pared y le metió la mano por las piernas y la subió hasta su sexo.

-No llevas nada.

-Te lo he dicho, yo nunca miento. -Le dijo jadeando.

Y la besó con pasión, se abrió el pantalón y se puso un preservativo y la poseyó sin miramiento.

Gimiendo como locos, él tapaba su boca con la suya para que no se oyera nada y la embestía con fuerza y ella había conseguido su objetivo, hacer el amor con su hombre, con el hombre que amaba, aun de esa manera, era suyo. Sería suyo.

Y esperaba que no lo volviera a hacer con ninguna más. Ser ella la única, porque estaba segura de que había tenido más chicas.

Pero eso ella no había podido evitarlo y le dolía. Pero eso se acabó. O se olvidaría de él para siempre.

Esperaba que no la olvidara esta vez. Ella se aferraba a su cuello y lo besaba con la misma pasión que él y cuando alcanzaron el clímax, no había nada más poderoso que eso para ella. Para él, estaba por ver.

Cuando terminaron, él puso la cabeza en la suya y ella la suya en su pecho y eso le recordó a Montana y a la primera vez que lo hicieron.

Cuando recobraron las respiraciones, ella se bajó, se recompuso el vestido y se fue al salón.

Él se quedó allí unos minutos y volvió también. Si sus amigos se habían dado cuenta de algo, no se lo hicieron notar.

El resto de la comida, ella no habló sólo con él, sino que participaron en una conversación acerca del trabajo. Como si no hubiese pasado nada.

Ellos eran amigos y ellas también. Trabajaban en los mismos sitios y todos vivían en Manhattan.

-Podíamos salir el fin de semana que viene si queréis o mañana por la mañana podemos salir a comer -dijo Patrick, el amigo de Gaby.

-Mañana no puedo yo, Patrick, pero el fin de semana que viene sí. Me viene bien, el viernes o el sábado, me da igual. Si tú quieres Abril puedes salir mañana con Patrick.

-Bueno.

-Venga, y comemos por ahí.

-Vale. Nos dejamos los teléfonos.

Ellas anotaron los teléfonos de ellos y ellos los de ellas. Gina notó a Gaby un tanto serio después de venir del baño y haber hecho el amor como salvajes. Por eso se acercó de nuevo a su oído...

-¿No te ha gustado?

-Sí, pero no ha sido suficiente, como me conoces tan bien íntimamente, sabes que con uno no

me conformo.

-Bueno, podemos probar en el de copas.

-Dime una cosa Gina...

-¿Qué?

-¿Has hecho el amor conmigo y estás prometida?

-Llevo un anillo para espantar a los moscones. No haría el amor contigo si lo estuviera. Ni contigo ni con nadie. Eres el primero con el que lo hago desde hace casi un año y medio.

-¿En serio?

-En serio y ¿tú?

-Ya me conoces. Pero hace como dos semanas.

Eso, le dolió mucho a ella. Pero no podía culparlo. Había perdido un año de su vida y no la reconocía.

-¿Por qué no puedes salir mañana por la mañana?

-Porque tengo un hijo, ya te lo he dicho. Está con la canguro, pero por las tardes y los fines de semana por las mañanas los paso con mi niño. Tiene un año y tres meses.

-¿Y él padre?

-No se acuerda de que tiene un hijo.

En ese momento habían terminado de comer y Patrick dijo de ir a tomar una copa y a bailar al Manhattan 13. Ellas se miraron y se entendieron.

Cuando ellos pidieron la cuenta, Gina, ya había pagado. Ellos se lo reprocharon.

-De donde vengo pagan siempre los hombres, por una vez quiero pagar yo. Vosotros pagáis las copas.

Gaby estaba muy sorprendido de que ella hubiese pagado la cuenta. Todas las mujeres con las que salían, nunca pagaban. Es más, esperaban que pagasen ellos siempre. Eso lo sorprendió.

Cuando llegaron al bar de copas, estaba poco iluminado y se sentaron en un rinconcito para cuatro. Ellos fueron a por las bebidas. Ella pidió un san francisco, porque no bebía alcohol.

-Me gusta Abril, Gaby -le dijo a su amigo en la barra -Es una chica estupenda. Y guapa ¿Te gusta Gina?

-Esa mujer es una bomba de relojería.

-Pues a tu medida, amigo.

-No sé, es peligrosa.

-Pues a mí me gusta cómo es, es elegante, guapa, tiene unos ojos azules preciosos y es simpática.

-Tiene un hijo.

-¿Y qué? Hay un montón de madres solteras. A mí no me importaría. Mañana salgo con Abril por la mañana. Por qué no sales con ella y el niño, así la conoces mejor.

-Quizá la semana que viene, si es que salimos con ellas.

Llevaron las bebidas a la mesa y Patrick invitó a bailar a Abril, dejándolos solos. Él se acercó a ella y la besó incansablemente, mientras le metía la mano dentro del vestido. Nadie se daba cuenta pues él la tapaba con su cuerpo.

Movió su sexo hasta que ella alcanzó un orgasmo. Sus gemidos se perdían entre el ruido.

-Eso no ha sido legal.

-¿No te ha gustado?

-¡Touché! Sí, sé que eres un buen amante.

-¡Y tú estás muy húmeda!

-Ya te dije que hace mucho tiempo que no tengo relaciones sexuales y tú estás muy bien. Me

gustas.

-No eres mi tipo.

-Lo sé. Tu tipo son las rubias, pero de piernas largas y cuerpo de modelo.

-Exacto.

-Pues para no ser tu tipo, te has portado esta noche.

-Tienes algo que me atrae.

-¿No te gusta bailar?

-¿Quieres?

-Me gustaría.

-Pues vamos.

Y estuvieron bailando un buen rato. Ella no había olvidado su olor y era el mismo con el que llegó a Montana. Se abrazó a él, y puso las manos en su cuello.

Llevaba tacones altos y le llegaba a la barbilla. Él olía su pelo y le encantaba. Tenía un perfume caro, pero era fresco.

Esa mujer significaba problemas para él. Le había gustado mucho hacer el amor con ella en el baño, si es que eso era amor.

Se había sentido excitado como no hacía mucho tiempo.

Hacer el amor como un salvaje en el baño, tampoco era su estilo y salir con una mujer que tenía hijos tampoco era santo de su devoción.

Sin embargo, para ser pequeña, era pasional y había respondido a sus caricias al instante y eso le excitaba mucho en una mujer.

Sabía que era un hombre que gustaba a las mujeres, pero le gustaba elegir las a él. Se sentía incómodo de otro modo y esa pequeña de Montana había sido atrevida.

Sabía algunos datos sobre él, pero eran datos que cualquiera podía saber si miraba las redes sociales o investigaba un poco. Eso no le importaba lo más mínimo.

Vivían demasiado cerca y eso podía afectarle, pero no iba a entrar al trapo. No iba a tener más contacto con ella y por supuesto no la llamaría.

Seguro era la pesada de turno que temía que lo llamaría a él y tenía que darle excusas, era un experto en eso.

Algunas mujeres, parecían no entender cuándo acababa una noche de simple sexo.

Eran las dos de la madrugada cuando decidieron irse. Patrick decidió acompañar a Abril a su casa.

Así que dejó en manos de Gaby acompañar a Gina. Esta, le dijo que tomaba un taxi y él insistió en que fuesen dando un paseo, que la acompañaba. Y así lo hicieron. De todas formas, sus casas estaban al lado.

Media hora andando, aunque le dolían los pies de los tacones altos. Iban hablando de diversas cosas, como locales de moda. Él y Patrick solían ir a ese, porque era bueno y había chicas guapas.

-¿No me digas? De las que te gustan y son tu tipo.

-De esas.

-Tendré que buscarme un tipo de hombre. Aunque me gustan altos y sexys, como a todas las mujeres.

-Y ricos.

-Bueno, yo soy independiente y tengo mi propio dinero. Me molesta mucho que me paguen todo. Luego se creen en el derecho de que tienes que hacer cosas que no quieres. Alguna cosa está bien, pero todo, no.

-¿Eres feminista?

-Prefiero pensar que soy femenina. No me gustan los extremos. Algunas veces se confunde educación y galantería con machismo y yo, ahí no entro.

-Muy buena respuesta ¿Qué edad tienes Gina?

-Veintinueve.

-¿Dónde está el padre de tu hijo?

-En su mundo. Ya te lo dije. Soy independiente para criar sola a mi hijo. Si a algún hombre le molesta que sea madre soltera, no tendría elección. Mi hijo es lo primero. Bueno ya hemos llegado. Aquí vivo.

-Yo vivo unos cuantos edificios más allá. En aquél. Somos casi vecinos.

-Muy bien, gracias Gaby por acompañarme.

-¿No me invitas a un café?

-Si no te importa otro día. Es tarde ya. Además, tienes mi teléfono. ¡Buenas noches!

-¡Buenas noches Gina! -y le dio un beso en los labios.

Le costó dormir a Gina esa noche. Se había mostrado muy atrevida y sensual y ella era una chica sencilla de Montana.

Pero encontrarse a Gaby era una probabilidad que había calculado en un cincuenta por ciento.

Esperaba encontrárselo en el local de copas, pero la casualidad quiso que fuera en el restaurante.

Había hecho el amor con Gaby, después de un año y él no la había reconocido. Se había comportado como una de esas mujeres que a él le gustaba, pero no se arrepentía de haberlo hecho.

Ahora todo dependía de él. Si la buscaba y podía tener suerte, ya que parecía que Patrick y Abril habían hecho buena amistad... Podía buscarla o llamarla. Si no lo hacía, tendría que hacerse la encontradiza más veces.

Le había preguntado por su hijo y por el padre, sobre todo, no sabía si eso era bueno o malo o puede que le preocupara una mujer soltera. Ya vería.

De momento iba a dormir, si podía y al día siguiente, llamaría a su amiga, a ver qué tal le había ido con Patrick, un chico moreno y guapo, tan alto y sexy como Gaby.

Gaby, llegó a su apartamento, pensando en lo surrealista de la noche. Él era un hombre que analizaba todos los momentos y lo hizo.

Le sonaba el nombre de Gina y era de Montana. Miró su ordenador y buscó entre transferencias que pudiese haber hecho hacía un año, cuando creó la empresa y tenía clientes de Montana.

Pero lo que sí sabía es que no conoció a ningún cliente personalmente. Su empresa era On line y ¡bingo! Allí estaba Gina. La transferencia era de dos millones y medio de dólares. Una sola inversión.

No había más datos, salvo el número de cuenta a la que transfirió ese dinero. Quizá ella lo conocía o lo había buscado por redes sociales o por otro medio.

No tenía más datos de ella, claro que ese tiempo fue el tiempo que tenía perdido en su cabeza.

Pero lo que tenía en su cabeza era la relación sexual salvaje que había tenido con ella en el baño del restaurante, cuando la levantó en volandas y le subió el vestido.

Era pequeña y manejable y había sido un momento especial y le había gustado, y luego cómo ella había respondido en el local y él se había quedado todo excitado y aun cuando pensaba en ella, acostado en su cama, lo estaba.

Tardó en dormirse y tuvo un sueño con ella. La veía en una casa con una toalla alrededor del cuerpo, mojada y con otra toalla en la cabeza.

Él la echaba en el sofá y le hacía el amor. Se despertó sudando.

Eran las cinco de la mañana. Se levantó, miró las luces de la ciudad y volvió a meterse de nuevo en la cama. ¡Maldita Gina! Al día siguiente llamaría a su amigo a ver qué tal le había ido con Abril.

Eran las doce de la mañana del domingo cuando Gina, había recogido el apartamento y lo había limpiado, aunque estaba limpio casi.

Dejó la colada hecha, cogió la silla del niño y se dirigieron al parque. Darían un paseo, no estaba muy lejos y luego comerían por ahí.

Tomaría un café y volverían a casa cuando Gaby, estuviese cansado. Era una rutina que seguía los domingos con el niño y les encantaba a los dos.

Mientras Gaby, jugaba con los juguetes que ella le había llevado al parque y se había cansado de montarse en los toboganes y juegos repartidos por esa zona del parque, ella se sentó en un banco a su lado y llamó a Abril.

Abril, le contó que habían ido a su casa y habían hecho el amor. Que se había quedado toda la noche con ella.

Que era estupendo y sexy y le había encantado Patrick. Iba a pasar a las dos a por ella para comer. Había ido a cambiarse a su apartamento.

Quedaron en hablar de todo al día siguiente, porque estaba al llegar.

Ella se alegró mucho por Abril, era una chica encantadora y buena. Esperaba que lo suyo pudiera durar, y si no, pues estaría bien la aventura.

Cuando terminó de hablar con su amiga Abril, Se sentó en el suelo para jugar con su hijo.

Gaby, estaba sentado en un banco a lo lejos, observándola. Hablaba por teléfono y se reía. La conversación fue corta.

Era guapa, iba con unos vaqueros que le quedaban de muerte. Y una camiseta y llevaba una cola de caballo en el pelo largo, rubio y liso.

Era muy elegante y estaba dudando en acercarse o no e invitarlos a comer. Un niño, lo frenaba.

Las mujeres con hijos, buscaban hombres que las protegieran, pero ese no era el caso de Gina, se lo había dicho la noche anterior.

Al final, decidió acercarse. Iba con unos vaqueros y una camiseta negra de diseño que le marcaba sus músculos y su abdomen plano.

-¡Hola Gina!

Ella se sintió muy sorprendida. Estaba de espaldas a él y se sobresaltó.

-Vaya, no causo esa sensación a las mujeres y menos después de lo de anoche.

-Me has asustado, ¿cómo estás? ¿Cómo nos has encontrado?

-Este es el principio del parque donde hay toboganes y es lo más cercano a nuestros apartamentos.

-Un hombre que piensa con la cabeza.

-Sí, también pienso con lo que piensan los demás hombres. No soy distinto. Bueno y este niño... ¿Cómo se llama?

-Gaby, como tú.

-Vaya, sí que es casualidad.

-Sí, la verdad.

En esos momentos les llegó una pelota de un niño que jugaba más lejos. La madre fue a por ella.

-¡Ay perdonen!, no quería molestar. ¡Qué niño más bonito! Se le parece a su padre, tiene los mismos ojos.

-Sí. Se le parece. No se preocupe por la pelota, no tiene importancia.

-¡Hasta luego!

Gaby, miró al niño, y era verdad, él chico se le parecía, tenía el mismo pelo castaño que él y los ojos grises como los suyos.

-Es muy guapo tu hijo.

-Sí, es un niño encantador. Se porta muy bien y se ha adaptado muy bien a la guardería. Siempre ha estado conmigo. Bueno, dime, ¿pasabas por aquí?

-No, la verdad. Vine por si te veía.

-¿Y comprobar que de verdad tengo un hijo?

-No, me lo creí. Quería invitaros a comer.

-Pensábamos comer por ahí, en algún sitio no muy caro.

-Pues os acompaño si no te molesta

-Para nada, pero nos quedará aún un rato hasta que se canse de jugar.

-Y ellos se sentaron en el banco, mientras el niño jugaba y le daba juguetes a Gaby para que se los diera de nuevo.

-¿Cuánto llevas en Nueva York, Gina?

-Dos meses y medio más o menos y ¿tú?

-Desde que terminé de estudiar la carrera. Me vine y desde entonces estoy en la misma empresa.

-A mí, me contrataron hace dos meses. En Montana, era autónoma. Tenía mis clientes, algunos de ranchos, pero quise venir aquí en busca de otras oportunidades, pensando también en mi hijo.

-No he olvidado lo de anoche. Dijo en un momento mirándola a la cara y cambiando de conversación.

-Fue especial. Te lo dije, me gustó mucho.

-No puedo dejar de pensar en ti. Y eso es raro en mí.

-Ya lo sé. Imagino. No tienes relaciones serias. No te quedas a dormir con ninguna. Solo quieres sexo y nunca regalas joyas a ninguna mujer. Sin embargo, eres sexy y amable y muy agradable y pagas las comidas y las copas, como buen hombre educado.

-¿Cómo lo sabes?

-No me hagas reír. Hay muchos como tú.

-¿Te has encontrado a muchos?

-No, sólo tuve dos hombres en mi vida. Uno que me dejó sin dinero. El otro, el padre de mi hijo, era igual que tú. Sin embargo, estuvimos juntos casi dos años. Y ese, al contrario que el primero, me dejó dinero, pero me dejó también.

Por un momento sintió celos de ese hombre y al otro quiso matarlo.

-Así, que soy una chica sencilla de Montana.

-Pues a mí no me lo pareces, me pareces una mujer sexy y elegante de Nueva York.

-No creas, la ropa y el maquillaje hacen mucho.

-Y lo de anoche, ¿a qué vino?

-Estaba muy excitada, me gustaste mucho cuando entré al restaurante y quería tener relaciones sexuales. No he salido en un año y medio y me pareció que estaría bien con un desconocido, siempre que estuviera protegida.

Gaby sabía que le ocultaba algo. De sencilla, nada, tenía dos millones y medio de dólares y buscaba un sitio barato para comer. A no ser que ya no los tuviese.

Recogieron los juguetes en la bolsita y colocó al niño en la sillita y se fueron. Se sentaron en una terraza y comieron allí. El tiempo era magnífico. Pidió un plato infantil para el peque y este se lo comió todo.

-¡Qué barbaridad! Cómo come tu peque.

-Sí, a este paso, tendré que hacer horas extras.

Le encantaba su sonrisa y cómo trataba a su hijo. La verdad es que era un niño guapo y bueno y se parecía a él. Había notado todo el tiempo, que había algo familiar en el chico.

Se fueron paseando hasta su apartamento.

-¿No me invitas a café?

-Sube.

Cuando llegaron, el niño se había dormido.

-Espera, siéntate en el sofá si quieres. Voy a acostarlo un rato. A estas horas se echa la siesta.

Él miraba el apartamento. Era sencillo y bonito. No era tan exclusivo como el suyo. Bueno, el suyo era comprado y lo había remodelado a su gusto. Y este era alquilado, pero estaba muy bien. Y limpio.

-¿Bueno, café negro y sin azúcar?

-¿Cómo lo sabes?

-Lo he imaginado.

Preparó los cafés y unas pastas y las colocó en la mesita, junto al sofá. Cuando se lo tomaron, él se acercó a ella y la besó.

La besó en el cuello, y ella se estremeció y fue bajando hasta su boca agarrándole el pelo. Tiró hacia atrás y la echó en el sofá. Se colocó encima de ella y sintió su excitación a través de los vaqueros.

Le levantó la camiseta y lamió y mordisqueó sus pezones por encima del sujetador. Se volvieron duros. Le desabrochó el sujetador y se lo quitó. Luego le bajó los vaqueros y el tanga. Y se desnudó él.

Ahora se vieron desnudos, porque la noche anterior, casi ni tuvieron tiempo. La miró. Era una preciosidad.

Pequeña, pero tenía un cuerpo y una piel maravillosa. Tocó su sexo y ella el de él, que recordaba ser de terciopelo.

Cuando se sintieron muy excitados, él se colocó un preservativo y entró en ella despacio llenando sus ámbitos y su sexo y se movió como con ninguna mujer que recordara. Era especial y tenía el control de su cuerpo, cuando ella se movía.

-¡Mujer, deja que voy a tenerlo! -decía entre jadeos.

-Tenlo, yo no puedo esperar más -y él lo supo, que no podía y se vació en ella en un orgasmo perfecto.

Cuando terminaron, no dijeron nada. Permanecieron abrazados. Él se echó a un lado del sofá atrayéndola a su cuerpo y ella acariciaba su pecho como cuando lo hacía en el apartamento de la casa o en la misma casa de Montana.

Se quedó muy pensativo, pues en dos días su vida había cambiado. De estar comiendo en un restaurante y buscar una chica para pasar la noche, estaba ahí en el sofá de una chica familiar que no se la quitaba de la cabeza.

No la llamaría en toda la semana. Este era el final. Sin embargo, la iba a poseer otra vez como despedida y tomó su pequeña mano y la llevó a su sexo.

Ella ya había vivido esa parte de él y movió su sexo y la poseyó de forma salvaje y posesiva.

Nunca había sido igual. Ella bien lo sabía. Pasaba de ser salvaje a ser amoroso y de ser sensible a ser divertido. Era un conglomerado de sensaciones.

Se fue antes de que el niño se despertara. Se había portado muy bien con su hijo, atento y educado y había jugado con él en el parque y ella se emocionó, pero Gaby, no se dio cuenta.

Cuando se fue del apartamento, le dio un beso demasiado largo, que ella tomó como despedida. Así que tenía que volver a empezar.

El lunes, cuando comían en el trabajo, Gina, le contó toda la historia de ellos a Abril.

-¡Madre mía Gina, esto es de locos! ¿De verdad es el padre de tu hijo? Es una historia tremenda.

-Lo he pasado muy mal, la verdad. Saber que no me recuerda... Ayer hicimos el amor, y el sábado también, pero tal como lo conozco, ahora tendrá una dualidad de sentimientos. No quiere tener una mujer sola. Así que me apuesto a que no me llamará. Pero pienso ir al local de moda el sábado.

-Es una pena que no recuerde nada, ni a su hijo siquiera. Pero no te preocupes, quizá algún día te recuerde.

-No te preocupes, si no me recuerda, prometo enamorarle. La primera vez surgió así de repente, pero esta lo enamoraré, como me llamo Gina. Y Gaby tendrá a su padre.

-Admiro tu valor amiga. Me gustaría mucho que así fuera.

-Bueno cuéntame tú, ¿qué tal anoche?

-Patrick me gusta. Hemos quedado para salir.

-No te preocupes. Yo casi prefiero ir sola, no quiero que le cuentes a Patrick nada aun. Son amigos y quiero enamorarle de nuevo. Es mi hombre y el padre de mi hijo y te juro que seremos la familia que él quería. Aún guardo el anillo de compromiso.

-¡Es precioso y muy caro!, Patrick me dijo que era millonario. Es muy rico Gina.

-¡No lo puedo creer! Eso encaja. Me pagó todo. De todas formas, no me he gastado su dinero. Si las cosas no salen bien, se lo devolveré. Puedo criar a mi hijo sola. Aquí tengo más oportunidades que en Montana.

-Bueno, vamos al trabajo o nos echarán.

Como ella había previsto, él no la llamó en toda la semana y ella tampoco lo llamó a él. Él tenía que dar el paso.

Si no quería volver a verla, pues nada. Y si pensaba que porque su amigo Patrick salía con Abril, ella se iba a quedar en casa sola, iba listo.

El sábado, volvió a contratar a la canguro, pero esta vez, comió en casa y salió más tarde. El taxi la dejó en el local de copas.

Llevaba otro vestido, esta vez blanco, estrecho hasta por encima de las rodillas, con tirantes y cuello que dejaba asomar parte de sus senos. Era un vestido erótico que le quedaba genial. Tacones altos rojos y bolso rojo. Se maquilló y se recogió el pelo atrás con unas horquillas. Estaba preciosa.

Cuando entró en el local, brillaba. Pronto tenía a unos cuantos moscones en la barra mientras pedía su *san francisco*. A través del espejo de la barra, lo vio. Estaba sentado con una rubia de piernas largas y sus miradas se cruzaron.

Ella recogió su bebida como si no lo hubiese visto, como si fuese un desconocido y se dirigió a uno de los asientos que había. Se colocó de espaldas a él, para que no pensara que iba detrás de él.

Gaby, se sintió molesto. Ni lo había llamado por teléfono y ahora hacía como que no lo conocía de nada. Eso era en realidad lo que él pretendía, ¿o no?

Se le acercó un hombre alto y moreno. Divertido y educado, que estaba de paso por la ciudad, según le dijo. Había venido a una reunión de negocios.

Ella, le dijo que esperaba a alguien, pero que no le importaba hablar con él mientras.

Era una estrategia por si el hombre en cuestión era el pesado de turno y quitárselo de en medio. Se había sentado de forma que le daba la espalda a Gaby. No quería verlo con otra y debía hacer que le era indiferente.

El chico se sentó con ella y entablaron una conversación y al cabo de un cuarto de hora, la sacó a bailar.

Estaba bailando con ese hombre, que debía irse pronto, pues debía tomar un avión, pero hasta le dio un poco de pena, pues era muy interesante, cuando alguien le tocó en el hombro...

-Lo siento, esa es mi chica. Siento tener que decirte que voy a bailar con ella. El chico, pensando que era la persona que esperaba, la saludó con un beso.

-Encantada Gina.

-Encantado Luc, que tengas buen viaje.

Gaby la tomó fuerte en sus brazos y se pegó demasiado a ella.

-¡Hola! Pequeña.

-Pensé que estabas acompañado.

-O sea que me has visto.

-Claro, pero yo no suelo molestar cuando alguien está acompañado, como otros.

-Estaba acompañado, sí. Pero he cambiado.

-Como nuestros amigos salen juntos, pensé que irías a por tu tipo. Así que yo tengo que buscar el mío. Lástima que éste local me guste como a ti, pero si no quieres verme, siempre puedes cambiarte a otro.

-No pienso cambiarme de local.

-Bueno, como quieras. Yo no quiero molestarte. No me debes nada.

-¿Qué llevas debajo? -acercándose peligrosamente a su sexo.

-No cambies de conversación. Debajo de qué...

-Del vestido. De qué va a ser.

-Nada, como siempre. He pensado que puedo ser como tú, buscar un chico cada semana. Debe ser divertido y no tengo que darle a nadie explicaciones. Estoy soltera.

-Pero tienes un hijo...

-Y una canguro muy buena. Y tengo necesidades.

-Puedes llamarme para eso.

-¡Qué vanidoso! Prefiero la variedad, como tú.

Y la apretó con más fuerza. Estaba enojado.

-¿Estás enfadado? -preguntó animada.

-¿Por qué iba a estarlo?

-Eso, por qué...

-Siento no haberte llamado. Tenía ganas de hacerlo. He sido un maleducado- se sinceró Gaby.

-No, has sido como tú eres. Y ya te lo he dicho, no nos debemos nada. Yo tampoco te he llamado. Pero es que no llamo a ningún hombre nunca, jamás.

-¿Eres antigua para eso?

-Sí. Me gusta que el hombre venga tras de mí. Y a ti te gustan que las mujeres te persigan, así que vamos a coincidir muy poco. De todas formas, yo ahora salgo en este plan, pero si encuentro a un hombre que me complementa en todos los sentidos, vamos a coincidir menos todavía. No suelo venir a estos locales. Soy más familiar. Me gusta más cenar o ver un espectáculo o quedarme en casa. Pero reconozco que ligar no está mal.

-Aquí vienen hombres ricos.

-Lo sé. Y mujeres que buscan hombres ricos, pero yo no soy una de ellas. Vengo porque me

resultan más interesantes y más cultos, para tener relaciones sexuales.

-Quiero comprobar qué llevas debajo.

-Otra vez cambiando de tema.

-Estoy excitado. Ya sabes cómo me pones y lo estás notando. Hay reservados. ¿Vamos a uno?

-Deja que coja mi bebida...

Él tomó un reservado para dos y en cuanto entró, la cogió y la sentó en sus piernas besándola y metiendo la mano entre sus muslos comprobó que no llevaba nada.

-¡Vas a matar a cualquiera si sales así!

-Es la segunda vez que salgo. Y la segunda que coincidimos. Sólo puedo matarte a ti.

Le bajó los tirantes del vestido y mordisqueó sus pezones. Sabía tan bien..., con una mano le cogía la cintura y con otra movía su sexo hasta conseguir que tuviese un orgasmo. Quería demostrarle que era un hombre al que ella le seguía, al que le respondía con su cuerpo a la perfección.

Eso, le producía un gran placer. Se abrió el pantalón y sacó su miembro erguido y listo para ella, se colocó un preservativo y le abrió las piernas de forma que se quedó frente a él.

La levantó y se introdujo en ella, le seguía besando los pezones y moviéndose hacia adelante y atrás hasta que alcanzaron un clímax excitante. Cuando acabaron ella se sentó a su lado.

-Eres preciosa, me encanta tocarte y sentirte húmeda.

-Y tú eres insaciable -tuvo la sensación de que esa frase ya la había escuchado antes.

Luego pidieron otra bebida y charlaron del trabajo, le preguntó por el pequeño y eso a ella le gustó.

Cuando llegaron las dos, ella dijo que debía irse. Que iba a tomar un taxi, pero él, quiso acompañarla como el sábado anterior. Cuando llegaron a la puerta de su edificio, él la miró y le dijo.

-¿Me dejas quedarme? Prometo no tocarte.

-Pues entonces no puedo dejarte. Si subes es para que me toques.

-Eres graciosa.

-Eso me han dicho alguna vez. ¿Sin condiciones?

-Sin condiciones, ni ataduras Gina.

-Entonces sube.

Le pagó a la canguro y estuvieron haciendo el amor, hasta que se quedaron dormidos. Para él era la primera vez que se quedaba a dormir con una mujer, pero le encantaba abrazarla y sentir sus pechos sobre el suyo. Eran preciosos y llenos y su piel era delicada.

El niño se despertó y ella tuvo que levantarse. Había dormido poco, pero estaba llena de energía.

Él seguía durmiendo cuando ella le dio de desayunar al peque y recogió la casa e hizo la colada. Como todos los domingos.

Así que cuando Gaby se levantó. Desayunaron juntos. El peque, se quedó un poco sorprendido, pero lo reconoció y quiso que lo tomara en brazos y él lo cogió y jugó con sus juguetes, mientras Gina, recogía el dormitorio, que era lo que le quedaba. Se duchó y se vistió para sacar al peque.

-Bueno, ya he terminado, voy a sacarlo al parque. Es su momento.

-¿Quedamos para comer?

-Quieres comer con una madre soltera, ¿no solo sexo?

-No seas irónica. Te estoy invitando. Voy a casa a ducharme. Necesito un par de horas más para dormir porque me has matado esta noche y te recojo en el parque a las dos.

-Perfecto, pero no quiero que sientas obligado por nada, de verdad.

-No me siento obligado, me apetece.

-Bueno, en ese caso nos vemos.

La besó al salir y al peque y se fue a casa. A las dos, la recogió en el parque y repitieron lo de la anterior semana.

A pesar de todo, de tener Gina un hijo, le gustaba tanto hacer el amor con ella... No sabía si estaba cometiendo un error, ya que él no quería ataduras familiares, y menos con hijos, y mucho menos con hijos que no eran suyos.

Si la cosa se le iba de las manos tendría que cortarla radicalmente y volver a su vida sin complicaciones, por mucho que esa rubia le gustara.

CAPÍTULO SEIS

De empezar a salir sólo los sábados y domingos, pasó a llamarla a diario. A veces algunos días, pasaba por su casa a tomar café por la tarde, cuando acababan el trabajo y se acostaban juntos. Luego cenaban o pedían cena y se iba a su apartamento temprano.

Los fines de semana, salían los viernes y los sábados. A veces, salían con sus amigos, que salían ya como una pareja.

Ella solía ir al parque los sábados y domingos por la mañana y comía fuera con el peque los domingos.

Él se apuntó a las salidas y por las noches del fin de semana. El viernes, se acostumbraron a trabajar un poco por la noche.

Gaby se llevaba el trabajo a su casa y cuando el niño dormía aprovechaban para hacer el amor.

Cenaban en casa de ella, que cocinaba muy bien, según decía él. Le ayudaba a hacer la ensalada o lo que fuese.

O pedían comida para llevar. Los sábados salían a tomar una copa o a cenar y él nunca la dejaba pagar.

Se enfadaba con él, porque ni cuando pedían comida le dejaba pagar. Además, le compraba juguetes al niño y ella le decía que no quería malcriarlo.

El niño, lo tomó como referencia paterna y él lo llevaba en brazos. A veces los invitaba a su apartamento, que era una preciosidad, pero ella tenía miedo de que el peque, le manchara las paredes o algo, por eso prefería estar en su casa. Allí también tenía el niño su espacio.

Así estuvieron casi cinco meses y ella le decía que si no se cansaba de ella. La historia se repetía.

-¿No te cansas de mí? -le preguntaba Gina.

-Me lo preguntas cuando no he recobrado la respiración.

-Sí, te lo pregunto. Estás cambiando tus ideales.

-Me gusta como estoy ahora, ¿a ti no?

-A mí también. Pero tú tenías una vida organizada, de mujeres y trabajo y no quisiera que te sintieras obligado con nosotros.

-Y dale con las obligaciones. No seas tontita, pequeña, estoy contigo porque me excitas. Todo el día estoy pensando en ti. No me canso y espero que tú tampoco lo hagas. O tendré que volverme un hombre de las cavernas celoso. Me gustas, me gusta tu cuerpo. Salimos desde hace cinco meses y no tenemos problemas. ¿Por qué te preocupas tanto?

-Tengo miedo, miedo de que nos dejes, de que me dejes. Lo he pasado mal en el pasado, ya lo sabes.

-La vida no te da un cheque en blanco, Gina. De momento no pienso renunciar a ti. Si quieres ponerle nombre a lo nuestro.

-No, no es eso. No te pido nada. Al contrario, te mataría cuando no me dejas pagar nada.

-No quiero que gastes. Tienes un hijo, y un sueldo muy por debajo del mío. Además, mi empresa gana dinero asesorando a mis clientes ¿qué tipo de hombre sería si dejase que pagaras?

-Un hombre normal, que comparte, no uno como tú.

-¿Tienes queja de algo?

-Ninguna. Me gustas demasiado.

-Así puedes comprarte ropa interior sexy. Aunque tampoco te hace falta. Nunca llevas... -¡Que tonto! Claro que llevo. Lo hago sólo los sábados cuando vamos al local. Aun me gusta ponerte a tono.

-Ven aquí, que estoy a tono ya...

Lo que le provocaba una gran angustia a Gina, era no poder decirle que era el padre de Gaby.

Él aún no había recordado nada y ella ya pensaba que no recordaría jamás, pero debía saber que era el padre de su hijo, que el niño era suyo de verdad.

Su amiga Abril, le decía que debía contárselo todo, que cuanto más tiempo pasase iba a ser peor. No podía esperar más. Pero le daba miedo después de tanto tiempo.

Su amiga, por el contrario, salía con el amigo de Gaby. Ella y Patrick, se habían convertido en inseparables y estaban pensando en irse a vivir juntos.

Estaban enamorados. Al menos ellos tenían claros sus sentimientos y hablaban de ellos.

Pero en su relación o lo que tuviese con Gaby, no. No hablaban de sentimientos, pero ella tenía que decírselo, cuanto más tiempo pasaba, sería peor para ella y él no se lo perdonaría.

Y ella estaba tan enamorada como el primer día que lo vio entrar en la cafetería de Ditton.

No podía esperar más, su amiga Abril tenía razón. Se lo iba a contar y si quería dejarlo con ella, que lo dejase.

Y así se lo dijo a su amiga Abril, un viernes que estaba comiendo en la sala en la hora de comer, porque estaba llegando al límite.

-Se lo voy a decir esta noche cuando venga a casa. Cuando el niño esté dormido. Tengo miedo amiga.

-Aunque tengas miedo, debes hacerlo, debe saber que es su padre de verdad. Si no recuerda nada, que es lo más normal, no pasa nada. Pero yo ya te he dicho miles de veces que tienes que decírselo. Es su hijo y debe saberlo y hacerse cargo de sus responsabilidades. Además, tiene su nombre y apellidos.

-Me va a dejar y no lo soportare.

-Eso no lo sabes hasta que se lo digas.

-Ya me han dejado dos veces, amiga -le dijo con cara compungida.

-Como si te hubiesen dejado veinte. Esto es distinto. Lo sabes. Te corresponde decírselo, y a él tomar sus propias decisiones.

-Tienes razón. Me siento cobarde.

-¿Cobarde tú, que te lo ligaste en una noche?, no me lo creo.

-Esto es distinto. Pero como tú dices, he de hacerlo. No puedo más. Ya te contaré.

-Si necesitas llamarme lo haces, sin dudarlo. A la hora que sea.

-Gracias amiga -y se abrazaron y volvieron al trabajo.

Cuando llegó la noche, estaba temblando. Él llegaría en unos momentos y el niño aún no se había dormido.

Parecía que los astros se unían para no ayudarla. Estaban a días para celebrar Acción de Gracias y se temía que iba a celebrarlo de nuevo sola.

Gaby llamó a la puerta, más tarde de lo que ella pensaba, y el niño por fin se había quedado dormido y en cuanto ella abrió, la cogió por la cintura besándola antes de que ella cerrara. Era así de impaciente.

-Eres un impaciente. No me dejas ni cerrar, loco.

-Es que te deseo. Ayer no nos vimos y quiero tenerte antes de cenar. ¿Ya has hecho la cena? O pedimos algo...

-Sí la tengo hecha. Pero tenemos que hablar después.

-Uy, uy, bonita, eso me suena a palabras mayores.

-Sí, muy mayores

-¿Estás triste, sería?

-Un poco, la verdad.

-No te preocupes, cualquier cosa la resolveremos juntos.

-Eso espero.

-Nada es tan grave como para no hacerlo -y no dejaba de tocarla mientras ella iba a la cocina a poner la mesa.

-¿Ya se ha dormido el pequeño?

-Sí, ha tardado, me tenía los nervios de punta.

-¡Pobrecito!, ay que ver qué madre eres...

-Claro, encima...

-Eres una madre estupenda bobita -y la besaba en el cuello y ella no podía resistirse.

-Vamos a comer anda, deja.

-¿Quieres que te deje? -mientras metía las manos entre su falda de vuelo y le acariciaba las caderas por detrás buscando su centro húmedo y ella abría las piernas...

-Ummm, así me gusta. Y le apartó el tanga y se abrió el pantalón y se puso un preservativo y la embistió desde atrás

-Oohhh. Nena no puedo aguantarme, contigo nunca puedo. Si me esperas con una falda o un vestido...

-Y empezaron a gemir mientras ella se agarraba a la encimera y él la sujetaba por detrás para entrar dentro de ella hasta el fondo, como locos y a llegar donde llegaban como una explosión de fuego y sexo.

-Dios pequeña, te deseo tanto... Me tienes como un adolescente, y han pasado ya unos meses y no se me quita esta calentura con lo pequeñita que eres.

-Calla, no seas bobo. Déjame recuperar la respiración y comamos.

-¿Nos echamos un poquito en el sofá antes?

-Vale.

Pero echarse en el sofá significaba tener más sexo. Ella lo sabía y se lo hizo con la boca y él se moría de placer y entró en ella de nuevo como un loco poniéndosela encima.

-Sabía que esto no era para recobrar la respiración, sino para alargar la cena -dijo ella sofocada.

-¡Qué tontita! ¿No te gusta?

-Demasiado y lo sabes.

-Así me gusta.

-Eres irresistible para mí, desde la primera vez que te vi.

-Para mí no, fuiste un incordio.

-Pues para ser un incordio bien que fuiste tras de mi al baño.

-Me pusiste cachondo y tuve que vengarme.

-Será que te pusiste tú.

-Me dijiste unas cosas y me tocaste bajo el mantel, descarada.

-Fue la primera vez que hice algo así en mi vida.

-Y espero que de momento, no lo hagas con otro. Conmigo cuando quieras. Sin pasarte. Que luego tengo que salir y se me notaría.

-Anda vamos a comer ya de verdad. Que tenemos que hablar.

-Me tienes intrigado.

-Sí, lo que voy a decirte me va a poner triste y no sé cómo te lo vas a tomar.

-Joder, me tienes en ascuas pequeña.

-Cuando comamos.

Y cenaron y hablaron del trabajo. Cuando terminaron, ella hizo un café y se sentaron en el sofá de nuevo.

-Venga suéltalo ya.

-Está bien. No puedo aguantar más Gaby. Tengo que decírtelo

-Decirme qué...

-Eres el verdadero padre de Gaby. Tiene tus apellidos. Sé que no recuerdas nada y que quizá no lo recuerdes. Pero voy a contarte el tiempo que has perdido en tu vida y en tu cabeza y dónde estuviste y lo que te pasó. Yo lo sé.

Él se quedó muy serio

-¿El niño es mío de verdad?

-Sí. Es tu hijo de verdad.

-¿Y por qué no me lo has dicho antes?

-Por miedo, pero el primer día, en el restaurante, te lo dije, que era tu hijo, tiene tu apellido, tu pelo y tus ojos.

-¡Dios Gina! No sé si enfadarme o matarte o qué voy a hacerte -se levantó del sillón como un león enjaulado.

-Siéntate. Aún no he terminado. Cuando termine, puedes hacer lo que quieras.

-¡Está bien!

-Cuando llegaste a Ditton, el pueblo de Montana donde yo vivía, me alquilaste un apartamento encima de una casa que tengo allí. El único que había en el pueblo para alquilar, aparte del motel. Me dijiste que querías paz y que eras de Nueva York. Habías ido a visitar a tus padres a San Francisco, antes de ir allí. Eso me lo dijiste después. Yo trabajaba 10 y 11 horas diarias de lunes a domingo en la cafetería, porque mi primer novio me hizo vender la casa de mis padres en un pueblo cercano. Ellos murieron cuando yo tenía 18 años. Y nos mudamos a Ditton. Me hizo comprar la casa, pero se fue un día con mi dinero, el de la casa de mis padres y me dejó con la hipoteca por pagar. Así que tuve que trabajar todas esas horas. Y apareciste tú un día y me alquilaste el apartamento y me invitaste a salir al cabo de tres meses a bailar y esa noche hicimos el amor y ya fuimos inseparables -El la escuchaba anonadado. Con la boca abierta y sin poder recordar nada- creaste una empresa de asesoramiento o eso dijiste, hiciste que yo me sacase el carnet de conducir y me compraste una camioneta de segunda mano para trabajar, me la regalaste por mi cumpleaños.

-Pero, pero...

-Espera. Me apuntaste a un curso de contabilidad y a otro de finanzas y me lo saqué en unos meses. Y dejé la cafetería, me enseñaste a hacer un buen currículum, y conseguí quince clientes. Y dejé la cafetería. Éramos felices y vivíamos juntos. Tú te dedicabas a hacer gimnasia a descansar y a tu empresa y yo a mis clientes.

-No recuerdo nada Gina... No me veo trabajando ni siendo feliz en un pequeño pueblo.

-Quisiste pasar Acción de Gracias con tus padres y la Navidad y cuando te fuiste yo me enteré de que estaba embarazada, y tuve mucho miedo. Al volver, yo estaba ya gordita y me regalaste

esto como regalo de Navidad, la llave de tu corazón -ella lloraba mientras le contaba esto a Gaby. Se sintió vulnerable y soltó unas lágrimas. Me dijiste que no me lo quitara nunca y no lo he hecho. Y este anillo de compromiso.

-¿Te regalé un anillo?

-Sí, el que llevo puesto siempre. Antes de saber que estaba embarazada. Te enteraste cuando volviste, pero ya me habías comprado el anillo en San Francisco. Querías a tu hijo, remodelaste la casa, la pintamos, les compramos muebles nuevos, y pagaste la hipoteca, pusimos la casa a nombre de los dos, nunca quise que me la pagaras sin nada a cambio. Así que tenemos una casa en Ditton preciosa con un apartamento arriba para pasar las vacaciones.

-Y por qué...

-Metiste dos millones y medio de dólares en mi cuenta para el niño, sin yo saberlo. Me enteré después de la gran cantidad que metiste. Dijiste que era para meter los gastos del niño, pero ahora sé que es para que no supiera que tienes mucho dinero, para que no te mirara de forma diferente. Fuiste muy generoso. Pero tengo tu dinero intacto. Yo puedo criar a mi hijo. Cuando quieras te devuelvo el dinero. Tengo para pagar mi alquiler, la guardería y criar a mi hijo yo sola.

-Eso no me importa ahora -dijo todo serio.

-El resto ya lo sabes. Un día fuiste a ver a un cliente a Helena y tuviste un accidente y te busqué por todos lados. Tuve un parto precipitado debido a la ansiedad que me produjo no encontrarte ni saber nada de ti, y además fue un parto difícil. Y cuando me recuperé hablé con el resto de hospitales que me quedaban por mirar y hablé con tu neurólogo. Y esperé y esperé a que volvieras a por nosotros, a que recuperaras la memoria. Pero nunca lo hiciste y un día me enteré del dinero que tenía en el banco y lo que yo ahorré hasta que nuestro hijo cumplió un año y entonces solicité un puesto aquí, y vine a buscarte. Ahora ya me gusta vivir aquí. Tiene más posibilidades para mi pequeño.

-Gina... esto es surrealista. Yo no recuerdo nada, no te recuerdo y no tengo la sensación de que sea mi hijo. Lo quiero porque es tuyo, es un chico bueno, pero yo, yo no...

-Te devolveré el dinero.

-No me lo vas a devolver. Es tuyo. Si te lo di, es por algo. Y como no lo recuerdo... No sé qué pensar, Gina. Esto es... no, no estoy preparado. Son muchas cosas. Tiene sentido la historia, pero... Tengo que irme. Te llamaré. Tengo que pensar- dijo de pronto. Se levantó y salió de su casa.

La tercera vez que la dejaba. Sabía que era el fin...

Y lloró porque sabía que Gaby, pensaría en todo eso y se apartaría de ella. Ahora para siempre, con o sin memoria...

Y llamó a su amiga Abril, que estaba con Patrick en casa.

-¡Hola amiga! ¿Qué tal ha ido?

-¿Te molesto?

-No mujer, hemos terminado de cenar, ¿qué tal?

-Se lo he contado todo

-¿Y?

-Creo que ha sido un shock para él. No me ha dicho nada más que no recuerda nada y se ha ido. Ya no creo que vuelva.

-Vamos amiga, no te preocupes. Es su hijo y lleváis cinco meses saliendo juntos en esta segunda vez. Tiene que pensar. Dale tiempo y no lo llames. Ya pensará en todo él solo. No es cuestión de que recuerde, sino de que piense en ti y en Gaby como la familia que sois. Necesita espacio y tiempo, dáselo. ¿Puedo contárselo a Patrick?, lo tengo aquí en ascuas.

-Sí, puedes, de todas formas, Gaby se lo contará también.

-Un beso amiga y descansa este fin de semana. No pienses tanto y ponte en su lugar, es mucha historia para no poder recordar nada.

-Sí, lo haré, un abrazo.

Patrick, miró a Abril, con cara de interrogación, cuando ésta colgó el teléfono y le contó toda la historia de ellos

-¡Dios mío!, ¿entonces es su hijo e iba a casarse con ella?

-Sí, así es. Ella lo ha pasado sola con su hijo y muy mal y vino en su busca, pero no recuerda nada y ya está desesperada. Pensó que viniendo, él recordaría, pero pasan los meses y nada.

-Joder, qué palo. Va a tener que superarlo. Es una historia tremenda. No sé qué haría yo en su lugar.

-Casarte conmigo.

-Lo más seguro cielo.

-Te amo -besándolo.

-Yo también morenita.

-Esperemos que les salgan bien las cosas.

-Sí, de todas formas espero que me llame. Seguro lo hará mañana por la mañana.

-Bueno, si te llama hablas con él tiempo que sea necesario, te va a necesitar y eres su amigo.

-Eres una mujer estupenda.

-Y tú un buen amigo y sabrás escucharlo ahora que lo necesita.

-De momento voy a hacer otra cosa.

-No me lo digas...

CAPÍTULO SIETE

Cuando Gaby, llegó a su casa, iba enfurecido, rabioso e impotente por no recordar nada.

Pero ya sabía la historia de ese año y pico que estaba en blanco. Pero casi prefirió no saberlo. Estaba a gusto con Gina y su hijo, su vida.

Pero ahora el niño era suyo, y eso era algo distinto. Él nunca tuvo instinto paternal, no le gustaban los niños, le gustaba Gaby porque era de Gina y era un niño muy bueno y cariñoso, y recordó cuando la primera vez que fue al parque, la señora de la pelota le dijo que era igual a él.

Y lo era, su mismo pelo castaño y con los ojos grises y en cierta manera se le parecía.

Si todo había pasado como decía Gina, ella había sufrido mucho y la habían abandonado dos veces, la segunda él, embarazada y sola.

Había esperado sola un año, con su hijo y había ido en su busca. Seguro que sabía en qué empresa trabajaba y lo había encontrado. Por esa razón vivía cerca de él.

Bueno su empresa estaba cerca. Estaba hecho un lío. Tenía un hijo y una mujer con la que había vuelto a salir y con la que estaba comprometido sin saberlo.

Ella no buscaba relaciones esporádicas de una noche ni hombres ricos, las primeras veces que salió, lo buscó a él, por eso hizo el amor con él.

Dios... era una locura. Había ido a por él a Nueva York. Habría que reconocer que esa pequeña conseguía lo que se proponía.

A él le encantaba y en cuanto entró en ella, ya fue su pecado. Un vicio y eso podía preverlo ella, porque seguro que pasó lo mismo allí en ese pueblo.

Estaba loco por ella, pero el problema era... ¿Qué iba a hacer al respecto? Estaba enfadado con ella, porque habían pasado cinco meses y no le había dicho nada del niño.

Necesitaba hablar con su amigo Patrick. Era tarde y estaría con Abril, pero solo lo llamaría para quedar con él al día siguiente.

Y eso hizo. Lo llamó y quedaron para comer a mediodía. Cuando terminaron de hablar, Patrick, le dijo a Abril

-Mañana al mediodía. Lo sabía.

-¿Eres un adivino?

-¡Ven aquí! ¿Por dónde íbamos...?

Estuvo toda la noche pensando en Gina y en su hijo y por más que pensaba no se veía en un ambiente familiar.

Se veía con Gina como hasta ahora, cada uno en su casa y él, pasando a hacerle el amor cuando tenían ambos tiempo, sobre todo él. Quería a su hijo, pero no sentía la paternidad.

No podía hacer su vida como la hacía su amigo Patrick, que ya estaba pensando en vivir con Abril.

A él, sin embargo, no le apetecía esa vida. Él salía con Gina porque lo excitaba demasiado y era un vicio, y se sentía distinto con ella y era agradable salir y tener a una persona para él solo. No tener complicaciones ni ataduras.

Tener relaciones y estar bien. Era una chica preciosa, pero no iba a formar una familia. No

estaba hecho ni preparado para eso, al menos por ahora.

Pensó en cortar su relación con ella y con el chico, pero le remordía la conciencia saber que era suyo.

¿Y si lo había engañado...? también había pensado en ir a Ditton, ese pueblo donde ella dice que estuvo e indagar. O hacerse una prueba de ADN, pero prefería pasar por el pueblo, porque si le pedía una prueba. Ella no se lo perdonaría jamás si lo era, que era lo más probable. Gina, no le mentiría en una cosa así.

Lo que tenía claro es que no iba a vivir con nadie y con niños menos, aunque fuese suyo.

Podía salir con ellos algún día al parque, y si ella quería, pasarle una manutención, pero nada más y por supuesto, no le pediría el dinero que le había dado.

Le costó dormirse y estaba deseando cuando se levantó al día siguiente de hablar con su amigo.

Quedaron en la cafetería de al lado de su edificio. Y pidieron un menú. Era sábado y Patrick lo vio muy preocupado.

-Lo sé todo amigo.

-¿Cómo lo sabes?

-Pues lo sabe Abril, me lo ha contado todo. Ahora te toca a ti, ¿qué tal te ha sentido tener un hijo?

-De ninguna manera.

-¿Qué dices tío? Es igual a ti, es tu hijo, ¿es que no te vas a hacer cargo de él?

-Sí, si quiere, le pasaré una manutención y si alguna vez tengo que llevarlo a algún lado, al parque...

-Pero Gaby, tío, no te reconozco. ¿En serio me estás diciendo esto?

-Sí, voy a dejar de verla. Lo he pensado bien.

-No me lo puedo creer. ¿En serio? No te reconozco.

-No soy un hombre de familia.

-Yo tampoco, pero tenemos una edad ya. Yo estoy enamorado de Abril y le he propuesto vivir juntos. Si nos va bien, me caso con ella.

-No he nacido para estar casado.

-¿Y qué piensas hacer, seguir tu vida como antes?

-Era buena. Me gusta mi vida y mi libertad.

-No sé chico. Si Abril tuviera un hijo mío, no dudes que lo iba a cuidar y no iba a dejar que otro tío lo cuidara o lo educara, que es lo que va a pasarte si los dejas. Es tu hijo y me sorprende que viniendo de dónde vienes...

-No te pases. No toques ese tema. No es lo mismo.

-No te lo digo en ese plan, pero dejar a tu hijo... Bueno, bueno, tú verás.

-Hablaré con ella cuando venga del parque. Lo he pensado mucho. Ahora mismo no necesito eso en mi vida. No puedo.

-Pues espero que cuando te des cuenta, no sea demasiado tarde y hayas perdido a la mujer con la que más feliz te he visto en la vida.

-Bueno. He tomado mi decisión por ahora. Más adelante veré. Todo ha cambiado. He pasado unos meses estupendos con ella, pero de verdad que no puedo.

-Joder...

Cuando supo que Gina, había vuelto con el pequeño, llamó a su puerta. Su hijo estaba durmiendo y ella lo hizo pasar.

-¡Hola Gina! -y esa forma de hablarle, no era buena. Ella se temió lo peor.

-¡Hola Gaby! Pasa -ni un beso. Malo.
-Tenemos que hablar.
-Muy bien, ¿quieres café?
-No gracias.
-Bueno siéntate al menos. ¿O me lo vas a decir de pie?
-Mira Gina, me gustas mucho, desde el principio, desde que hicimos el amor en el baño del restaurante -ella ya sabía que la iba a dejar, faltaba el “*pero*” y se sintió morir. Eso no podía estarle pasando a ella, con lo que había luchado por él.
-Sí, ya sé, pero...
-Ahora no puedo de verdad. No puedo tener una relación en serio contigo.
-O sea que hemos salido cinco meses en broma. Nuestro hijo también es una broma para ti, y el tiempo que pasamos en Ditton, aunque no lo recuerdes, es una broma.
-No es eso, me gustas mucho, la verdad, pero saber esto, me hace tener que recomponer mi vida en una dirección para la que no estoy preparado.
-Bien, pues nada. Ha sido bonito mientras duró -le dijo con el corazón destrozado.
-¿Y el niño?
-No pasa nada con el niño. Es mi hijo.
-Quiero que me des una cuenta. Voy a pasarle una mensualidad. Bueno, tengo la cuenta de Ditton tuya, de cuando te hice la transferencia, si no la has cambiado...
-No, no la he cambiado, pero no necesito tu dinero para nada.
-No es para ti, es para el chico. Sólo te pido que, si alguna vez quieres o tienes que ir a algún lado, puedo quedarme con él.
-No gracias, tengo una buena chica que me lo cuida.
-Siento no poder estar ahora mismo. Necesito pensar un tiempo y no te pido que me esperes, la verdad. No te voy a hacer perder el tiempo.
-No te preocupes, no voy a esperarte. Ni a ti ni a nadie -eso le dolió a él -en cuanto a mi hijo, despreocúpate, -ah espera.
Y entró dentro del dormitorio y le dio una llave.
-¿Y esto?
-Es la llave de la casa de Ditton. Yo tengo otra copia, por si quieres ir alguna vez. Si vas, espero que me mandes un mensaje para no ir yo y coincidir. Puedes llevar a quien quieras, yo haré lo mismo.
-Te lo estás tomando demasiado bien Gina.
-No mejor que tú. Pero segundas partes nunca fueron buenas, así que encantada de haber pasado estos meses contigo, y ahora si me disculpas... Tengo que salir a tomar una copa esta noche y tengo que arreglarme.
Y él se quedó con la boca abierta. No pensaría salir como antes de conocerlo, sola a un bar de copas a conocer a hombres. Bueno, él pensaba hacer eso, pero que ella saliera justo ese mismo día...
Gina, se levantó, y le abrió la puerta.
-Adiós Gaby. Suerte.
-Adiós Gina. Dale un beso al pequeño.

Había sido demasiado fácil, ella se lo había puesto muy fácil, nada de lloros, nada de reproches... y entonces, ¿por qué se sentía fatal?, ¿por qué tenía esos remordimientos de conciencia con ella y con su hijo?

Se iba a ir a casa y desde luego pasaría por el bar de copas, por si ella iba. Pero no fue.

Y él no lo pasó nada bien. Lo había hecho para darle celos. ¿Y si había ido a otro lugar para no verlo?

Gina pasó llorando todo el fin de semana. Abril, pasó por su casa el sábado por la tarde un rato.

Quedó en que Patrick pasaría a recogerla a casa de Gina. Patrick, le había contado a Abril lo que su amigo pensaba hacer durante la comida que tuvieron y esta, sabía cómo se encontraría. Su amiga, la consoló y le llevó una caja de bombones.

-No te preocupes tanto. Tienes a tu hijo y tienes que recuperar tu vida. Somos jóvenes y hay muchos hombres en el mercado. Ya mismo es Acción de Gracias, podemos celebrarlo juntos.

-Prefiero estar sola, no pienso celebrarlo.

-Bueno como quieras. Y luego tenemos cinco días en Navidad.

-Quizá vaya a Ditton a ver mi casa con el pequeño. Depende, si no es mucho ajeteo y veré mi cuenta corriente. Ya está mayorcito. Y viajar con él es mucho menos complicado, aunque el viaje es largo. Ya veré. Estoy tan triste amiga... Mi vida es una mierda, amiga. El padre de mi hijo no lo quiere. Es algo que no le perdonaré jamás. Que a mí, no me quiera bien, pero a mi hijo, eso me duele en el alma. Me he quitado su anillo y el medio corazón que me dio. Nunca lo esperaba de él. Cuando no creía que tenía un hijo, estaba y ahora que es suyo, no quiere.

-Creo que lo pensará bien. Necesita tiempo. Ya verás.

-No voy a esperarlo, tengo ya casi treinta años. No voy a perder mi vida. Saldré como él sale y conoceré a algún hombre interesante, te lo aseguro. En cuanto se me pase, voy a tomar las riendas de mi vida sin contar con ningún hombre, ni depender de ninguno ni esperar a ninguno.

-Me parece bien.

-Cuando llamaron a la puerta era Patrick, que venía a buscar a Abril. Abrazó a Gina y le dijo que lo sentía.

-Gracias Patrick, quizá sea lo mejor.

-Mi amigo es un imbécil, una mujer como tú y su propio hijo... Creo que no lo ha pensado bien.

-No me importa, de verdad. Creo que esto debe tener un fin. Llevo ya tres años detrás de él y ni uno más. Se acabó, fue muy claro y ahora yo, lo tengo más claro aún.

Después de ese fin de semana en que se le pusieron los ojos rojos e hinchados, y tuvo que ponerse unas gafas de sol para sacar al niño al parque, le empezó a invadir una honda tristeza, pero se dio una semana solamente, porque su hijo lo notaba.

Y estaba poco tiempo con él y no se lo merecía. Así que disfrutó más tiempo con su hijo. El que le había dedicado a Gaby ahora lo tenía con su hijo y eso hacía feliz a su hijo.

El mes siguiente anduvo como un zombi, pero se encontraba mejor. Lo echaba tanto de menos... Pero debía ser fuerte y recuperarse.

No lo había visto ni le había preguntado a sus amigos y menos a Abril. No quería saber nada de él.

La invitaron para Acción de Gracias, pero le dijo que no, porque Abril, le dijo que él iba a casa de Patrick, donde iban a celebrarlo.

Y no quería verlo y Gaby se quedó con las ganas de verla a ella y a su hijo. Pero no había vuelto a ponerse en contacto ni para preguntar por el pequeño.

¿Qué le pasaba a ese hombre? Ese no era el Gaby que conoció en Montana. Había visto su verdadera cara y no le gustaba nada. Solo había querido pasarlo bien con ella.

No quería verlo y no fue.

A primeros de diciembre cuando cobró su nómina miró en el banco y él le había ingresado mil dólares. Lo llamó y Gaby, le dijo que eso era para su hijo y colgó. No tuvo más conversación con él.

Se dio por vencida. Si quería mandarle mil dólares mensuales a su hijo, bien, era para su hijo y él hizo amago de hablarle o preguntarle y ella lo cortó.

La segunda semana de diciembre, quiso salir a tomar algo, no podía estar un mes encerrada.

Su amiga tenía novio, se había ido a vivir con Patrick y ella le había dicho a Abril que no quería saber nada de él.

Así que se empezó a recomponerse e incluso se encontraba positiva. Llamó a la chica que le cuidaba el pequeño y decidió salir a cenar y a bailar o tomar una copa.

Se vistió para matar. No iba a guardar luto a nadie. Dejó dormido al chico y tomó un taxi y fue a cenar al restaurante que había al lado del bar de copas al que habían ido siempre y entró.

Pidió una mesa cerca de la ventana para una sola persona. A su lado había un hombre de unos treinta y pocos años, alto y rubio de ojos azules que no estaba nada mal. Llevaba un traje impecable y la miró sonriendo. Se levantó y fue a su mesa al verla sola.

-¡Hola! Parece que estamos solos. ¿Te apetece compartir mesa?

-Bueno, no estaría mal, aunque no nos conocemos.

-Pues nos presentamos mujer. Soy Jim, treinta y cinco años, de Montana. Soy abogado y tengo un bufete aquí en Manhattan. Soltero y sin compromiso, ni hijos tampoco.

-¡Qué buena presentación!, anda trae el cubierto a mi mesa. Me llamo Gina. También soy de Montana, de Ditton, no sé si lo conocerás es muy pequeño y está al norte.

-Sí que lo conozco. Vaya somos vaqueros los dos, algo tenemos en común.

-Sí, eso parece. Tengo treinta años, soltera, pero tengo un hijo. Y no lo siento. Tampoco tengo compromisos.

-¿Y tu chico, qué edad tiene?,

-Casi dos años. Lo he dejado con una chica que me lo cuida. Hace más de un mes que no salgo y me apetecía salir a respirar algo y tener vida. Soy contable.

-Una mujer de números.

-Digámoslo así.

-Eres muy guapa y te lo digo sin adulaciones.

-Casi prefería una adulación.

-Bueno, pues adulándote.

-Ya no sirve, tú tampoco estás mal, ¿Como que no tienes compromisos o no estás casado?

-Soy un hombre exigente. No me gustan las salidas de una noche. Me gustan las mujeres auténticas y créeme, no quedan muchas que conozca. Prefiero una relación larga a una noche de sexo y si te vi no me acuerdo.

-Pues eso es raro en un hombre -y les trajeron la carta.

-Soy un hombre casero. No me gusta salir demasiado. Trabajo mucho y me gusta la tranquilidad. Pide lo que quieras, te invito, sin condiciones y sin pretensiones.

-¿Y si pagamos a medias?

-No mujer. Podemos quedar otro día y me invitas tú, o vamos después a tomar una copa.

-Vale. Creo que pediré carne esta noche. -Mirando la carta.

-¿No pides dos hojas de lechuga y un tomatito o una ensalada César?

-No, suelo comer.

-Vaya, me va a salir caro -ese hombre tenía unos ojos preciosos.

-¿Para qué me invitas entonces? –sonriendo -Estás a tiempo de arrepentirte.

Ese hombre tenía una sonrisa blanca y bonita. Se entendía con él como si se conocieran de toda la vida, quizá por el hecho de ser de Montana.

-¿Vives cerca? -le preguntó ella.

-Sí, a unas cuantas manzanas, y ¿tú?

-Unas pocas más, pero en esta misma calle.

-¡Qué bien! Y ¿cómo que te viniste de Ditton aquí?

-Allí no había muchas posibilidades y aquí encontré una empresa y estoy muy satisfecha. Guardería y oportunidades para mi chico. ¿Y tú?

-Estudié aquí y aquí me quedé, voy de vez en cuando a ver a mi familia, pero prefiero Nueva York.

-¿De qué eres abogado? -le preguntó ella, mientras se metía un bocado de carne.

-Derecho Penal.

-Vaya por dios. ¿Y si defiendes a un asesino?

-Intento que no, pero si se me cuele, es algo que no puedo evitar. Tengo que creer en mi cliente, como tú en los tuyos.

-Eso es cierto.

-¿Y el padre de tu hijo?

-No quiere hacerse cargo de él. Le pasa una mensualidad y con eso le vale. Pero estuvimos saliendo juntos. Es una larga historia.

-Tenemos tiempo.

-Pero no me apetece, perdona. No vamos a desperdiciar el tiempo en eso esta noche.

Al mirar alrededor lo vio. Allí estaba Gaby, solo, cenando en uno de los extremos del restaurante y la había visto y ella lo vio, pero lo ignoró.

Su cara no era precisamente agradable. Que se fuera al cuerno. Ella iba a pasar la velada con Jim, ¿qué se creía?

Jim, era muy agradable y conectaron muy bien. Hablaron de Montana, de sus trabajos y horarios.

Él trabajaba muchas horas y prácticamente descansaba los sábados y domingos. Ella le contó su rutina, sin mirar siquiera una vez a Gaby.

Lo que hacía los sábados por la mañana con su hijo y los domingos. A Jim, no pareció importarle que tuviese un hijo y a ella, eso le encantó.

Era guapo y elegante, era alto y sexy. No tan alto como Gaby, pero mucho más alto que ella.

-¿Te apetece café o nos tomamos la copa?

-Prefiero la copa.

-Pues vamos allá, ¿conoces el local de al lado?

-Sí, estuve un par de veces, hace meses con una amiga, pero ahora tiene novio. Me quedé sola para salir.

-Vaya, toda una pena, no para mí. Podemos quedar el sábado que viene. ¿Te apetece?

-Vale, sí, me apetece.

-¿Nos damos los teléfonos?

-Sí.

Gaby tuvo que ver cómo ella le daba el teléfono a ese chico guapo y rubio y sintió una rabia desmedida.

Cuando salieron del restaurante, Jim, le puso la mano en la espalda y ella lo miró y sonrió.

En el local, también Gina lo vio, pero si se acercaba lo iba a mandar con viento fresco, menos

mal que no lo hizo, pero se sintió controlada.

Si salía el próximo fin de semana con Jim le propondría ir a otro lado.

Con Jim, se tomó un par de copas, bailaron. Y se sintió bien en sus brazos. Este no era un hombre que la agarrara fuerte, era educado.

Acababa de conocerla y se lo pasaron bien. Una de las veces en que ella lo miró bailando, él, le dio un beso en los labios y le gustó. Sus labios eran cálidos y sabía bien y olía mejor que bien.

Era un local de hombres ricos, ya lo sabía, pero ella también lo era. Jim, dejó que ella pagara las dos copas porque si no, no iba a quedar a cenar el sábado siguiente, y tuvo que ceder, pero solo cedería esa noche. Un hombre de Montana no deja que pague una mujer.

-Gracias por esta noche Jim.

-Gracias a ti guapa. De estar solo, con tanto trabajo a pasarlo en tu compañía, hay un abismo.

-Lo mismo digo.

-Venga, te acompaño a casa.

-Puedo tomar un taxi.

-O podemos ir andando y tomar a mitad del camino un café. ¿Puedes andar con esos tacones?

-Sí, me he acostumbrado.

-Si fuese una mujer, no lo soportaría.

-Tienes razón. Reconozco que luego, me duelen los pies, pero me encantan los tacones.

-Donde se pongan una buenas botas vaqueras...

-El hombre de Montana.

Llegaron a una cafetería y se tomaron un café. Estuvieron más de media hora bromeando.

Y la acompañó a su edificio. Al despedirse, la cogió por la cintura y arrimó su boca a la suya y la besó y ese beso, no se pareció al que le había dado en los labios bailando, fue tierno y a medida que profundizaba su lengua en la suya, fue un beso sensual y erótico y ella sintió deseo, deseo por otro hombre que no fuese Gaby y lo abrazó por el cuello.

Cuando terminaron el beso, y él le dio otro en los labios, ella sintió en su vientre la excitación del vaquero de Montana.

-Ha estado bien la noche, Montana. Le dijo él.

-Yo también lo creo, vaquero.

-Te llamaré por las noches y quedaremos el sábado. No seré muy pesado.

-No lo serás.

-Bueno guapa. Hasta el sábado -y la besó de nuevo.

Y ella entró en su portal y más abajo en la oscuridad estaba Gaby miraba cómo ella rehacía su vida, mientras él, era el hombre más infeliz de la tierra.

Esperó a que saliera la chica que se había quedado cuidando a su hijo y al salir del portal él entró. Y llamó a su puerta.

Gina, pensó que era la chica, porque acababa de salir. Se le habría olvidado algo y abrió la puerta.

-¡Hola Gina!

-¿Qué haces aquí a estas horas, qué quieres?

-Verte y hablar.

-Tienes mi teléfono para eso.

-¿Puedo pasar?

-Sólo cinco minutos. Estoy cansada.

-¿Te lo has pasado bien?

-Muy bien gracias. Si esperas que vaya a darte explicaciones de lo que hago, estás muy equivocado. Así que dime...

-Me molesta verte con otros.

-Pues no salgas. Pero no te preocupes. No volveremos a ir donde vas tú, buscaremos otro lugar, y así el señorito no sufrirá.

-¿Estás saliendo con ese tío?

-Te he dicho que no te importa lo que haga y tú, ¿estás saliendo con alguien?

-No, no he salido con nadie ni me he acostado con nadie.

-Eso no me va ni me viene, con quien te acuestes. Te he preguntado por preguntar. Mira Gaby, a mí lo que me importa es mi hijo. Que no lo quieras es algo que no voy a perdonarte en la vida. Que no me quieras a mí, me da lo mismo la verdad. Pero al igual que tú, tengo que superar todo esto y si no estás dispuesto a querer a tu hijo, no vengas más, ni me mandes dinero.

-Gina...

-¿Qué quieres en realidad? -le dijo levantando la voz irritada.

-Quiero seguir como estábamos antes.

-Has perdido tu oportunidad. Te he dado dos. Me he enamorado de ti y me has utilizado para tus ratos libres. Ahora, me he vuelto exigente. Si quieres volver conmigo, tendrás que casarte conmigo.

-¿Estás loca? No quiero casarme. Con nadie, no eres tú.

-Sí, la verdad. Debo estar loca. Debí estar loca al creer en ti. Tú no eres el hombre que yo creía que eras. Ahora sé que sólo fui unos meses de sexo, que no quieres responsabilidades y que no me gustas nada. Quiero que te vayas de verdad. Esto no tiene sentido. Quiero que te lo pases bien, te lo deseo de corazón.

-¿Y tú?

-Yo me estoy recomponiendo, quizá te di más importancia o di más importancia a lo nuestro de lo que debía. Te perdí en Montana, ahí sí eras mi Gaby. Pero este Gaby de Nueva York, no me gusta. Lo siento. Y ahora, estoy cansada. Mañana llevo a mi hijo al parque y debo descansar.

-Quizá no deberías salir por la noche si te cansas... -no se lo podía creer.

-Quizá eres un cobarde y deberías meterte en tus asuntos. Yo, no me meto en los tuyos. Así que fuera de mi casa. Y no vengas jamás.

Gaby, se levantó y cerró de un portazo.

¿Pero quién se había creído ese cabrón que era ella? ¿Quién era ese Gaby y en qué se había convertido?

En Ditton era generoso y estaba enamorado de ella y quería a su hijo y era el mismo. Pero cuando volvió a Nueva York, sin memoria había cambiado para peor.

Los cinco meses que habían estado juntos, lo habían pasado bien, pero solo había sexo y salidas. Ahora lo entendía. Tenía sexo a mano y no tenía que buscarlo fuera.

No iba a echar una lágrima más por ese maldito egoísta que no le había ni siquiera preguntado por su hijo. Iba a seguir con su vida y se daría la oportunidad de salir con Jim.

Cuando Gaby salió de casa de Gina, se dijo que no quería saber nada de ella. Lo había insultado. Le seguiría pasando el dinero para el chico y nada más.

Ahora lo sabía. Estaba liberado de Gina e iba a seguir con su vida. Era aún joven y tenía vida por delante.

El lunes cuando se lo contó a su amiga Abril, la salida del sábado y que Gaby había estado en su casa, no se lo podía creer.

-Yo tampoco lo reconozco. Y Patrick, dice que tampoco. Él, pensaba que estaba enamorado de ti, y aunque no fuese así, su hijo qué.

-No voy a perdonarlo nunca.

-¡Es increíble!

-Tengo que hacer algo con mi vida y olvidarlo. No es la persona que yo conocí en Montana. Es totalmente distinto. Era cariñoso, me daba besos en el vientre. Quería a su hijo. No entiendo nada, de verdad. Estos cinco meses sí que han sido distintos, pero pensé que estábamos reconstruyendo algo y él solo se estaba divirtiendo y ahora se pone celoso.

-No sé Gina, de verdad. Yo que tú, no me complicaría la vida. Después de un mes y medio sin saber de él... Y me cuesta creer que no se haya acostado con ninguna, si lo dice, lo puedes creer.

-No se trata de eso, me importa poco con quien se acueste. Es como si hubiese visto una cara desconocida de él que no me gusta nada. Y no lo reconoces. Te desenamoras de repente.

-Sigue con tu vida y con tu hijo y si te ha gustado Jim, pues sal con él a ver qué tal. Si no te gusta, pues lo dejas. No se trata de más tarde o más temprano, sino de cuando surge la oportunidad.

-Eso voy a hacer y olvidarme de él. ¿Quieres creer que en este mes y medio desde que lo dejamos, no ha preguntado ni una sola vez por su hijo, ni ha querido llevarlo al parque ni nada de nada?

-Lo dicho, haz tu vida. Tu hijo te tiene a ti. Y con eso le basta.

-Gracias Abril y a ti ¿cómo te va con Patrick?

-Perfecto. Es perfecto. Al principio tenía algo de miedo por vivir juntos, pero estoy encantada y nos amamos. Pero me duele que no tengas lo mismo.

-Pero yo, me alegro de que tú lo tengas. Te lo mereces.

-Gracias. Te quiero.

-Y yo a ti. Pero tenemos que trabajar o nos echarán.

El siguiente sábado salió con Jim, de nuevo. Ella le dijo que fuesen a otro lugar y fueron, y cuando estaban comiendo, Jim, le preguntó:

-Y eso ¿por qué?, me refiero al cambio -era demasiado inteligente y no iba a engañarlo, le contaría la verdad. Toda. No quería comenzar una relación con secretos. Ella no era así. Si querían salir con ella, sería cómo ella era.

-El padre de mi hijo va donde nosotros y no me apetece verlo, la verdad.

-¿Nos vio el pasado fin de semana?

-Sí, en el restaurante y en el local de copas. Y no quiero sentirme controlada.

-Bueno, ¿vas a contarme la historia o debo esperar?

-No, te la contaré.

Y le conto todo, desde que perdió a sus padres, hasta la conversación que tuvo con él cuando Jim la dejó en el portal de su edificio, la semana anterior.

Jim, permanecía en silencio comiendo, mientras Gina, le contaba toda la historia.

Para cuando estaban en el postre terminó de contársela.

-¡Menuda historia!

-Sí, seguro que ya no te apetecerá que nos veamos más y lo entenderé.

-¿Lo amas?

-No, es como si se me hubiese caído la careta. Lo amé mucho, pero... En estos casi dos meses, me he dado cuenta de que eso no era amor. Por lo menos lo que hemos vivido en Nueva York.

-Bueno, si no lo amas, no pienso dejar de salir a cenar contigo o a bailar. Otra cuestión distinta

es que lo amaras. Que tengas un hijo, no me importa. Tendrás que presentármelo. Eso sí, si vamos a iniciar una relación no quiero tríos. Soy muy sincero porque me gustas mucho. Pero si lo quieres aún, yo me retiraré. Solo por ese motivo.

-Yo tampoco quiero iniciar nada sin conocer algo de tu vida. No sé nada de ti.

-Cuando te dije que estaba soltero, es que lo estoy, sin hijos ni mujeres. La última vez que tuve una relación fue hace seis meses. Y ya sabes que como no me gustan las relaciones de una noche, no me he acostado con ninguna en ese tiempo. Quiero que estés segura.

-No hay ninguna seguridad en la vida Jim.

-Me refiero a la seguridad de que no quieras volver con él cuando estemos juntos si llegamos a estarlo. Me gustas mucho.

-Tú también me gustas. Lo paso bien contigo. Pero creo que deberíamos esperar un tiempo y seguir conociéndonos. No quiero precipitarme, no por él, sino por ti. Y por mí.

-Eso me gusta más vaquera. De tu problema no quiero opinar. Pero si necesitas ayuda, sí. No me gusta partir de un problema para crear una historia.

-Me gusta tu forma de pensar. Eres increíble.

-Venga, no nos pongamos serios Montana, vamos a bailar un rato.

Jim, la llamaba a diario por las noches y pasaban un rato bromeando, él le decía Montana o vaquera y ella se iba ilusionando.

Jim, además de ser para ella un hombre sexy y guapo, con una mirada devastadora que te analizaba, tenía el pelo rubio y ligeramente largo, por el cuello y algo rizado. Se peinaba hacia atrás y a ella le encantaba.

Tenía una ligera barba de un par de días, olía bien, vestía mejor y lo que más le gustaba era que le atraía físicamente, tenían una confianza mutua de amigos.

Jim en Navidades, se fue a Montana. Habían salido unos cuatro fines de semana y se habían besado, y a ella le encantaban sus besos y cómo la cogía, aparte de eso nada más, no la había tocado ni habían hecho el amor.

Ella pensó irse a Ditton, pero al final, decidió quedarse a descansar y pasar la Navidad con su hijo en Nueva York.

En sus días de vacaciones, sacaba a su hijo a ver las calles decoradas y las tiendas decoradas tan bonitas y a comer con ella.

Hicieron un pequeño árbol y puso regalos para los dos y dejó uno para Jim. Una corbata. Le gustaban las corbatas y esta cuando la vio le pareció rara y la compró pensando en él.

Hacía ya más de dos meses que no salía con Gaby y ni se acordaba de él y cuando lo hacía, sentía pena. Pena por su historia. Aún no llegaba a comprender qué le había pasado.

Su amiga, le contó un día que no se preocupara, tenía rubias como antes y se le veía feliz. Pues muy bien, ella también estaba feliz.

CAPÍTULO OCHO

Pasó la Navidad y Jim fue a verla a su casa. Habían hablado todos los días por teléfono. Aún no había conocido a su hijo, pero quiso verla el sábado.

Había llegado de Montana el día anterior y sólo pensaba en ella. Le gustaba esa pequeña mujer.

Era una gran mujer y madre, y al menos respondía a sus besos, Pero él quería hacerle el amor y conocer a su hijo.

Cuando ella lo vio en su puerta con regalos, lo abrazó y él entró dentro. Soltó los regalos y la besó apasionadamente.

En sus brazos se sentía protegida. Era tan guapo y era la mejor persona que había conocido. Y lo había echado de menos.

-¿Qué pasa guapa?

-Te he echado de menos.

-No menos que yo a ti. He pensado mucho en ti, estos días sin verte dos semanas. Ha sido largo, pero mis padres ya son mayores y me gusta ir un par de veces al año, la próxima vez que vaya, venís conmigo.

-Y pasamos por Ditton a ver qué tal está mi casa.

-Si quieres, pasamos por Ditton. ¿Dónde está tu hijo? Le he traído un regalo.

-Pues tendrás que esperar. Está echando la siesta.

-¿Sí? -y se quitó el abrigo y la chaqueta. Estaba impresionante. -¡ven aquí! -Y ella se acercó de nuevo a él y él la abrazó fuerte y sintió su dureza y la excitación que ella le producía.

-Tengo un poco de miedo...

-Más tengo yo de no corresponderte. Hace mucho tiempo que no lo hago preciosa. Pero necesito tenerte ya o me voy a volver loco.

Y ella, le quitó la corbata y fue desabrochándole los botones de la camisa. Acarició su pecho y él, acarició sus caderas bajo un vestido que llevaba y llegó a su centro húmedo y metió sus manos en él y ella se estremeció, mientras le movía sus dedos en su sexo como un hombre seguro de lo que hacía y lo hacía muy bien.

-Eres experto -gemía ella.

-No, solo te necesito tanto...

Y cuando ella explotó en un orgasmo desesperado y enorme, gritó su nombre y él se sintió satisfecho.

La desnudó y se desnudó él. Ella miró su sexo preparado y duro y grande para ella. Se puso un preservativo y entró en ella despacio y lentamente y ella se rendía a su calor y a su miembro y pedía más.

-Shhhh, no tengas prisa cielo.

-Oh dios, te necesito, Jim.

-Y yo a ti loca, pero si te mueves tanto no aguantaré lo que quiero hacerte disfrutar pequeña.

-Me da igual, me...

Y él tapó su boca con un beso, pero él llevaba el ritmo y ella creía morir de placer. Mordisqueaba sus pezones y agarraba con fuerza sus caderas y entonces embistió fuerte y ella se

desmoronó en su cuerpo y se dejó llevar donde él quería.

Le gustaba ese hombre que llevaba las riendas en la relación. La había puesto muy caliente y húmeda. No quería comparar.

Su primer novio había sido nefasto. Con Gaby, había tenido muy buen sexo, no podía negarlo, pero Jim, era distinto a todo lo que había conocido. Estaba perdida, y sólo habían tenido una relación.

-¡Dios, vaquero!

-¿Qué pasa guapa?

-Me ha gustado mucho...

-Creo que como a mí. Te deseaba tanto... Me has hecho esperar.

-Porque tenía miedo, pero ha merecido la pena.

-Sí, preciosa, -y la acariciaba -Ha merecido la pena. Ahora sí que empezamos una carrera de obstáculos. Te aviso de que cuando estoy con una mujer, necesito mucho, mucho sexo.

-Lo tendré en cuenta -sonrió ella.

-Y no voy a ser un estúpido como los que has tenido. Sé lo que vales.

-No lo he pensado ni por un momento. Eres distinto.

-Ni tampoco quiero que me compares.

-No tienes comparación -y lo besó en la boca y él la atrajo a su cuerpo de nuevo y de nuevo entró en ella y esta vez fue un momento sexual tremendo para ella.

-Creo que me tendrás como un perrillo faldero detrás de ti, vaquero.

-Me parece que será al contrario. Ven, deja que descanse.

-El niño se despertará pronto.

-Unos minutos y nos vestimos.

-Vale, guapo.

-Ummm, me gusta esa definición.

-Es que lo eres.

-¿Te parezco guapo?

-Sí, y sexy.

-¡Qué tonta! Tú eres guapa y sexy.

Cuando el niño se despertó, él lo conoció y le pareció un chico gracioso. Le dio un regalo. Un coche que al niño le hizo mucha ilusión, y a ella le regaló un camisón súper sexy.

-Eres...

-Quiero vértelo puesto. Desde que lo vi en el escaparate, supe que era para ti.

-Suelo llevar ropa interior sexy.

-No me digas más. Me encanta la ropa interior sexy.

-Este abogado... Toma tu regalo.

-Este abogado, te meterá en la cárcel para él solo. Es preciosa, me encanta guapa. Es una corbata rara, como las que me gustan.

-Sí, también cuando la vi en el escaparate supe que era para ti ¿Te quedas a cenar? -le preguntó ella

-¿Solo a cenar?

-¿Quieres quedarte a dormir?

-Sí, quiero quedarme. Quiero dormir contigo. Si tú quieres.

-Quiero, claro que quiero. Y lo abrazó por detrás y tocó su miembro.

-Estate quieta loca, que me vas a poner duro.

-Sí, me gusta jugar.
-Pues ya somos dos. Teníamos que conocernos íntimamente muñeca.
-Sí, creo que cuando dos se conocen íntimamente es distinto.
-Es mejor dirás. ¿Qué vamos a hacer de cena? -dijo Jim.
-¿Vas a ayudarme?
-Por supuesto. Mira, el pequeño está jugando, no voy a quedarme con los brazos cruzados como un hombre macho en el sofá mientras la mujercita me hace la cena.
-Me sorprendes vaquero.
-Aún te queda mucho por conocer de mí.
-¿Te gustaría tener hijos? -le dijo ella
-Bueno ya tengo treinta y cinco años, sí, me gustaría tener hijos. ¿Es una proposición?
-No bobo, era sólo una pregunta.
-Pues sí, me gustaría y me gustaría casarme y tener una familia -y la miró y ella se puso roja como un tomate.
-¿Te has puesto roja?
-No, es el calor.
-No, te has puesto roja -y la cogió por detrás y la besó en el cuello. -No quiero que me ocultes nunca nada, ¿vale preciosa?
-Vale. ¿Pollo a la plancha y ensalada?
-Vamos a ello.
Y cenaron y él le dio la comida al pequeño en su sillita y este le decía papá.
-Me está diciendo papá -le dijo sonriendo Jim.
-Sí, a la guardería van los papás y es ahora la única referencia que tiene. Está empezando a hablar como un loro.
-No me importa que me llame papá. Me gusta.
Y Gina, se emocionó porque a algún hombre, le gustara su hijo. Sobre todo si era Jim.
Cuando lo bañó y lo acostó, se ducharon e hicieron el amor en la ducha y después ella se puso ese camisón transparente y sexy que le había regalado.
-No he traído nada -dijo él.
-Desnudo me gustas más. Estás muy bien dotado.
-Qué mala. A mí me encantan tus pechos.
Ya en la cama, él bajó a su sexo y con su boca, abrió sus pliegues y le hizo el amor como nadie. Ese hombre era experto en todo lo referente al sexo o era un dios del sexo o a ella le hacía mucha falta, pero fue explosivo.
Luego, le tocó el turno a ella.
-Loca... no hace falta que ohhh. ¡Dios, Montana!
Y Montana lo llevó a él por valles y cumbres verdes.
-Ven aquí que me estás matando pequeña vaquera. Menos mal que mañana es domingo.
-No creo que me canse de ti.
-Eso lo debería decir yo nena.
-Tengo miedo, -le dijo mientras le acariciaba el pecho y descansaban. Jim, sentía sus pequeñas manos y le gustaba que lo acariciara... Tenía los ojos cerrados.
-¿Por qué?, -le decía él
-Ya he pasado por malas experiencias y si me enamoro de ti... Sería muy fácil hacerlo. Me gustas tanto..., y el sexo es fabuloso, espectacular -y él sonrió, sin abrir los ojos.
-Y ¿qué miedo tienes? Si nos enamoramos y estamos bien, podemos vivir juntos y un tiempo y

después casarnos, tener otro hijo y vivir felices.

-Todo te parece tan fácil...

-Es así de fácil cielo. Ya hemos pasado una fase. Ahora es cuando nos acostamos juntos, luego vivimos juntos. No nos adelantemos. Sigamos conociéndonos y siendo felices. Me gusta tu hijo. Es pequeño y bueno y si algún día me caso contigo, será mío.

-Gracias.

-Es tu hijo. Y todo lo tuyo viene en el lote.

-¡Qué forma de hablar tienes!

-Pero es cierto.

-Lo es.

Pasaron unos meses y el hijo de Gina cumplió dos años. Era sábado y ella lo celebró en casa, invitaron a Patrick, a Abril y a su padre. Aunque hacía ya unos meses que no lo veía, consideró invitarlo a no invitarlo.

Pero este no acudió al cumpleaños de su hijo. Ella se había dejado un mensaje en el móvil.

Jim y ella, llevaban ya saliendo cuatro meses. Ella estaba radiante y así se lo dijo su amiga, en uno de los momentos que estaban en la cocina.

-¡Estás radiante Gina!

-Soy muy feliz con Jim. Y con mi hijo se porta de maravilla. Le dice papá y no le importa. No creí que podría volver a amar a nadie. Quizá me aferré demasiado a Gaby. Pero soy muy feliz. De verdad. Me mimas y me cuidas y es especial, encantador, bromista y nunca se enfada por nada. Es generoso y no creía poder tener la suerte que tengo.

-¿Lo ves amiga?, cómo la vida te premia. Te lo mereces.

-He invitado a Gaby, pero no ha querido venir

-No quieras saber de su vida loca. Sigue igual que antes. Lo sé por Patrick.

-Bueno, esa es la vida que ha elegido. Espero que le vaya bien.

-Lo has superado estupendamente.

-Sí, venga vamos con ellos.

Patrick y Jim tuvieron muy buena conexión y a raíz de conocerse, algunos fines de semana salían juntos los cuatro a cenar.

Con el tiempo ella se enteró de que Jim, era el dueño del bufete. Siempre pensó que era un abogado más y se sintió mal.

-Vamos bonita, ¿qué pasa?

-Eres el dueño del bufete y yo no lo sabía.

-No tiene la mayor importancia. Pero creo que el primer día que nos conocimos te dije que tenía un bufete.

-Sí que la tiene...

-¿Y eso por qué?

-Eres rico.

-Es por eso. Bueno, es un buen bufete. Pero si quieres pago las nóminas y dono el dinero a la caridad

-No seas bobo.

-¿Qué pasa?

-Es el dinero lo que me preocupa.

-¡Ven aquí tontita! -Y la cogía en brazos y se sentaban en el sofá.

-¿Qué te pasa con el dinero? Tú tienes un buen sueldo y te puedes permitir vivir en esta zona.

-Pero no tengo... No sé

-Vamos a dejarnos de tonterías. Dejemos el tema del dinero. Me lo gano bien. Y puedes disfrutar de parte de él.

-Eso ni hablar, bastante que me pagues siempre cuando salimos y me compres regalos que me enfadan.

-Te gustan.

-Me gusta el hecho en sí. El detalle.

-¿Sabes una cosa?

-Qué.

-Que te quiero. Que te amo.

-Ella, se quedó mirándolo boquiabierta...

-Bueno di algo, yo soy muy sincero, te quiero desde que te vi en ese restaurante y llevo el tiempo suficiente contigo para saberlo. ¿Qué me dices?

-¡Que te amo! Que nunca he sido tan feliz.

-Eres preciosa, ¿lo sabes? -mirándola con sus ojos azules, completamente enamorado.

Y sacó una cajita y la abrió. Había un anillo de compromiso precio con un diamante azul, como sus ojos.

Y ella lloró.

-Vamos creía que serías la mujer más feliz del mundo, no que lloraras.

-Es que lo soy y tengo miedo a serlo.

-Pues eso hay que solucionarlo. Y le puso en el dedo el anillo.

-¿Te casarás conmigo Montana?

-Me casaré contigo, vaquero.

-Bien, te amo tanto..., -y la besó apasionadamente -vamos a la siguiente fase, vivir juntos.

-¿Quieres que vivamos juntos, con el niño?

-No, al niño lo dejamos en la puerta... Pues claro tontita, vamos a vivir juntos antes de casarnos. De todas formas, estoy siempre en tu casa y tú quieres venir poco a la mía. Y me encanta tu hijo. A ver si te enteras vaquera.

-No vamos a tu casa porque es tan bonita que me da pena que el niño estropee algo.

-Si lo estropea se arregla. Eso hacen los niños y eso hacen los padres. Mi casa es más grande y tiene habitaciones suficientes para los dos.

-Sí, eres un exagerado. Yo pagaré parte del alquiler.

-No es alquilada.

-¿No?

-No, es mía. Así que no pagarás nada.

-Dios mío. Ya empezamos. Pagaré la comida, la luz, el teléfono...

-Ya veremos. Deja eso de momento y hazme feliz. Después del diamante que te he puesto me merezco algo ¿no?

Y ella tiró de él hasta el dormitorio y estuvieron toda la noche habiendo el amor, como todos los fines de semana.

La vida, le sonreía, era feliz, iba a cambiar su vida e iba a arriesgarse. Le daba miedo, eso, pero si las cosas no salían bien al vivir juntos, se buscaría otro apartamento, no había problemas.

Jim, vivía a unas manzanas de su casa. Pero su apartamento estaba decorado por una decoradora.

Tenía cuatro dormitorios y un gran despacho. Era maravilloso. Tenía una mujer para la limpieza diaria y le dejaba la cena hecha. Y así pensaba dejarlo.

Modificó un poco la casa. Hizo del despacho, dos, para tener ella un espacio para trabajar y mandó pintar la habitación del pequeño y le compró un dormitorio infantil precioso.

Ya creía que era el tiempo de cambiar la cuna, no necesitaba la cuna ni otros muebles de bebé.

Gina, donó lo que ya no necesitaba del pequeño y se enfadó mucho con Jim, porque no le dejó pagar la habitación.

Ella, le decía que el padre le mandaba mil dólares mensuales y tenía para pagarlo. Pero Jim, le dijo que guardase el dinero para cuando fuese mayor y lo necesitara.

Y así, dos meses después de estar prometida, se cambió a vivir con él. El niño se adaptó de maravilla y ella también.

Tenía que andar un poco más por la mañana para dejar al peque en la guardería, pero nada cambió en exceso.

No podía ser más feliz. Ella llegaba a casa del trabajo, había recogido al pequeño y la cena ya estaba hecha y todo limpio, con lo cual aprovechaba para estar más tiempo con su hijo, o paseaba con él antes de entrar en casa por la tarde.

Se llevaba unas zapatillas al trabajo, se las ponía al salir e iba con el peque al parque a jugar con él. Luego volvían a casa y lo duchaba y le daba la cena.

Generalmente Jim, llegaba un poco antes de que volviera del parque o cuando lo estaba bañando.

Y mientras ella ponía la mesa para el pequeño, Jim jugaba con él. Cuando se dormían, ellos cenaban tranquilos, se bañaban, hacían el amor, o si tenían trabajo, se quedaban a trabajar.

A veces, cuando él tenía que quedarse más tarde, ella iba por detrás y lo tocaba íntimamente y él sonreía.

-¿Me echas de menos?

-Sí, te necesito.

-¿Cuánto?

-Mucho.

Dejaba lo que estaba haciendo y le hacía el amor. Se la ponía a horcajadas en el sillón y entraba en ella.

-Esto me da energía, pequeña.

-Y a mí sueño.

-Pues a dormir. Voy en un momento, me queda poco.

Y luego la medio despertaba de nuevo para volver a hacerle el amor y ella nunca decía que no. Era un pecado de hombre.

A primeros de junio, se casaron Patrick y Abril y ella, fue su dama de honor y tuvo que ver como padrino del novio a Gaby.

Hacía meses que no lo veía. Seguía igual, guapo, alto y sexy, pero ella tenía otro hombre y lo amaba.

Ahora cuando lo veía, le parecía ajeno, como si no lo conociera y nunca lo hubiera conocido.

Como si todo hubiera sido un sueño. Fue a la boda con una rubia de las suyas y ella fue con Jim y su hijo y en ningún momento se acercó a saludar a su hijo.

Sin embargo, se dio cuenta del anillo y en voz baja, mientras no tenían más remedio que estar juntos por la boda, le dijo...

-Vaya, parece que has cambiado de anillo. ¿Estás comprometida con él?

-Sí, he cambiado un anillo por otro mejor. Estoy comprometida. Espero que no te suponga un problema.

-¡Qué pronto te desenamoras!

-En cambio tú, no te enamoras nunca.
-A lo mejor voy en verano a Ditton.
-Es tanto tu casa como la mía. Pero podrías vendérmela de nuevo.
-No, olvídате de eso. Quizá lleve a alguien.
-Me parece estupendo. Nosotros también iremos en vacaciones. Si no te importa decirme el mes que vas... Para no coincidir más que nada y que tu hijo no te moleste. Los niños te molestan.
-Gina...
-Avísame cuando vayas.
-Que seas feliz -le dijo Gaby con rabia.
-Y tú también.
Cuando se lo contó al día siguiente a Jim, es te le dijo:
-¡Es un capullo!
-Quería comprarle la casa para no tener nada que ver con él.
-No te preocupes cielo. Para una o dos veces que vamos a ir...
Y tenía razón.

Tomaron vacaciones en agosto y se fueron a Montana. Estuvieron en casa de los padres de él y ella se dio cuenta de que eran ricos, y que Jim, siempre lo había sido, pero nunca había hecho alarde de nada. Ni tenía caprichos.

Era un hombre trabajador y casero, como le dijo en un principio. No le había mentido. Iba del trabajo a casa y los fines de semana, salían a dar un paseo con el peque, a comer fuera y alguno de los fines de semana, salían a cenar y a tomar una copa ellos solos. Llamaban a la canguro de siempre y salían. Otros preferían quedarse en casa y ver una película o charlar simplemente.

En Montana, sus padres los recibieron fenomenal a ella y al pequeño. Su hijo ya le había dicho que estaba comprometido y que la amaba.

Eran unos padres envidiables y ella echó de menos a los suyos. Estaba sola en la vida, y ahora tenía una familia con Jim.

Éste alquiló un coche y fueron a Ditton. A él le encantó la casa. Se enteraron de que Gaby, había estado el mes anterior.

Ya se encargaron de decirle que fue solo, que estuvo veinte días y que parecía el mismo de siempre. Sin embargo, se extrañaron de que no estuvieran juntos y que ella estuviera comprometida con otro.

Por las noches, se sentaban en la terraza del apartamento y él la abrazaba porque intuía que esa casa le traía recuerdos con el otro.

El niño, se había dormido en el sofá cama del apartamento y ellos cenaron con la puerta abierta por si se despertaba. Arriba, se estaba mejor.

-¿Qué piensas pequeña? -le preguntó una noche, sentados mirando las estrellas- ¿lo echas de menos?

-No, no es eso, esta casa me trae malos y buenos recuerdos. Cuando pienso en él, no te voy a mentir, me da pena por mi hijo, no es que lo eche de menos. Sin embargo, me ayudó mucho. Fue una bonita historia. Dos si cabe. Si hoy estoy contigo, se lo debo a él. Todo lo que hizo, pero el niño es pequeño, cuando sea grande tendrá que saber que tiene otro padre, no le podemos mentir.

-No claro, lo haremos. Lo que tú decidas sobre él, se hará. No pienso meterme salvo en su educación. Seré un padre para él y si tenemos más hijos, lo querré como los míos propios.

-¿Quieres tener hijos conmigo?

-¿Con quién quieres que los tenga, preciosa? Eres mi prometida y quiero casarme pronto,

¿quieres que pongamos la fecha? No quiero ser un padre viejo.

-¡Eres increíble! Y por eso te amo.

-Sí, yo también te amo guapa, pero también podemos empezar por tener el hijo y después casarnos.

Y ella lo miró totalmente enamorada de él.

-¿Quieres tenerlo ya?

-Este paisaje me ha enamorado, ¿por qué no concebirlo en un lugar tan bello?

-¿Porque aquí concebí a Gaby?

-No tengo celos por eso. Confío en ti y te creo, cuando me dices que estás enamorada de mí y sí sé que soy tu hombre ahora. Y no hay espacio para nadie más entre nosotros.

-No lo hay y jamás lo habrá mientras te tenga.

-Me gusta ese rio y la piedra tuya filosofal -señalando la piedra a la que ella iba sola por las tardes.

Y ella se reía.

-Me gustaría saber qué piensas allí y qué sientes. Tengo celos de una piedra al lado de un río.

-Qué siento, te lo puedo decir. Doy allí las gracias por estar en mi vida y quererte como te quiero.

-Eso vas a tener que demostrarlo. No me fio de ti.

-No querrás que te lo demuestre aquí...

-No veo a nadie.

-No seas malo, entremos dentro.

-Bueno...

Y esa noche no se puso preservativo. Los dos estuvieron de acuerdo y los dos se amaron toda la noche.

Él, la quería con locura. Era su mujer y la mujer de su vida, y no tenía que mirar a nadie más que a ella.

En cuanto volvieran, se casarían. Era ya un simple trámite porque llevaban unos meses viviendo juntos.

Y en esos días que estuvieron libres en Ditton, concibieron a su hijo. Claro que de eso se enterarían el mes siguiente.

Cuando Gaby, la vio en la boda de Patrick y Abril, sintió celos. Y se sintió egoísta. Le había dicho meses atrás que estaba enamorada de él, pero él se había encargado de matar su amor.

No quería que lo quisiera. Y en cuanto a su hijo, no quería al niño, pero sentía remordimientos.

En sus charlas con Patrick, este siempre le preguntaba que, si estaba bien, que eso no era normal que había sido un tonto, que ella se había enamorado de otro y que la había perdido.

Estaba comprometida, y que Jim era un tipo estupendo que la amaba con locura. Y eso no podía soportarlo.

Sentía cosas aún por ella, pero algo lo frenaba siempre. No podía ofrecerle lo que ella quería, pero en cambio no quería que ella tampoco lo tuviera.

Sabía que era un maldito egoísta, pero eso era lo que sentía, y sintió rabia verla bailar con ese tipo, que además era de los que a ella le gustaban y encima era rico, como él. Y cuidaba a su hijo como él no lo hacía.

Desde la boda de su amigo, no fue el mismo. Salía, pero habían pasado meses y no lograba olvidarla.

De hecho, nunca la había olvidado y no sería que no lo había intentado con otras mujeres para

borrar su piel. Y sufría con todo y por todo.

Cuando llegó Julio, se fue a Ditton, pero se fue solo, no se llevó a nadie. Se quedó veinte días.

La gente lo conocía y le preguntaron por Gina, y él le dijo que estaba en Nueva York. También le preguntaron por el pequeño. Todo lo que la pobre pasó cuando él no estaba y se le adelantó el parto. Y estuvo muy mal.

Se levantaba temprano e iba a correr, luego hacía ejercicio con las pesas que había en el apartamento de arriba que suponía eran suyas.

Sacó las tumbonas y la mesa a la terraza y desde allí contemplaba el pequeño río y la vio, la vio allí sentada sola y pensativa, en la piedra donde ella se sentaba por las tardes y todo recobró la luz en su memoria y recordó todo, cada día, los días en que la veía venir del trabajo agotada, de cómo la ayudó y ella trabajaba para salir adelante, cuando hicieron el amor por primera vez, las promesas que le hizo, el anillo, su vientre abultado que él besaba.

Y el accidente... recordó todo. Se levantó de la tumbona de golpe y como un león enjaulado bajó a la piedra, y anduvo una hora rápido y corrió para descargar la adrenalina, mientras recordaba cada detalle, cada día y cada momento con ella.

Lloró por su imbecilidad y por haberla dejado a ella y a su hijo. Le había hecho sufrir dos veces, él que tanto maldijo a su primer novio, lo había hecho mucho peor con ella dos veces y se maldijo y llamó a Patrick.

-¡Hola Patrick!, ¿estás ocupado?

-No amigo, estoy aquí tranquilo en el sofá, ¿dónde estás?

-En Ditton, Montana.

-¿Qué haces allí?

-Recuerda que la casa es de los dos, de Gina y mía.

-Pero no deberías ir, Gaby

-Pues aquí estoy...Y he recordado todo, todo amigo.

-¿En serio? -le preguntó Patrick.

-Sí. De golpe la he visto.

-¿A quién?

-A Gina, estaba sentada en una piedra cerca del río donde ella solía sentarse y he recordado todo ¿Qué he hecho Dios?

-Una estupidez y te lo dije, ahora ya no puedes hacer nada. Has tenido tu oportunidad con ella.

-Voy a luchar por ella, amigo.

-Gaby, déjala en paz, no puedes hacerle más daño. Es feliz, tiene un hombre que la quiere y ella lo ama, en todo caso puedes hacerte responsable de tu hijo y conocerlo y poco más puedes hacer ya.

-Eso por descontado, pero ella... no voy a darme por vencido.

-Gaby, no vas a recuperarla, te lo digo en serio. ¿Te das cuenta de lo que le has hecho? ¡Está prometida!

-También lo estaba conmigo cuando no recordaba nada.

-Pero ahora es distinto, no seas terco.

-Voy a su casa a hablar con ella.

-Ya no vive allí, vive en casa de él.

-Joder, la llamaré.

-Espera que venga de vacaciones, porque se va en una semana y habla personalmente con ella, pero por tu hijo. Tendrás que esperar, cuando tu vienes ella se va de vacaciones, así que tendrás que esperar hasta septiembre.

-Esperaré lo que haga falta, pero no me daré por vencido.

-Ten cuidado Gaby, ella no es la misma. Te lo advierto.

-Bueno amigo, vuelvo en unos días, voy a quedarme unos días más y a pensar qué voy a hacer.

Cuando volvió a Nueva York, supo por sus amigos que estaban de vacaciones. Ya Patrick se lo había dicho, que hasta septiembre no volvían. Abril, no quiso llamar a su amiga y molestarla y menos decirle nada de Gaby.

Eso tendrían que resolverlo ellos. Lo había pasado tan mal que no iba a estropearle las únicas vacaciones que había tenido en su vida.

Él iba a hablar con ella cuando fuese a por el niño a la guardería al salir del trabajo, no quería ver al tío con el que estaba prometida.

Quería que volviera con él y con su hijo, él era su padre. Había tardado en darse cuenta, pero se haría cargo de su hijo.

Gina, no sabía lo que le esperaba al volver. No se lo imaginaba. Con Jim, hacían el amor sin protección buscando un hermano para su pequeño.

Jim quería tener hijos, decía que si no, iba a ser un padre mayor. Habían puesto fecha para la boda. Sería a primeros de noviembre.

Habían vuelto de vacaciones. Lo habían pasado fenomenal en Ditton. A Jim, le encantó esa paz, estar allí con ella, pasear por las tierras y senderos, se bañaba en el río antes de comer y hasta el pequeño, se metía con él en el arroyo.

Fueron unas vacaciones de descanso. A la vuelta, pasaron por casa de sus padres de nuevo a despedirse, y les dijeron que se casaban en noviembre en Nueva York.

Sus padres se alegraron mucho y ya estaban haciendo preparativos. Se irían una semana antes de la boda y les ayudarían con los preparativos. Él les dijo que podían irse cuando quisieran, que su casa estaba abierta para ellos.

En el vuelo, le dijo a ella que iba a contratar a una organizadora de bodas en cuanto llegara. Él tenía gente conocida y al menos serían unas doscientas personas.

-¿Tantas?

-Conozco a mucha gente y los abogados del bufete, sus mujeres, secretarias, etc.

-Está bien, yo invitaré a poca gente, pero... estoy emocionada.

-Como trabajamos, la organizadora se encargará de todo cuanto le pidamos.

-¿No muy cara Jim?

-Me caso una vez. No pienso casarme dos veces, será cara.

-¡Madre mía vaquero, estás loco!

-Te quiero, no sufras. Deja todo en mis manos. Tú cómprate un vestido precioso y al pequeño y me harás feliz.

-Te amo tanto... ¿No nos estamos precipitando?

-No, deberíamos haberlo hecho antes y ¿si te casas embarazada?

-Sí, será de muy poco y espero que no me note. Quiero estar guapa.

-Tú estás siempre preciosa.

-Te amo rubio de Montana.

CAPÍTULO NUEVE

Gaby, recibió a primeros de septiembre una llamada de San Francisco, de la Directora de la Residencia donde estaban sus padres. Su padre había muerto.

Tuvo que tomar un vuelo rápido y hacer las gestiones pertinentes, quedarse al menos diez días con su madre consolándola, preparando el entierro y cambiando de lugar a su madre de la casita para no quedarse sola, porque no quería, así que la tuvo que cambiarla a otra con una compañera que su madre conocía y cuando la dejó compartiendo casa con su amiga, se quedó más tranquilo y volvió a Nueva York.

Ahora tendría que llamar a su madre a diario para saber cómo estaba. Él lo sintió mucho y estaba algo deprimido.

Entre este problema, la preocupación por su madre, que él quiso traérsela a Nueva York, pero ella no consintió hacerlo, quería quedarse donde había vivido toda su vida, su hijo y Gina y sus problemas... estaba llegando al límite.

Trabajaba y descansaba. Se dio una semana para poder estar bien e ir a hablar con Gina.

Quería estar bien para poder hacerlo. La quería en su vida, a ella y a su hijo, y esperaba que no todo estuviese perdido a pesar del anillo que ella tenía en su dedo.

Iba a hacer todo lo imposible, e iba a hacer las cosas bien.

Por su parte Jim y Gina, habían contratado una organizadora de bodas en cuanto llegaron a Nueva York y habían quedado con ella el cinco de septiembre.

Se pasó por casa por la tarde cuando ellos estaban y le dijeron qué querían, cómo querían la boda.

Él prefería lo mejor y ella por él hizo lo que quería. Por ella hubiese hecho una boda menos ostentosa.

Quería hacerlo feliz y la boda le hacía feliz y lo dejó prepararlo casi todo, menos su vestido y el traje del pequeño.

Ya se lo dijo en Ditton. Mejor, así ella no tendría que ocuparse de nada, bastante tenía con el pequeño y con su trabajo, que le habían asignado otras tres empresas más y estaba hasta arriba.

En agosto no le había venido la regla y ella tenía claro que se iba a casar embarazada. Ya se lo dijo también Jim en la casa de Ditton.

Llevaba quince días de retraso y la mañana del diez de septiembre fue al ginecólogo, sin decirle nada a Jim.

Había pedido cita y salió un momento del trabajo para ir. Sólo se lo dijo a su amiga Abril y esta estaba encantada, quería ser la madrina del pequeño o pequeña y le dijo que por supuesto que sí. Así que casi la echó del trabajo al ginecólogo.

Estaba embarazada de un mes. Estaba bien y le dieron cita para una analítica. Vio a su pequeño, otro bebé, ¡Dios!, se iba a llevar poco más de tres años con su otro hijo.

Pero cuando oyó el corazón, recordó la vez que oyó el de su hijo y se sintió feliz, pero sabía quién iba a ser más feliz aún.

Se lo diría por la noche cuando el pequeño se acostara y cenaran juntos. Estaba radiante. Para

mayo del año siguiente, sería de nuevo mamá.

La vida le sonreía de nuevo y no podía ser más feliz, en un mes y medio se casaba e iba a ser de nuevo madre. Y esta vez, no estaría sola.

Ya veía a Jim, llamándola a todas horas. Y a su hijo con un hermanito o hermanita. No estaría solo.

Cuando salió ese día del trabajo, estaba tan contenta que se llevó al pequeño un rato al parque.

Y allí estaba Gaby, esperando a que el pequeño saliera de la guardería y ver a Gina y hablar con ella.

Gina no lo había visto y él los siguió de lejos. Se dio cuenta de que iba con el pequeño al parque y allí se sentaría con ella a pedirle que volviera con él.

Ella ocupó un banco y el niño jugaba en la arena justo al lado de ella con un par de palitas que ella llevaba en el bolso a veces. Al niño le gustaba jugar con la arena.

Estaba mirándolo embobada porque pronto serían dos, cuando Gaby, se sentó a su lado, y ella se sobresaltó. Verlo allí imponente, guapo y alto, mirándola...

-¡Hola Gina!

-¡Hola Gaby!, cuánto tiempo, ¿has venido a ejercer de padre?

-Sí, quiero ejercer de padre. De eso ya hablaremos.

-Me sorprendes. ¿Te ha entrado la paternidad de golpe por arte de magia?

-No ironices Gina. Tenemos que hablar.

-Bueno, yo de tu hijo, lo que quieras, es tuyo, lleva tu apellido y no voy a negártelo cuando quieras estar con él.

-Primero tenemos que hablar de nosotros.

-No, Gaby, hace muchos meses que no hay un nosotros. Hay tu hijo solamente.

-Estuve en Ditton en Julio, en la casa.

-Lo sé, me lo dijeron, ya sabes cómo es aquello. Te enteras de todo. Yo estuve en agosto. Y sabía que habías estado. Ya me lo dijiste en la boda de Abril y Patrick.

-No lleve a nadie al final.

-Eso no me interesa Gaby. A quien lleves o traigas ha dejado de importarme.

-En serio. ¿Ya no estás enamorada de mí?

-Ahora mismo no, la verdad Gaby, créeme.

-He recordado todo, Gina. Cuando estuve allí, te vi en la piedra sola mirando el arroyo y recordé todo. Te recordé, recordé la primera vez que hicimos el amor, cuando me fui a ver a mis padres y vine y te vi embarazada, te amaba Gina, y te di el anillo. Todo, absolutamente todo -decía con desesperación mirándola, mientras ella soltaba algunas lágrimas.

-Sí fue una bella historia.

-No llores pequeña, podemos volver a estar juntos de nuevo. No he dejado de amarte y me haré cargo de nuestro hijo. Seremos una familia.

-No, es tarde para nosotros Gaby.

-No es tarde, sé que vas a casarte y no quiero, por dios Gina, ¡perdóname! Te amo tanto.... He sido un estúpido. No sé qué me ha pasado, quizá tenía que volver a recordar para darme cuenta de todo lo que quiero, de lo único que quiero y es a vosotros.

Gina, se secaba las lágrimas, porque lo veía impotente y desesperado y ella lo había amado tanto... dos veces y dos veces había sufrido.

-No puedo Gaby.

-¿Estás enamorada de ese tipo?

-Ese tipo se llama Jim y sí, estoy enamorada de él. Me has defraudado muchas veces y no me

importaba que no me quisieras, pero que no quisieras a tu hijo... esa herida ha sido muy honda para mí. No puedo volver contigo.

-Él se tapó las manos desesperado llorando, mientras miraba a su hijo y la abrazó, pidiéndole perdón.

-Ella lloraba también, consolándolo como si fuera un niño. Nunca se hubiese esperado ver a Gaby en ese estado y le había importado mucho y lo había amado tanto... pero ahora no era esa su vida. Ella tenía otra vida que vivir.

Jim, salió pronto ese día del trabajo. Había tenido un juicio y no tenía ganas de trabajar en el nuevo caso.

Iba a pasar con Gina la tarde, pero cuando llegó a casa, aún no habían llegado, así que imaginó que estaba en el parque con el pequeño y fue a buscarlos. Se tomarían un café a la vuelta, o darían un paseo.

Pero al llegar al parque, la vio de lejos, sentada en un banco del parque abrazando a Gaby, al padre de su hijo. Lloraba y él también, mientras el niño jugaba a su lado.

No sabía cómo sentirse, si un imbécil, irritado, celoso. Espero un poco y los miró. Hablaban y ella lloraba, y no pudo más y se fue a casa.

No pensaba decirle nada a ella. Tendría que contárselo Gina si quería. Pero le dolía, la quería más que a su vida y por un momento se vio sin ella y su vida vacía. Ese sufrimiento no lo dejó vivir hasta que ella volvió a casa con el pequeño.

No quería pensar, ni tampoco podía, así que empezó a trabajar en el caso para desprenderse del dolor.

Se sumergió en el trabajo impaciente. Nunca en su vida había estado más nervioso, ni con ningún caso siquiera. Este era el caso más importante de su vida.

Mientras, en el parque, Gaby y Gina hablaban...

-Gaby, te he amado mucho, no lo dudes, dos veces en la vida. Te perdono todo, incluso que no quisieras a tu hijo, me dolió mucho. Si quieres verlo, puedes hacerlo, incluso cuando se acostumbre a ti podrás llevártelo algún fin de semana y las vacaciones la mitad, o cuando quieras hacer un viaje con él. No te lo voy a impedir. Claro, ya no te reconoce y tendrás que llevártelo con alguien hasta que te reconozca.

-¿Contigo?

-No, irá con su canguro. No es que no quiera, no puedo hacerle eso a Jim ni a ti. Hablaremos sobre él, pero nos veremos como padres de nuestro hijo.

-Por favor Gina... te amo. No puedes haberme olvidado en estos meses.

-Y no lo he hecho, sino que tengo ahora otra familia y otros sentimientos. Voy a casarme.

-Pero aún no te has casado, puedes cambiar de opinión.

-Puedo pero no quiero. Lo amo, como te amé a ti y además estoy embarazada de él.

-¿Que estás embarazada?

-Sí, feliz y embarazada de su hijo.

-¡Dios Gina....!

-Vamos Gaby, tú también encontrarás el amor un día, eres joven, rico, guapo, sexy, mírate...

-Eso ya me lo dijiste una vez, me suena.

-Es verdad, tienes toda una vida por delante.

-Sin ti -dijo con desesperación.

-Sí, sin mí, pero hay muchas mujeres hermosas para ti y tienes a Gaby, sería una pena que no

educaras a tu hijo. No es suficiente con mandarle mil dólares al mes. Eres su padre, no permitas que crezca sin ti. Puede tener dos padres estupendos. Lo siento Gaby, de verdad que lo siento, lo siento tanto... Pero no puedo. Ya no.

-Por dios Gina, no me dejes. Nunca habrá nadie como tú para mí.

-Lo siento Gaby. Prométeme que te recuperarás y cuando lo hagas, me llamas y hablamos del pequeño. Y ahora tengo que irme.

-Por favor no me dejes Gina.

Y se abrazaron por última vez. Ella cogió al niño y se fue a casa dejándolo allí. Lo sentía.

Le producía una pena tremenda verlo así, pero ella también había sufrido mucho, muchísimo con esa historia. Pero de lo que estaba segura es de no volver con él.

Cuando llegaron a casa, ella vio la luz del despacho y el chico fue corriendo a darle un beso a Jim.

-¡Eh pequeño, qué grande estás!, dame un abrazo.

-Papá...

-Cómo vienes, lleno de tierra -y el pequeño reía -parque...

-Sí, ya veo que vienes del parque.

-Hola mi amor -le dijo ella y lo besó. Él la cogió y la sentó en la silla del despacho encima de él y la besó apasionadamente como si fuese a perderla.

-¡Ey!, ¿qué te pasa vaquero?

-Te amo, ¿lo sabes?

-Lo sé y yo también te amo... primero voy a bañar al pequeño y le doy la cena.

-¿Te ayudo?

-No hace falta, sigue con lo que estás haciendo, luego cenamos. Me voy a dar una ducha antes, en cuanto este pequeñajo se duerma.

-¡Avísame! -Le dijo pensando que iba a decirle que no.

-¿Vas a frotarme la espalda?

-¿Cómo lo sabes, eres adivina?

-Tonto.

Él estaba sufriendo, sabía que tendrían una conversación, pero quería que ella se lo dijera, que no le ocultara nada, confiaba en ella y no quería pensar mal, después de lo que había visto.

Cuando Gina bañó al pequeño y le dio la cena, estuvo un ratito con él, le contó un cuento y lo llevó dormido a la cama desde el sofá.

Estaba rendido. Cuando lo llevaba al parque, se cansaba más y con la guardería, el pobre a las ocho y media estaba cansado.

Cuando lo acostó, se fue al despacho y abrazó a Jim por detrás dándole un beso.

-¿Qué te pasa preciosa?

-Tenemos que hablar luego, pero primero voy a ducharme y cenamos.

-Voy contigo.

-Vamos -y tiró de Jim y éste aún no entendía nada.

Se ducharon juntos y él le hizo el amor en la ducha, la subió a sus caderas y le hizo el amor con pasión y con dolor, porque no entendía nada. Necesitaba una explicación.

Cenaron y ella estaba silenciosa.

-Estás muy callada.

-Sí, hoy ha venido al parque cuando estaba con Gaby.

-¿Quién ha ido al parque? -Preguntó él sabiendo quién era.

-El padre de Gaby.

-¿Y qué quería?

-Volver conmigo y con su hijo. Cuando estuvo en Ditton el mes de julio, por lo visto recuperó la memoria y se acordó de todo.

-¿Y tú quieres volver con él?

-¿Después de lo de la ducha? ¿Cómo puedes pensar que si quiero volver con él iba a hacer el amor contigo? Te amo vaquero.

-Dios, como he sufrido. Tenía miedo de que me dejaras, pequeña. En serio. No he tenido más miedo en la vida. Salí temprano y fui al parque y os vi a vosotros y te vi abrazándolo.

-Estaba consolándolo, que es distinto.

-¿Y por qué llorabas?

-¿Y por qué no te acercaste?

-Porque soy un hombre que sabe esperar y pensé que no me correspondía estar ahí en esos momentos.

-Si hubiera sido yo, le saco los ojos a cualquier mujer.

-Pero yo no, creí que ibas a volver con él cuando te vi llorar y me dolía tanto...

-No, lloraba porque estaba desesperado, me ama, pero yo no lo amo ya, estaba consolándolo, porque fue una bonita historia, porque me ayudó, porque es el padre de Gaby y ahora lo quiere. Nunca es tarde. Ya le he dicho que puede ejercer de padre. Cuando salga con él, las primeras veces irá la canguro, que la conoce, y cuando se haga a él lo dejaré solo. Hablaremos por teléfono. No quiero que me vea más de lo necesario. No quiero hacerle daño.

-Eres demasiado buena Gina y una romántica empedernida y te amo más por eso.

-No quiero rencores ni quiero ocultarte nada. Sí, lo abracé por eso, pero no por nada más, como a un amigo. Siento que lo vieras.

-Ven aquí mi amor. Si te pierdo no sé lo que haría. Lo entiendo ahora. Puedo entender su desesperación, eres pequeña pero dejas huella.

-No puedo dejarte, y menos ahora que vamos a ser padres.

-Que qué...

-Que vas a ser papá. Te saliste con la tuya. Me casaré embarazada.

-Dios mío, preciosa, ¿cómo lo sabes?

-He ido al ginecólogo hoy, estoy bien y tengo un mes de retraso. Ditton tiene algo especial en el ambiente.

-Voy a ser padre, aunque ya soy padre. ¿Tenemos suficientes habitaciones?

-Sí, no se te ocurra nada más. Hay habitaciones suficientes.

-Te amo mi pequeña vaquera de Montana.

-Y yo a ti, más que nada en el mundo.

La noche terminó como debía terminar. Tuvieron que madrugar bastante, pero durmieron poco, pero él se quedó abrazando a la mujer de su vida. Había pasado tanto miedo a que lo dejara...

La boda fue maravillosa e inolvidable, dejaron el viaje de novios, porque hacía poco que se habían ido de vacaciones.

En invierno volverían a Ditton por Navidad unos días y otros los pasarían en su apartamento de Nueva York.

Su embarazo iba feliz y en mayo, tuvo a su segundo hijo, al que llamó también Jim, como su

padre, como había hecho con el primero.

Y Abril, su amiga, fue su madrina. Jim nunca fue más feliz en su vida a pesar de lo que trabajaba.

Patrick y Abril, tuvieron una niña preciosa, Nina, dos años después y los años siguientes, juntaban a los niños.

Una de las vacaciones a los niños, los llevaron a Disney juntos y lo pasaron estupendamente. Salían a veces los cuatro también solos a cenar

Gaby, por su parte no se casó. Hizo de padre con su hijo, y se lo llevaba en vacaciones, los fines de semana, no todos, o algunas tardes lo iba a buscar al colegio y llevarlo a merendar.

Gaby hijo, supo con el tiempo que tenía dos padres y se fue acostumbrando a estar con los dos.

Era un niño inteligente y estudioso y su hermano Jim, que era más pequeño no lo dejaba ni a sol ni a sombra.

Gina, nunca había sido más feliz en su vida y Jim la amaba tanto... Viajaron en vacaciones, cada vez a un lugar, a veces sus padres viajaban a Nueva York para quedarse con sus nietos y ellos poder irse a Canadá, a Europa, Italia, Francia, España, Suiza, Grecia, los países Nórdicos, Inglaterra...

A ella no le gustaban los países exóticos, le gustaban más los países del norte. Y las playas de California, las visitaban con los pequeños también.

Fueron muchos años de felicidad los que pasaron juntos. Y siempre daba las gracias a Dios por ello.

CAPÍTULO DIEZ

Veinticinco años después...

Veinticinco años después, Gina se hallaba en su casa de Ditton. Había bajado a su piedra filosofal como decía Jim.

Pasaba en su pueblo largas temporadas. Había dejado de trabajar tres años atrás, con 52 años, cuando Jim con 57 años, murió de un infarto fulminante dejándola sola, terriblemente sola.

Habían pasado casi 25 años maravillosos juntos. Jim había sido el hombre de su vida. Al que más amó. Siempre pensó en envejecer con él a su lado, pero la vida no fue justa. Y ahí estaba ahora sola.

No quiso trabajar más, se iba largas temporadas a su casa de Ditton, donde habían estado todos los años, para sobrellevar su dolor.

El tiempo fue mitigando el dolor y llevándola a recordar los maravillosos años que pasaron juntos, todas las cosas que hicieron y todo el amor que se tuvieron.

Aún era una mujer joven, tenía 55 años, pero vivía por y para sus hijos. Tenía el suficiente dinero como para retirarse. Habían trabajado los dos para ello.

Jim, en su testamento, le dejó a ella, el apartamento de Nueva York, al que habían ido renovando cada cierto tiempo, igual que la casa de Ditton, a pesar de ser también de Gaby.

Le dejó la mitad del dinero que tenían, que eran unos cuantos millones, suficientes para vivir bien el resto de su vida.

Los padres de Jim, habían muerto y le dejaron una buena herencia también. Él vendió la casa de Helena de sus padres y añadió el dinero la herencia que les dejó.

Ella nunca quiso saber el dinero que tenía, pero cuando se abrió el testamento, se quedó de piedra, y aún conservaba ella los dos millones y medio de Gaby, porque Jim, nunca quiso que los utilizase en nada.

Sus hijos, a los que él consideraba, los dos por igual, aunque Gaby, tenía el suyo, recibieron partes iguales, no quiso hacer distinciones entre ellos.

Y recibieron a partes iguales la otra mitad del dinero más el bufete con su capital.

Sus hijos, eran dos abogados jóvenes y trabajadores. Los dos habían querido hacer derecho, como su padre. Gaby también, y ahora llevaban el bufete de su segundo padre como decía él.

Gaby, era un chico alto, de ojos grises y pelo castaño como su padre. Tenía 26 años y ya llevaba trabajando en el bufete justo medio año antes de que su segundo padre muriera, tres años y medio atrás. Y cuando este murió tuvo que hacerse cargo tan joven de la empresa.

Le dio tiempo de aprender el entramado de la empresa. Era trabajador y eficiente y muy guapo, como su padre.

Tenía contacto con éste desde pequeño, desde que aquella vez que estuvieron Gaby y Gina por

última vez en el parque...

Su otro hijo, Jim, era rubio y de ojos azules como su padre, y había empezado a trabajar en el bufete hacía unos meses, en cuanto acabó la carrera, y su hermano, le ayudaba y enseñaba. Tenía dos hijos guapísimos y trabajadores, que la querían, y la protegían y la llamaban a diario.

Se preocupaban de ella y de que estuviese bien tras la muerte de Jim.

Le habían dicho, sobre todo Gaby, que debía rehacer su vida, que era joven y guapa, que no querían verla sola, que viviría muchos años, que a ellos no le importaban que saliera con otras personas.

Gina, el último año, a los dos de morir Jim, se dedicó a viajar a los lugares donde estuvo con Jim alguna vez, y luego volvió a Nueva York un par de meses para estar con sus hijos y ver cómo su hijo menor Jim, se adaptaba al trabajo y a la empresa.

Y a su hijo mayor Gaby, que lo enseñaba. Era como un protector de su hermano. Siempre habían estado muy unidos.

Vivían independientes ya. Se compraron cada uno un apartamento y ella se preocupaba más de Jim que era más pequeño, pero, éste, le decía que no se preocupara, que estaba bien. Que su hermano vivía al lado.

Y era verdad. En el mismo edificio vivían sus hijos. Así estaban juntos y en contacto si se necesitaban. Y ella, se quedaba más tranquila.

A Gaby, lo había visto las veces necesarias, en las graduaciones de su hijo, y en los cumpleaños. No se había casado nunca.

Ahora ella tenía 55 años y de verdad era una mujer joven y empezaba a respirar, en el momento en que los recuerdos se fueron haciendo recuerdos bellos de su vida especialmente buena con Jim.

Cuando recordaba su juventud y lo que trabajó en la cafetería, se reía.

Y ahora estaba allí en Ditton, sentada en su piedra filosofal y sonriendo. Se levantaba temprano por la mañana e iba a andar una hora al menos.

Luego se duchaba e iba a la cafetería a desayunar, la cafetería, nueva y reformada, compraba comida y el periódico y se sentaba en la terraza a tomar el sol de octubre.

Era maravilloso estar allí. Llevaba ya un mes y pensaba quedarse hasta que se cansara y echara de menos Nueva York.

Quizá se quedase hasta Acción de Gracias y volviera después de Navidad, a ver las montañas a lo lejos cubiertas de nieve. Acción de Gracias y Navidad, quería pasarlas con sus hijos.

En esos años, habían pasado tantas cosas... Unas alegres y otras tristes, muy tristes para ella.

En esos años, murió la madre de Gaby, en la residencia. Sobrevivió a su marido diez años.

Murieron los padres de Jim, sus hijos se licenciaron, estaban trabajando en lo que querían, igual que Jim, y ella si no fuese porque le faltaba su hombre, también sería feliz.

Cuando llegó noviembre, fue a Nueva York, como ella había previsto, y cuando pasaron las Navidades, volvió de nuevo a Ditton.

Sus hijos decían que le gustaba demasiado, pero que estaba alejada de todo y así no iba a conocer a nadie.

No necesitaba a nadie, de momento. Allí había pasado muy buenos ratos y momentos, cuando era joven con Gaby y luego con Jim. Allí había concebido a sus dos hijos. Allí estaba su casa y su origen.

Cuando llegó a la casa de Ditton tras la Navidad, en su coche, había un todo terreno en la puerta.

Por un momento le vinieron los recuerdos de Gaby con su todoterreno tantos años atrás. Pero no podía ser. No le había avisado de que venía.

Bueno ya ni se avisaban porque él no iba casi nunca.

Pero allí estaba, en la terraza, en chándal tomando el sol del atardecer, tumbado en una de las tumbonas.

Ella subió a la terraza...

-¡Hola Gaby!

-¡Hola Gina! -él se sorprendió al verla. Ya tenía 57 años y ella 55. No eran unos niños, pero ese hombre, se conservaba bien físicamente. Ella tampoco estaba mal de todo. Pero la genética de Gaby, era muy buena. -no esperaba encontrarte aquí.

Y ella se sentó en una de las mecedoras.

-Bueno, pensaba pasar unos meses, pero si estás tú... -dijo Gina.

-Gina, hay dos partes, yo me estoy quedando arriba, como siempre me quedo.

-Bueno. Entonces me quedaré abajo, como siempre me quedaba.

-Si quieres compartir la terraza... Se está bien aquí tomando el sol de la tarde, y de la mañana.

-Gracias. Lo tendré en cuenta. Acabo de llegar.

-Siento lo de Jim. De verdad. Aunque hayan pasado ya tres años.

-Gracias. Ya han pasado más de tres años, sí.

-¿Cómo te encuentras?

-Me encuentro bien Gaby. Nunca lo olvidaré. Ha sido mi marido durante casi veinticinco años, y eso son muchos años, pero ahora, me he recuperado y los recuerdos ya no son tan dolorosos, son bonitos.

-Me alegro mucho.

-¿No te has casado nunca?

-No, nunca. Tú no quisiste casarte conmigo.

-Vamos Gaby, hace tanto tiempo de eso...

-Para mí como si fuese ayer.

-Tienes que pasar página. Han pasado ya muchos años.

-Lo mismo podría decirte yo, Gina.

-Eso es distinto y lo sabes.

-No para mí.

-¿Vamos a tener una conversación de este tipo después de casi veintiocho años?

-Me gustaría. Yo no te he olvidado.

-Por favor Gaby. Si vamos a vivir aquí los dos, debemos dejar el pasado atrás.

-Estoy de acuerdo. El pasado atrás.

-Gracias

-¿Y el futuro?

-El mío es incierto. Solo quiero estar en paz. Me gusta la soledad y me gusta mi vida ahora Gaby, y no quiero complicaciones. Podemos hablar de nuestro hijo.

-Es un chico estupendo. Hemos hecho entre todos un buen trabajo y ahora ayuda a su hermano en el bufete.

-Le gusta el derecho.

-Sí, Jim, les dejó a los dos el bufete.

-Jim, se ha portado muy bien con mi hijo. Era un buen hombre para ti. Ahora entiendo por qué lo elegiste a él en vez de a mí

-Vamos Gaby, no empieces. Lo elegí después de que me dejaras. No seas injusto.

- Tienes razón. Nunca podré reprocharte nada.
- ¿Cuánto te vas a quedar? ¿No tienes trabajo?
- No voy a trabajar más, no lo necesito y ¿tú?
- Tampoco. Cuando murió Jim, dejé el trabajo. Quiero vivir un poco.
- Somos jóvenes aún. Eso dicen los chicos.
- ¿Entonces cuánto te quedas? -le preguntó ella.
- ¿Y tú?
- Me quedaré unos meses.
- Entonces, yo también.
- Pues tendremos que llevarnos bien.
- Lo haremos Gina, no te preocupes por eso.

Y lo dejó allí tomando el sol de la tarde y bajo a la casa de abajo, y deshizo las maletas. No sabía si Gaby lo hacía por ella, si se había enterado por su hijo de que estaba allí.

Se iba a enterar su hijo Gaby si lo había hecho. Era cosa de él seguro.

Quería paz y allí estaba él, como antes. ¿Por qué quería quedarse allí?

Intentaría ser sociable por su hijo. No quería problemas. Pero imaginaba que ese hombre de ojos grises, se traía algo entre manos.

Pero ya no era una chica tímida. Era una mujer que no se andaba con tonterías. Tenía una edad. Y él la había mirado con deseo. ¡Dios bendito!

Era una mujer joven, hacía tres años y pico que no tenía relaciones sexuales. Con Jim, eran casi diarias, a pesar de la edad que tuvieran, cuando él le dijo que necesitaba mucho sexo, era verdad, y ella se acostumbró a tenerlo y a necesitarlo.

Gaby se conservaba muy bien, siempre había sido un hombre guapo y atractivo y sexy y ahora era un hombre igual, sus arrugas, como las de ella no habían menguado su atractivo. Parecía más joven de la edad que tenía.

-Y encima se conserva bien -dijo en voz alta Gina con cierta envidia.

Cuando se hizo la noche, él llamo a su puerta.

-¿Qué pasa? -dijo Gina cuando le abrió.

-¿Quieres cenar?, como has llegado hace un rato supuse que no tenías cena.

-Iba a pedir.

-Pues no pidas he hecho para los dos.

-¿Qué pretendes Gaby?

-Acabas de llegar, solo pretendo ser civilizado e invitarte a comer.

-Está bien, ahora subo.

Había preparado una buena cena y mientras cenaban hablaron del tema que ellos tenían en común, su hijo.

-He querido darle dinero cuando se licenció. No ha querido Gina.

-Bueno, ahora tiene, Jim, le dejó a los dos, la mitad de su fortuna, que era bastante, porque tenía también la de sus padres. Y el bufete para los dos también. A mí, me dejó la casa y la otra mitad y esto que tengo, más lo que yo tenía que no quiso que lo tocara.

-Ha sido muy generoso. Pero mi hijo, tendrá lo que es mío.

-Es normal, pero espera un poco. Ahora tiene. Es un chico al que le cuesta recibir dinero.

-En eso se parece a ti.

-Sí, -sonrió -Es en lo único que se me parece. Es igual que tú en lo demás, menos en las chicas.

No es tan mujeriego como tú.

-Bueno, en mis tiempos fui, después no lo he sido tanto.

-Será porque no has querido. Te conservas muy bien.

-Gracias, tú también.

-No como tú, pero hago lo que puedo.

-¿Sabes que han pasado casi treinta años desde que estuvimos aquí por primera vez? -recordó Gaby con cierta melancolía.

-Sí, el tiempo pasa volando, pero este sitio siempre me ha encantado. Y no quisiste venderme tu parte.

-Porque me encanta a mí también. Me recordaba a ti. Era lo único que me ataba a ti junto con mi hijo y no quería perderlo.

-Gaby...

-Es cierto.

-Has sido un buen padre, después de todo.

-¿Lo crees de verdad?

-Sí, lo creo, si no, no te lo diría.

-¿Quieres café?

-Sí por favor. -y le sirvió. Estaba anocheciendo y él puso dos velas en la mesa.

-Pensar que en esos meses no lo quise y ahora hablamos a diario. Es lo único que tengo en la vida, y soy un padre muy pesado o eso me dice.

-Es que somos muy pesados. No te habrá mandado aquí, diciéndote que yo estaba, ¿no?

-No, ha sido algo casual.

-No me lo creo -dijo Gina, con cierto recelo -Creo que en fondo es un celestino.

-Créelo cuando te lo digo, de verdad. ¿Piensas acaso que quiere juntarnos al final?

-¿No es lo que todos los chicos quieren?, ¿ver a sus padres juntos?

-Sí, supongo ¿Qué haces mañana por la mañana? -cambiando él de tema.

-Cuando he estado aquí, iba a andar una hora y a nadar. Pero eso tendrá que esperar a la primavera. El agua está helada. Correr no, pero andar sí y luego voy a desayunar y me traeré la compra y el periódico y tomar el sol, aquí, pero me has ocupado el espacio.

-Hay otra tumbona y tienes las mecedoras y es tan casa tuya como mía.

-Bueno, quizá venga a tomar el sol y a leer, si no te importa.

-En absoluto. Y quizá vaya a andar contigo y a desayunar.

-Gaby...

-¿Qué?

-Pareceremos una pareja.

-A mí no me importa. Somos los padres de nuestro hijo.

-Bueno. Me voy a dormir, -terminando el café -estoy cansada del viaje.

-¿A qué hora sales a andar?

-No tengo hora, cuando me levante. Suele ser temprano, pero nada de horarios. He dejado de trabajar para no tener horarios. Solo leer, escribir, hacer un poco de ejercicio y respirar este aire.

-Me parece perfecto. Si coincidimos, me voy a andar contigo.

Ella lo miró. No se iba a rendir. Lo sabía.

Y así fue, al día siguiente la esperó en la terraza hasta que se levantó y fue con ella a andar. Luego se ducharon y bajaron a la cafetería a desayunar.

Y se hizo costumbre. Y ella se rindió a ese hombre tan terco que la esperaba a diario.

Llevaban ya un mes en Ditton, Como él hacía más ejercicio, se iba a correr por las tardes, y hacía pesas, mientras ella, tumbada en la tumbona, tomaba los últimos rayos de sol.

-¿Por qué haces pesas, estás bien, y ya tienes una edad?

-Porque me mantengo en forma.

-Ten cuidado con tu corazón.

-¿Temes que me pase algo? ¿Me echarías de menos? -dijo bromeando.

-No, me quedaría con la casa para mi sola.

-¿Te molesto?, mira que cenas gratis todas las noches.

-Eso sí, me perdería la cena y tendría que hacerla. Te has convertido en un buen cocinero.

-Tengo un libro de recetas de mi madre.

-¡Qué suerte! Por eso te sale la comida estupendamente.

-¿Es un cumplido?

-Lo es -le dijo sin levantar la vista del libro que estaba leyendo.

-¿Te has vuelto irónica con el tiempo?

-Sí, todos cambiamos.

-Yo no he cambiado.

-Tú también. Ya no eres un mujeriego como en tus buenos tiempos.

-Te digo que no he cambiado. Bueno, en ese aspecto sí, señora. Llevo mucho tiempo sin una mujer.

-¿Vamos a discutir como una pareja?

-Ya me gustaría que fuésemos pareja.

-No lo dirás en serio...

-Muy en serio, Gina -mirándola con sus ojos grises preciosos, esos que la enamoraron hace ya muchos años atrás.

-Gaby, no nos une nada sentimentalmente.

-Nos unió en el pasado. Yo respeto a Jim, pero ¿no te gustaría tener una pareja de nuevo? No digo casarte, pero tener a alguien contigo a tu lado que te coja la mano.

-Te tengo a mi lado, y eres un incordio, que lo sepas.

-¿No te gustaría darme la mano?

-Para qué la quieres, ¿vas a ponerme un anillo?

-Sí tú quieres te lo pongo. He esperado más de veinte años para hacerlo. Por eso no se lo he pedido a nadie más. Claro que te digo en serio que no deseaba lo de Jim, de verdad. Pero siempre pensé que terminaríamos juntos. Era una premonición.

-¿Te has vuelto adivino?

-No, simplemente siempre he estado enamorado de ti, y mi vida ha sido un infierno por no tenerte.

-Gaby, deja eso.

-No, no voy a dejarlo. He sufrido mucho viéndote feliz. Teniendo la vida que pude haber tenido contigo y que por terco e imbécil perdí, la vida me robo tenerte. Ese accidente, ese maldito accidente cambió mi vida, pero jamás, jamás he dejado de amarte.

-Pero yo no...

-No digas nada. Y se levantó de la tumbona y le dio un beso en los labios a ella que estaba tumbada con sus gafas de sol.

-Gaby no puedo...

-Di que no quieres intentarlo. Podemos intentarlo pequeña. Estamos aquí y estamos solos y nos une nuestro hijo y el amor que una vez nos tuvimos.

-Una tercera vez. Eso me da un miedo absoluto. Jamás he pensado volver a tener una pareja.

-Pero somos jóvenes aún. Nuestro hijo estaría encantado y Jim, tu hijo, no creo que pusiera objeciones, lo trataré como si fuese mío, como hizo Jim con el nuestro. Ya me conoce.

-¿Por qué eres tan difícil y haces de mi vida siempre todo un embrollo? Estoy tranquila.

-Pero yo no, y te amo y deseo tenerte de nuevo entre mis brazos, he esperado mucho tiempo.

¿No te gusto ni un poco acaso?

-Me gustas, siempre me has gustado. Eres guapo y rico.

-No bromees con eso. Eso es parte del pasado. Sé que eso no te importa porque tú eres rica también. Has tenido dos hombres ricos en tu vida.

-¿Sabes que tengo aún tus dos millones y medio de dólares?

-¡No me lo puedo creer!

-Si quieres te los devuelvo...

-No te los voy a aceptar y tú lo sabes, no cambies de tema.

-Me gustas sí, pero de eso a tener una relación va un abismo.

-Podemos intentarlo. Aquí estamos bien. Así estamos bien.

-Me das mucho miedo Gaby. He sufrido mucho contigo.

-Pero ya no sufrirás, te lo prometo, prometo compensarte por todo lo que te hice. ¿No me has perdonado?

-Sí, te he perdonado, te lo dije aquél día en el parque.

-Entonces... ¿es por Jim?

-Jim, no está conmigo y lo echo de menos, pero no es por él, él era tan generoso que querría verme feliz y mis hijos también. Me lo han dicho, que rehaga mi vida, que no quieren verme sola.

-Entonces con quién mejor que con el padre de tu hijo.

-¿Estás un poco loco, lo sabes?

-¿Te atraigo al menos?

-Sí, siempre me has atraído, y lo sabes. Les gustas a todas. No soy distinta y sé distinguir un guapo cuando lo veo.

-¿Sexualmente?

-No me preguntes eso. Hace más de tres años que no tengo sexo y aunque lo tuve contigo, ahora me parecería raro.

-Eres difícil, ¿lo sabes?

-Sí, lo sé, pero no te mereces que te lo ponga fácil.

-Te haces la dura.

-Me hago la irónica para tapar mis miedos.

-Ven aquí pequeña...

-No me digas eso.

-Sí, ven aquí a mi hamaca.

Y ella se sentó a su lado en la hamaca y la miró a los ojos, la cogió por la cintura y la besó y ella temblaba.

-No tiembles, me recuerdas a cuando lo hicimos la primera vez.

-Es que es como la primera vez y tengo sentimientos de culpa. Como si estuviese siendo infiel a Jim.

-No los tengas, te amo. No es que me gustes simplemente, que me gustas. Pero es que te he amado siempre y he soñado contigo y nunca he querido casarme con nadie porque siempre eras tú, estabas tú y no podía -derramó un par de lágrimas y ella supo que era verdad, que había sufrido

por ella y ella lo besó y él profundizó el beso y volvieron al Dittón de hacía más de 30 años. Le tomó la mano como la primera vez y entró al apartamento, cerró la puerta y la llevó al dormitorio.

-Tengo miedo Gaby, de no corresponderte como te mereces, de no quererte como te quise.

-No me importa. Solo quiero estar contigo, tengo amor por los dos. Solo quiero que estés conmigo. Con solo gustarte me conformo.

-Te conformas con poco.

-Eso para mí es mucho, cielo.

-Mi cuerpo ha cambiado, ya no soy la misma jovencita.

-Yo tampoco.

-Tú sigues teniendo un buen cuerpo.

-No te quiero por tu cuerpo, sino por tí, porque eres tú.

Y la desnudó y él se desnudó duro como una piedra. Era joven aún y la deseaba. Para él era preciosa y era su única mujer a pesar de las que había tenido, todas eran Gina y entró en ella sin necesidad de nada entre sus cuerpos y ella sintió amor y sexo y su miembro duro, y abrió de nuevo su corazón a ese hombre arrepentido que le hizo daño y que perdonó y rescató el fuego de las cenizas para volver a ser feliz.

Si hubiese sido un hombre distinto, no se hubiera arriesgado, pero era él, tres veces él, e iba a arriesgarse de nuevo.

El amor, se puede dar a cualquier edad y ella era una mujer que necesitaba amor y sexo y no estaba con alguien desconocido. Era el primer gran amor de su vida.

Pedía perdón a Jim, pero seguro que éste desde donde estaba estaría feliz de verla feliz.

Cuando acabaron de hacer el amor, él la tomó en sus brazos y ella le acarició el pecho como siempre lo había hecho antes.

-Pequeña...

-Qué

-Di algo -y la miró a los ojos.

-Qué quieres que te diga. Eres bueno, pero eso ya lo sabes.

-No tontita, eso no.

-¿Entonces?

-Sí -haciendo una pausa -Ha sido como entonces.

-Eso me gusta más. Ya no podré estar sin este cuerpo pequeño hecho para mi pecado.

-Estás hecho todo un poeta. Me ha gustado mucho y lo besó en la boca y él la atrajo y la apretó fuerte a su cuerpo.

-Te quiero tanto... ha sido maravilloso tenerte de nuevo, quizá no para ti, pero espero que algún día me quieras de nuevo y me ames. Y si no, pues seremos dos viejitos viviendo juntos.

-¿No te estás adelantando?

-No, no pienso dejarte. Me gusta el calor de tu cuerpo y tus pechos son perfectos.

-Sí, sobre todo eso...

-No te vas a poner seria.

-Me pondré seria y cogió su miembro con las manos y lo movió y su sexo se elevó para ella.

-No me refería a eso.

-Yo sí, esto es serio y quiero repetir.

-Loca -y volvieron a hacer el amor.

-Ya no somos tan jovencitos, cielo -dijo recobrando la respiración.

-¿Tantas pesas y no aguantas toda una noche de sexo?

-Esta mujer me gusta más que la Gina de antes.

-Eso espero.

Después de dos meses de vivir juntos, hacer el amor y vivir como una pareja, Gina se dio cuenta de que lo amaba, volvía a amarlo por encima de todo.

Tenían una buena vida, dinero, podían viajar y estar en Ditton. Allí gastaban poco, pero eran felices. Gaby la hacía feliz.

Había vuelto a ser feliz. La mimaba y la consentía y no dejaba de besarla y abrazarla en cada rincón del apartamento. Nunca quiso dormir abajo, respetando el espacio de Jim.

Las Navidades y el día de Acción de Gracias, lo celebraban en Nueva York, con sus hijos. El resto del tiempo en Ditton.

Sus hijos eran ya mayores, pero ella tenía necesidad de verlos. La primera vez que fueron después de sus relaciones...

-¿Dónde nos quedamos en tu casa o en la mía? -le dijo Gaby

-Prefiero en la tuya, dijo ella. No quiero estar en mi casa, tiene muchos recuerdos, y no me parecería ético. Ese es el sitio de Jim

-Lo entiendo. Yo también me sentiría incómodo, como en Ditton.

-No quiero que estés triste. Es su lugar y su casa y tiene su espacio en mi corazón para siempre. Pero ahora estás tú.

-¿Y qué soy para ti ahora?

-El primer gran amor de mi vida. Tuve que ir tras de ti, e hice lo imposible por enamorarte, como tú ahora conmigo.

-¿Y te he enamorado de nuevo?

-¿Tú, qué crees?

-Quisiera pensar que sí.

-Claro bobo, te quiero.

-¿Y me lo dices ahora?

-Cuando me he dado cuenta, guapo.

-Soy el hombre más feliz del mundo. Has tardado en aparecer en mi vida de nuevo, pero ahora jamás te dejaré marchar.

Y volaron a Nueva York, reunieron a sus hijos y les contaron la historia. No daban crédito y les dijeron que estaba juntos y qué les parecía.

Por supuesto que a Gaby, lo hizo muy feliz, y a su hijo Jim, también. No quería ver a su madre triste y si ahora estaba con el padre de su hermano, perfecto.

Hasta sus amigos Patrick y Abril, se quedaron boquiabiertos, pero felices, era toda una historia de amor.

-Ahora sólo nos queda la boda.

-No pienso casarme de nuevo.

-Sí, te casarás conmigo. Esta vez haré lo que no hice.

Y le regaló un anillo de compromiso y se casó con ella. Y cada año hacían un viaje a algún país distinto. O a un estado distinto.

Pasaban dos veces al año por Nueva York a ver a sus hijos, a sus mejores amigos, una sobre todo en Acción de Gracias y en Navidad, En Acción de Gracias los pasaban todos juntos con sus amigos y su hija Nina, la otra, en primavera, pero el resto de los meses, todos los meses, los pasaban en Ditton.

-Esta vista es magnífica, mi amor -le dijo una noche a ella, cogidos de la mano en la terraza, tomando el café.

-Las noches de primavera son maravillosas aquí y esta paz nocturna que nos pertenece...

-¿Eres feliz, pequeña?

-Soy muy feliz, mi amor. Nunca pensé que me casaría de nuevo y menos contigo tantos años después.

-Has tenido más suerte que yo, dos amores en la vida. Y los dos te hemos querido inmensamente.

-Tú has sido por tres veces.

-Eso es cierto. Te amo... No he esperado en vano y soy el hombre más feliz del mundo.

-Yo también te amo. No necesitamos más. Tenemos todo para ser felices.

-Yo te tengo a ti y eso me basta. Recuerdo la primera vez que te vi en la cafetería y me gustaste.

-Era más pobre que las ratas y no podía salir.

-Pero te enseñé muchas cosas.

-Muchas.

-Sexualmente también.

-También.

-Pero te has casado con dos hombres ricos.

-Eres tonto ¿lo sabes?

-No lo digo por eso cielo, pero te lo merecías. Ahora eres una mujer rica y voy a comerte.

-No me digas...

-Sí, te digo -y tiró de ella y cerró el apartamento por dentro.

CONSENTIDA Y CAPRICHOSA

(Trilogía Los Ditton. Volumen II)

ERINA ALCALÁ

CAPÍTULO UNO

-¡Hola, papá, hola mamá!, pasad. ¿Qué hacéis aquí? -Preguntó Gaby, levantándose y abrazándolos.

Ya su secretaria le había avisado por su teléfono privado e interior del despacho, que sus padres deseaban verle. Y Gaby, le dijo a su secretaria que los hiciera pasar.

-Sentaos. ¡Qué alegría veros! ¿Cómo estáis?

-¿Cómo estás tú hijo? Hace días que no te vemos y el teléfono no es lo mismo y sabes que estamos muy poco en Nueva York y necesito ver a mis hijos -dijo su madre Gina.

-Os llamo a diario mamá, es que sois muy pesados y ya tengo veintinueve años, no soy un niño. Y tengo mucho trabajo.

-Eso ya lo sabemos -dijo su padre. Pero tu madre siempre está pensando en ti y en tu hermano. Ya sabes cómo es. Y estamos tan poco tiempo en Nueva York... Que ella se preocupa demasiado. Ya la conoces. Sus niños, son sus niños, aunque tengáis ya una edad. A propósito, ¿dónde está Jim?...

.....